

Robert Ezra Park

La ciudad

*y otros ensayos
de ecología urbana*



Estudio preliminar y traducción
de Emilio Martínez



Robert Ezra Park

LA CIUDAD
y otros ensayos de ecología urbana

Estudio preliminar y traducción
de Emilio Martínez

Ediciones  del Serbal

cultura Libre

Primera edición 1999

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

© de la traducción y del estudio preliminar, Enfilio Martínez

© 1999, Ediciones del Serbal

Francesc Tárrega 32-34 - 08027 Barcelona

Tel. 93 408 08 34 - Fax 93 408 07 92

Apartado de correos 1386 - 08080 Barcelona

serbal@ed-serbal.es

<http://www.ed-serbal.es>

Impreso en España

Depósito legal B-44979-1999

Impresión y encuadernación: Arts Gràfiques Hurope, S.L.

ISBN 84-7628-290-7

Índice

Introducción, por Emilio Martínez	7
Bibliografía	35
Anotaciones a la edición	38
Obras de Rober Ezra Park	41
1. La ciudad: sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el medio urbano	49
2. El espíritu del <i>hobo</i>	85
3. La comunidad urbana	89
4. La organización comunitaria y el temperamento romántico	101
5. El hábitat del <i>gang</i>	109
6. El gueto	111
7. Comunidades locales en las metrópolis	113
8. La ciudad como laboratorio social	115
9. Ecología humana	127
10. La ciudad, fenómeno natural	141

Introducción

Emilio Martínez

*Pero hay que salir a la ciudad y hay que vencerla,
no se puede uno entregar a las reacciones líricas sin
haberse rozado con las personas de las avenidas y
con la baraja de hombres de todo el mundo.*

Federico García Lorca, *Poeta en Nueva York*

I

El recurso a los clásicos ha llevado a algunos sociólogos, y quizá a otros estudiosos de disciplinas próximas, a un estado de cierta vacilación. El origen de esa inseguridad puede explicarse en parte por lo que fue la normalización de una concepción del desarrollo científico excesivamente celebrada –la que hallamos en los escritos de T.S. Kuhn. Los logros de las ciencias naturales hicieron válida para algunos la idea de que todas las ciencias debían adoptar su modelo de progresión, caracterizado por la hegemonía (aunque temporal) de un único paradigma teórico. Este predominio explica en gran medida la escasa influencia que tanto la literatura anterior a la consolidación de un paradigma científico como los desarrollos discrepantes ejercen en el ámbito de las ciencias de la naturaleza, siendo casi condenados al ostracismo académico. No obstante, sería imprudente no considerar el hecho de que los resultados reales de los trabajos realizados en los campos de la física, la biología o la química, por ejemplo, hayan podido dar lugar por sí mismos a una superación efectiva de las propuestas de sus predecesores. Sea cual fuere la causa, lo cierto es que estas ciencias, al contrario de lo que sucede en las ciencias del hombre, olvidaron hace bastante tiempo a aquellos que hicieron la historia de su disciplina. Algunos estudiosos de la sociedad optaron por esta desmemoria, creyendo que podrían alcanzar de ese modo los logros obtenidos por las ciencias de la naturaleza e hicieron del aserto de Whitehead («una ciencia que no olvida a sus clásicos está perdida») el lema de sus trabajos.

No obstante, no todos han compartido esta orientación. Se ha regresado a los clásicos por razones que van más allá del placer de su lectura original, placer incrementado, si cabe, por el estilo y circunstancias que suelen estar presentes en sus obras. Volver a ellos es regresar a la excitación ante el hallazgo, a la intuición y al quiebro; al rigor desprendido de enunciados crípticos, a la valentía en su ir y

venir, aprendiendo en cada paso y renunciando a los caminos delimitados del saber que hoy parece exigir la profesionalización. No hay que olvidar tampoco la función depurativa de la tradición clásica, con frecuencia ignorada, gracias a la cual podemos avanzar en esa lucha intelectual contra la vulgarización del conocimiento científico en una sociedad en que casi todo vale, donde la apariencia y las maneras vacías de los cortesanos pretenden restar valor a los contenidos, incluso en ámbitos universitarios. Por último hay razones de índole teórica para regresar a ellos: rescatar categorías, conceptos y argumentos todavía útiles para comprender la realidad social.

Muchos de estos méritos pueden hallarse en Robert Ezra Park, cuya obra, eminente en su género, constituye una referencia básica para todos los sociólogos urbanos y otros estudiosos de la ciudad. Como se sabe, la sociología urbana no puede explicarse sin recurrir a la figura de Park y al trabajo que emprendió junto con sus discípulos de Chicago: su esfuerzo culminó en la formalización institucional de la sociología de la ciudad como disciplina. En ese sentido, Park tiene el reconocimiento de aquellos que no comparten sus tesis. Porque el hecho de que sea un referente no significa que sus contenidos no sean discutibles; todo lo contrario, precisamente porque sus textos son clásicos y no textos sagrados, pueden discutirse, aceptarse o innovarse. Lo curioso es que, siendo un autor bien conocido, hasta la fecha apenas existieran traducciones al castellano de sus escritos. El conocimiento que el público en general (estudiantes, profesores, investigadores, planificadores, etc.) tenía de él era muchas veces indirecto, a través de lecturas críticas o exposiciones generales. Por muy edificantes que éstas pudieran ser (y muchas lo son) se hacía necesario disponer de una vía directa a sus trabajos, motivo por el cual se ha acometido la traducción al castellano de algunos de sus textos más significativos para el estudio de la ciudad. Aunque esta obra está fundamentalmente destinada a urbanistas y urbanólogos, conviene recordar que Robert Ezra Park y el departamento de Sociología de la universidad de Chicago, del que fue miembro destacado, contribuyeron a impulsar otras líneas de estudio: la sociología de los problemas raciales y sociales, la criminología, la sociología de la desviación y del conflicto, etc. La institucionalización de la sociología norteamericana está singularmente anclada en ese departamento, que dio el tono general y una identidad precisa a esos estudios hasta los años treinta de este siglo. Por eso puede resultar interesante para muchos otros sociólogos, no centrados en los estudios urbanos, aproximarse a la obra de Robert E. Park, una de las figuras intelectuales más claras de la sociología norteamericana y de quien se ha dicho, no sin razón, que contribuyó como nadie a la dirección adoptada por la sociología empírica en los Estados Unidos.

Una valoración justa de su aportación teórica debe tender necesariamente a rebajar los términos en que estamos expresando la importancia institucional e histórica de Park. Es necesario admitir que su consistencia teórica adolece de más debilidades de lo que cabría esperar. En parte porque la complejidad y riqueza de su pensamiento, como se adivina en su exposición, no logra consolidarse en una forma sistemática, y cuando ésta se presenta —por ejemplo en la ecología humana—

resultan más interesantes los instrumentos analíticos que convincente su síntesis, en ocasiones muy forzada. Por otro lado, la debilidad teórica de Park no radica, como a veces se ha sostenido, en una postura antiteoricista, pues su pensamiento no carece de una concepción de fondo de las sociedades humanas, como no podía ser de otro modo si atendemos a los maestros que tuvo. Lo que sí puede aceptarse es la afirmación de Pizzorno (1967) para quien no tiene demasiado sentido reconstruir la aportación teórica de Park pues todo cuanto expone se encuentra en las teorías simmeliana y durkheimiana (aunque también en otros autores que iremos presentando en este estudio introductorio). Otro rasgo de su obra, a propósito de las formulaciones teóricas, lo encontramos en la indefinición conceptual que, por lo demás, es una constante entre los ecólogos de Chicago. Sin embargo, el armazón teórico de Park, aunque peculiarmente relacionado de continuo con la investigación empírica, se articula a través de un sencillo modelo de explicación de los fenómenos sociales (y urbanos, en particular) cuya originalidad no puede cuestionarse, aunque no se comparte¹: el *paradigma ecológico* —la *ecología humana*—, que ha sido uno de los ejes fundamentales sobre el que se ha desarrollado la sociología urbana y otros estudios de la ciudad.

II

Antes de recalar con cincuenta años en la universidad de Chicago, Robert Ezra Park (1864-1944) había llevado una vida singular, como buen espíritu inquieto. Nacido en Harleyville (Pennsylvania), pronto se trasladó con su familia a Red Wing (Minnesota) en lo que se llamó la «*frontera intermedia*» (H.M. Hughes, 1974). No deja de ser una referencia a tener en cuenta, pues Park, como muchos otros miembros del departamento de sociología de la universidad de Chicago, procedía de un ámbito geográfico y social desde el que pudo asistir a los procesos de cambio desde una óptica privilegiada. El país se encontraba inmerso en un proceso de industrialización y urbanización de ritmo acelerado. Ante sus ojos se mostraron, desde un primer momento, las crisis del campo, la movilidad de la población hacia los centros industriales y urbanos, la desorganización social y la marginalidad, temas que ocuparían después buena parte de sus preocupaciones profesionales.

Después de un breve paso por la universidad de Minnesota, Park se matriculó de filosofía en la universidad de Michigan, obteniendo su licenciatura en 1887. Su estancia en Michigan constituye uno de los momentos clave en su trayectoria intelectual. Allí estudió y entabló amistad con John Dewey, cuya perspectiva sobre

1. Dada la naturaleza de esta presentación intentaré mostrar de un modo general las aportaciones de Robert Ezra Park al estudio de la ciudad y las influencias que conformaron su trayectoria intelectual, que desembocan después en su ecología humana. Por ello evitaré entrar en las críticas a su modelo, casi todas ellas muy justas y precisas, y me remito al buen sentido y al juicio científico de los lectores. En cualquier caso, en la bibliografía final se encuentran magníficas obras que han tratado desde un punto de vista crítico la obra de Park y la ecología humana, en particular las de Alihan, Bettin, Castells, Gettys, Hollingshead, Kuklick y Pizzorno.

la importancia de los procesos comunicativos en la sociedad le influiría poderosamente. Dewey mostraba en sus clases, y después en sus libros (*School and Society*, 1899; *The Public and its Problems*, 1927), que la sociedad existía en y por la comunicación; es decir, había que entender la comunicación como un factor de integración social que hacía posible la vida individual y colectiva en un conjunto interrelacionado. De algún modo esto queda reflejado en el planteamiento parkiano, en su actividad profesional como reportero y en sus preocupaciones teóricas (la comunicación como instrumento de urdimbre social, los problemas de vertebración, interacción y cohesión en las grandes ciudades, la supervivencia de los pequeños grupos o grupos primarios –tal como C.H. Cooley planteaba también desde Michigan– y la formación de la opinión pública). Dewey le abrió además tres vías: una le condujo hasta Franklin Ford; otra le conectó con el pragmatismo de William James; y la última consistió en enseñarle a mirar los problemas de la ciudad.

Con Franklin Ford, Park proyectó un nuevo tipo de diario en Detroit, *The Thought News*, demasiado ambicioso para la época. A pesar de que los dispositivos técnicos de medición no eran tan finos como lo pueden ser hoy día, el periódico se proponía registrar con fidelidad las fluctuaciones de la opinión pública –que Park estimaba un fenómeno mensurable– y debía ofrecer una información rigurosa, valiente y clara de los problemas sociales. En este sentido, además de su propio valor como diario, *The Thought News* debía erigirse, de un lado, como un aparato pedagógico para la explicación y comprensión de la realidad social; por otro lado, como instrumento político tendente a la consolidación de la democracia mediante la formación de una cultura cívica.

Tras el rápido fracaso de *The Thought News* –tan solo llegó a editarse un número– Park trabajó entre 1887 y 1898 como periodista en algunos diarios de Detroit, Minneapolis, Denver, Nueva York y Chicago. Su actividad como reportero es importante en la trayectoria vital e intelectual de Park. Al igual que William Graham Sumner y J. Dewey, Park atribuyó a la prensa y, en general, a los medios de comunicación una importante función social, como queda reflejado en numerosos escritos (por citar algunos, «The Immigrant Press and its Control», 1922; «The Natural History of the Newspaper», 1923; «News as a Form of Knowledge», 1940). La prensa constituía un nuevo dispositivo de control social en la sociedad moderna y a la vez era un elemento de integración y preservación cultural. Por otro lado, el Park académico debe muchas de sus posteriores observaciones sobre la ciudad y su interés por la observación directa a esta experiencia como periodista de investigación. En ese sentido, jamás renegó de su pasado; todo lo contrario, en más de una ocasión confesó –remitiéndose a la experiencia del *Fausto* de Goethe– que este trabajo supuso para él la posibilidad del descubrimiento de un mundo real: el mundo de los hombres, tangible, problemático y, sin embargo, cercano; un mundo que era incapaz de hallar entre los libros.

Por aquel entonces los periódicos incluían largos artículos de interés social local, de manera que Park, entre la obligación y el compromiso moral con un

espíritu de reforma bastante extendido (que los diarios, en general, habían asumido plenamente), comenzó a sumergirse en el conocimiento directo de los problemas sociales de la ciudad: la inmensa y desesperada pobreza urbana, el alcoholismo, los fumaderos de opio, los disturbios, las casas de juego, las epidemias, los inmigrantes... La ciudad se antojaba ya un laboratorio social donde analizar los problemas de desorganización social y los nuevos tipos sociales que surgían en su caótico crecimiento. El periódico le servía, pues, como órgano en el que registrar los distintos acontecimientos y tomar el pulso del cambio social, con finura y rigor, sin caer en las prácticas del *muckraker*². En este sentido, parece correcta la afirmación de Grafmeyer y Joseph, (1984: 7) cuando sostienen que no hay una ruptura epistemológica entre la actividad periodística y la actividad académica de Park. Podemos plantearlo como una diferencia de grado: el sociólogo de Park se antoja como un superreportero y la ciencia es sencillamente algo más objetiva, persistente y exacta que el periodismo (y que el sentido común).

No del todo satisfecho, Park abandonó en 1898 el periodismo activo para regresar a la universidad, en concreto a Harvard. Allí estudió psicología con Münsterberg, y filosofía con Josiash Royce y William James. Los planteamientos de Royce dejan entreverse en algunos fragmentos y temáticas de la exposición parkiana, si bien forman parte de una realidad más amplia y de una densa atmósfera cultural —a la que también contribuyó desde Harvard el filósofo español Jorge Santayana. En Royce encontramos la ya extendida preocupación por los problemas de la desorganización social, asociada a veces a la inmigración («los forasteros») y otras veces al *espíritu de chusma* (en alusión a la *Psicología de las masas*, de Gustave Le Bon). «*El individuo sin ataduras es esencialmente un ser perdido*» y —afirma Royce contra el Schiller de *Salutación al nuevo siglo*— «*nosotros ya no nos proponemos evadirnos de nuestros males sociales hacia alguna comarca de ensueño*» (Cf. Morton y Lucía White, 1967: 178). El *bluebird of romance* (*bluebird of Paradise*) del que habla Park (véase «La organización comunitaria y el temperamento romántico», en estos ensayos, pag. 103 y ss.) es una variación del ensueño de Royce. Frente al espíritu romántico, aventurero y móvil, que parece adueñarse de los individuos en las sociedades modernas, éste nos propone un nuevo aldeanismo, una vuelta a las esencias de la pequeña comunidad.

La tensión entre el aldeanismo comunitario de relaciones cara a cara, primarias y directas, y la artificialidad y nivelación de la vida urbana, ajetreada y alienante,

2. A principios de este siglo, se utilizó el término para designar al expositor de ruindades, al escritor dedicado a escarbar las vidas ajenas y difundir el escándalo. Para algunos el *muckraker* representa un escritor que denuncia las penosas condiciones de vida de los sectores más humildes de la población. En ese sentido, la obra más conocida es *The Shame of our Cities*, de Lincon Steffens. Park, sin embargo, asocia el término al periodismo sensacionalista y atribuye su descubrimiento y consolidación a Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst (el «ciudadano Kane» de Orson Welles); mediante esa práctica Pulitzer convirtió al *New York World* en el periódico de mayor tirada e influencia de toda la ciudad; entretanto, Hearst hizo del viejo *Examiner* de San Francisco el diario de mayor difusión de la Costa del Pacífico. Vid. «The Natural History of Newspaper», *American Journal of Sociology*, 29 (1923), p. 273-289.

forma parte de un debate universal. La cultura norteamericana y sus intelectuales se mostraron particularmente reacios a la ciudad moderna. El antiurbanismo de Jefferson, la desconfianza de Poe (*The man of the crowd*, *El asesinato de Marie Rogêt*) o el naturalismo de F.L. Wrigth (al menos en su proyecto de *Broad City*) son buena prueba de ello. Los espacios abiertos, la naturaleza, la frontera, los pioneros... representan las virtudes y el espíritu del pueblo norteamericano frente a la artificialidad y las inmundicias de la ciudad (sobre todo de las urbes europeas, bellas pero insanas e inseguras). En este asunto Park se muestra más ambiguo: de un lado, es consciente de las ventajas de la pequeña comunidad; sin embargo, formado en ciertas tradiciones del pensamiento alemán, Park reconocerá el papel civilizador de la ciudad y los beneficios de la moderna metrópoli en cuanto a su libertad y a sus estímulos. En cualquier caso, sabe que se trata de un debate estéril: las transformaciones económicas, sociales y culturales asociadas a la industrialización y a la urbanización del país son ya inevitables. Ante esto no cabe atrincherarse en pastoraes beatas y en nostalgias de lo que fue, sino afrontar los problemas que conlleva la dinámica modernizadora.

La postura de Park representa, en cierto modo, un punto de inflexión en el planteamiento urbano tradicional de los intelectuales estadounidenses; pero para esto, y mucho antes de marchar a Alemania, contaba con el empuje vital de la filosofía de William James y de los poemas de Walt Whitman («*Desconocido que pasas! No sabes con cuánto ardor te contemplo*»). La filosofía de James era una filosofía de la esperanza y de la posibilidad que no renegaba de la ciudad norteamericana³ aunque se mantiene a una cierta distancia prudencial y no deja de considerar que toda unidad grande es algo hueco y brutal (Cf. M. y L. White, 1967). Aún así, era tolerante y curioso. En sus notas autobiográficas (*Collected Papers*, vol. 1, *Race and Culture*, p. v-ix), Park alude al enorme impacto que le produjo la conferencia de W. James «On a Certain Blindness in Human Beings» («Sobre cierta ceguera en los seres humanos»). En este ensayo centrado en el «secreto» de las vidas y relaciones sociales (temática que Park hallará en Simmel tiempo después), James solicitaba a su auditorio tolerancia para formas de existencia que se consideraban sin sentido sólo por su incomprensión, aunque sólo fuera porque muchos de sus planos y matices permanecían ocultos y resistían nuestra mirada. Bajo su hechizo, Park reconsideró su propia vida y estimó que «*lo que los sociólogos más necesitan saber es lo que ocurre detrás de los rostros de los hombres, qué es lo que hace que la vida nos resulte mortecina o fascinante*». (M. & L. White, 1967: 155)

Una vez obtenido su *master-degree*, en 1899, Park marchó a Alemania, centro mundial de la cultura del momento. Allí entró en contacto con el pensamiento histórico alemán (de Spengler entre otros); conoció las tesis del epistemólogo ruso Boris Kistiakowski que utilizaría en su tesis doctoral; estudió filosofía con Wilhem

3. Si, al parecer de la decadente ciudad europea, al contrario de lo que pensaba su hermano Henry James, al menos tal como se desprende de algunas novelas de éste, como en *The American Scene*.

Wildenband, de la escuela neokantiana de Baden⁴; pero, sobre todo, asistió en Berlín a las conferencias de Simmel —en sus palabras, su único maestro en sociología, y como veremos después, una influencia importante en su concepción urbana. En 1904 defendió en el departamento de Filosofía de la universidad de Heidelberg su tesis *Masse und Publikum* (*Masa y público*), bajo la dirección de Windelband. Esta línea de trabajo, encarnada en su tesis, que entroncaba con lo que hasta entonces habían sido buena parte de sus planteamientos e influencias, pasa a un segundo plano en su posterior trayectoria. Esto no significa que desaparezca; de hecho, salpica aquí y allá sus posteriores estudios o es replanteada a la luz de sus trabajos sobre la desorganización social. Pero, no obstante, lo cierto es que la edición inglesa de *Masa y público* no ve la luz hasta 1972 (Park jamás se ocupó de su traducción al inglés), y esto se ha interpretado⁵ como síntoma de un relativo desapego hacia sus contenidos y hacia la misma temática, en parte porque el trabajo de Park cambia de rumbo bajo la influencia de la sociología analítica alemana, y en particular, de la de Simmel; en parte, también, porque cuando Park regresa a la universidad es consciente de que se han producido notorios avances en la comprensión y determinación de los procesos comunicativos (sin ir más lejos, los de G.H. Mead en la propia universidad de Chicago).

De regreso a los EE.UU., Park enseñó durante un año como auxiliar de filosofía en Harvard. Después, abandona de nuevo la vida universitaria y se integra en la Congo Reform Association (Asociación para la Reforma del Congo), de la que fue secretario. Se trataba de una organización de misioneros baptistas cuyo propósito no era sino denunciar los abusos y la brutalidad del dominio belga en su colonia africana. Park publicó en el *Everybody's Magazine* algunos artículos contra la política de Leopoldo de Bélgica en el Congo, y se había propuesto ir hasta allí para estudiar sobre el terreno el asunto cuando el líder negro Booker T. Washington le invitó a acudir al Tuskegee Institut. Se convirtió en su asistente y viajó con él por Europa con la intención de comparar la situación del campesinado europeo con

4. La ecología humana se presenta, no obstante, como un conocimiento de carácter científico capaz de establecer las leyes y regularidades de la distribución de la población y sus actividades en el territorio y, por tanto, de la relación hombre-medio. Por otro lado, y con respecto a los encuentros y desencuentros entre la geografía y la sociología, que la ecología humana hace evidentes en su doble articulación, social y espacial, hay que considerar que durante el tiempo que estuvo con Wildenband y lo acompañó desde Estrasburgo a Heidelberg, Park tuvo ocasión de estudiar con los geógrafos Goerg Gerland y Alfred Hettner, que ya había construido una «geografía regional» de intenciones nomotéticas. A pesar de estimar necesarias las aportaciones geográficas para la formación sociológica, Park elude referirse centralmente a ellas en la construcción de su ecología humana, cuando al parecer era consciente de que en el ámbito geográfico (norteamericano) existía un proyecto intelectual muy parecido. Cf. H. Capel, *Geografía humana y ciencias sociales*, 1984: 55-58.

5. Sobre este asunto, me remito al estudio de I. Sánchez de la Yncera y E. López-Escobar, «Los barruntos de Park. Antes de Chicago», publicado en *REIS*, nº 74 (1996), p. 345-359. Tras éste se incluye la primera traducción de *Masse und Publikum* al español, a cargo de los mismos profesores.

la de los aparceros negros de los EE.UU.; junto a él, escribió la mayor parte del libro *The Man Farthest Down*. Hacia 1911 organizaron en el Instituto una conferencia para debatir el problema racial y fue entonces cuando conoció personalmente a William Thomas, uno de los más prestigiosos sociólogos de la universidad de Chicago. Dos años más tarde, éste le invitó a incorporarse al departamento de Sociología. Al principio lo hizo de forma parcial, pero su poder de convocatoria, sus experiencias y conocimientos terminaron atándolo al departamento hasta su jubilación en 1929. Allí dio todo de sí; allí contribuyó a consolidar el prestigio de la sociología chicagüense —que entonces era decir la sociología americana— y formó docentes e investigadores, creando en torno a él una escuela de sociología (la escuela de ecología humana) cuyo único parangón se encontraba en la escuela durkheimiana de *l'Année sociologique*. Desde su jubilación hasta 1932 anduvo por Sudáfrica, Brasil, Malaisia y la India, preocupado por la cuestión racial; enseñó como invitado en las universidades de Hawaii y Pekín. Finalmente, invitado por su antiguo alumno, Charles Johnson, que dirigía la universidad Fisk (Nashville, Tennessee), Park se retiró a esta institución para negros hasta su muerte en 1944.

III

Para cuando se integró en el departamento de Sociología de la universidad de Chicago ya existían otros departamentos similares en distintos centros universitarios del país. No obstante, uno siente la tentación de pensar que Park sólo podía incorporarse a ése, y que de algún modo estaban predestinados el uno para el otro. En parte por la propia constitución y crecimiento de la ciudad de Chicago bajo las condiciones del capitalismo americano. En parte, también, por el modo en que surgió el departamento —libre de las ataduras y de las jerarquías de las universidades del Este— y por su empeño decidido en unir teoría e investigación experimental. En efecto, muchos estudios sobre la escuela de Chicago comienzan remitiéndose a la confusa, agitada y viva ciudad que les dio el nombre. Es el caso, entre los más interesantes, de Hannerz (1986) en su determinación de los orígenes de la antropología urbana; y el de Remy y Voyé (1976), que estiman que la particular orientación de los estudios sociales y urbanos de Park y sus discípulos se explica tanto por la influencia de los pensadores alemanes como por la propia realidad de la metrópoli americana. Este es un planteamiento que en la determinación de los orígenes de una línea investigadora cualquiera advierte que junto a las opciones temáticas inspiradas en una tradición intelectual ha de considerarse en un plano de igualdad las opciones socialmente definidas; esto es, el conjunto de problemas del que la sociedad es consciente. A la hora de abordar una investigación se combinan lo que Shills (1970) llama criterios de valor-referencia y las específicas orientaciones y herramientas intelectuales (que traducen la problemática social en problemática científica). En la sociología del arte y del conocimiento resulta habitual la interpretación del texto (léase discurso, teoría, investigación; en suma,

la orientación científica o estética de una escuela) de acuerdo en parte a su contexto histórico, a su tiempo y lugar: ¿Cómo es posible entender el expresionismo visionario y la fuerza evocativa de Goya al margen de su tiempo? ¿Cómo mirar *Los disparates* o sus series negras fuera del universo de angustia, dolor, crueldad y estupidez tan característico de su tiempo y lugar? En ese sentido, ¿se comprende el psicoanálisis freudiano al margen de la sociedad burguesa de Viena *fin-de-siècle*? Y en la actualidad ¿somos conscientes de las relaciones entre el minimalismo y la fusión musical con una sociedad global y multicultural? En cierto modo, pues, lo que Atenas para Platón, Königsberg para Kant y Hoffmann, y Viena para Freud, Kokoscha y Musil, fue Chicago para la escuela de ecología humana: «*un mundo en pequeño*», un foco de fenómenos, un escenario de tipos y relaciones sociales a los que no pudieron sustraerse.

El crecimiento de Chicago fue muy rápido; en un siglo realizó el tránsito de la nada a la metrópoli y, como es natural, esa explosión demográfica fue consecuencia de las migraciones. La apertura del Canal del Eire (1824) y otras infraestructuras facilitaron la penetración en el continente desde el este, lo que impulsó un incremento de su población durante la época fronteriza. Hacia mediados del siglo XIX la ciudad pasó a convertirse en el punto nodal de una extensa red ferroviaria y de canales que la conectaban con otros estados del país. Desde diferentes estados norteamericanos y desde lejanos países de Europa comenzaron a afluir miles de personas en busca de las oportunidades que ofrecía su rica y variada economía: la explotación del hierro, la industria siderúrgica, las serrerías, la industria conservera y el comercio intermediario. Si en el censo de 1840 la ciudad apenas contaba con 4470 habitantes, cincuenta años más tarde ya había anexionado áreas adyacentes y contaba con una población estimada en más de un millón de habitantes, de los cuales tres cuartas partes habían nacido en el extranjero (Jones, 1990: 19). Una vez declarado el final de la época fronteriza, la ciudad siguió incrementando de un modo acelerado su contingente demográfico y su territorio. En 1920 la población alcanzaba los 2.700.000 habitantes y, una década más tarde, 3.400.000. El tamaño es un indicador bruto, una cifra de referencia que no puede llevarnos a ocultar la desconcertante e inestable realidad que se halla detrás. Porque Chicago era, sobre todo, lo que Maurice Halbwachs llamó una «*experiencia étnica*», y una experiencia social tan dolorosa como estimulante; en buena medida, también, el resultado del liberalismo americano combinado con la movilidad territorial y social de la población. Moderna, culta, cuna de movimientos artísticos y arquitectónicos – que tuvieron ocasión de poner en marcha sus proyectos modernistas tras el grave incendio de 1871– Chicago era a la vez pacata y protestante. Allí se acumulaban culturas diferentes (grupos de americanos nativos, sicilianos, lituanos, irlandeses, escandinavos, griegos, judíos alemanes, judíos eslavos, negros del sur y negros del norte, chinos, etc.), situaciones personales y tipos sociales diversos. El crimen organizado convivía con los residuos de aquel impetuoso y fugaz movimiento obrero que recordamos aún cada primero de mayo y que la violenta represión del Estado y la movilidad de su población impidieron consolidar⁶. El caos y la eterna pobreza, el paro y el crimen, los disturbios étnicos y los conflictos laborales; todo

era uno y de repente nada. El febril Chicago era el sueño americano y sus peores pesadillas, una urbe que se hacía y se deshacía al instante, inestable y móvil como su población, en transición permanente. Todo ello hacía de la ciudad un inmenso, privilegiado y frágil laboratorio de estudio sociológico⁷.

Añtes incluso de que Park y su gente llevaran a cabo los estudios encaminados a explicar la desorganización social de la ciudad hubo individuos y colectivos que se propusieron mitigar los efectos de la movilidad social, del desarraigo y de las patologías sociales asociadas a la miseria de los inmigrantes. La Hull House de Jane Addams, fundada en un barrio pobre de Chicago en 1889, constituía un buen ejemplo de cómo podía y debía actuarse para formar ciudadanos entre la descomposición física y moral de la ciudad. La labor de Addams –ligada en principio al utopismo de Brook Farm y al cristianismo de Tosltói (Hall, 1996; M. & L. White, 1967)– entroncaba, a su vez, con el planteamiento de los reformadores sociales británicos y norteamericanos, un enfoque pragmático de intervención en la ciudad y, en particular, en sus barrios más miserables. J. Dewey y G.H. Mead fueron algunos de los muchos intelectuales comprometidos con el espíritu de reforma que se integraron en este movimiento de mejora social⁸. La perspectiva parkiana guardaba cierta similitud con el trabajo asistencial de la Hull House y, sin duda, tenían en William James un referente común. Ahora bien, en contraste, de un lado, con el enfoque de Addams y, de otro, con la tendencia especulativa de la tradición alemana –más interesada en la conceptualización y determinación teórica de la ciudad, a menudo desde la historia–, lo novedoso del planteamiento parkiano residía en ofrecer una combinación de la teoría con la investigación experimental. Quizás esto no hubiera sido posible en otro departamento más que en Chicago, que apostó decididamente por esta dirección.

Como unidad independiente, el de Chicago fue el primer departamento de sociología de la universidad americana. Se fundó en 1892 y puede decirse que es durante esta década cuando emerge la sociología americana como disciplina autónoma. La sociología contaba ya con una breve historia y, de hecho, su

6. Sobre el movimiento obrero en los EE.UU., en particular en Chicago, véase el libro de Samuel Yellen *American Labor Struggles (Luchas obreras en Norteamérica)*, Nueva York, Harcourt, Brace & World Inc., 1936. La obra presenta los hechos acontecidos en Chicago antes y después del *affaire* Haymarket que precipitaron la desarticulación del movimiento obrero –fundamentalmente anarquista– y de la «línea de Chicago» de «propaganda por los hechos».

7. Fue Small, en 1896, quien por primera vez declaró que Chicago era un laboratorio para la observación sociológica (Cf. Kuklick, 1984). La metáfora clínica surtió tal efecto que Park la utilizó en varias ocasiones y publicó un artículo llamado precisamente así, razón por la que de ordinario se le atribuye el origen de la analogía, que sirve tanto para caracterizar el objeto como los procedimientos del observador y la naturaleza de la sociología. En Louis Wirth se encuentra un nuevo episodio de este uso en «Clinical Sociology», *American Journal of Sociology*, 37 (1931), p. 49-66.

8. Mead presidió el City Club de Chicago, al mismo tiempo en que Park hacía lo propio en la Chicago Urban League. Desde estas instituciones en vano alertaron a las autoridades de la posibilidad de que tuviesen lugar serios disturbios raciales, como sucedió en efecto en 1919. Cf. Coulon, 1994: 42.

antecedente institucional más próximo, la Asociación Norteamericana de Ciencias Sociales (1865), sentó las bases de la orientación posterior, consistente en una mezcla de espíritu reformador de raíz cristiana y de investigación científica de los problemas sociales. El primer director del departamento de Chicago, Albion Woodbury Small se propuso organizar su docencia tomando inicialmente como modelo los seminarios de las universidades alemanas. Él mismo estaba imbuido del pensamiento histórico alemán, que consideraba la matriz de la sociología (Shills, 1970) y en gran medida los primeros trabajos de sus miembros quedaban dentro del universo del *Volkskunde* germánico. No obstante, el propio Small, como la sociología americana de su tiempo, estaba bajo la influencia de Spencer y el pragmatismo darwiniano. Aunque de formación sólida, Small no era una referencia intelectual y su escaso ascendente personal impedía que se erigiese como el núcleo académico de la sociología chicagüense (como sucedía en Yale, con W.G. Sumner, o en Columbia, con F. Giddins). Sin embargo, tolerante y flexible, Small poseía intuición y grandes cualidades organizativas que después se mostraron esenciales para la institucionalización de la sociología en los EE.UU. y para el dominio de Chicago en esa esfera. Junto a Henderson y Thomas supo orientar la dirección del departamento hacia la investigación empírica, la observación directa y la documentación, sin renunciar a una base teórica, pero alejándose del frente especulativo, más cercano a la filosofía social, por el que parecía encaminarse cierta sociología. Desde entonces no resultaba demasiado desconcertante que alumnos y profesores descendieran al mundo de los hombres, a las calles de los barrios bajos, a las colonias de inmigrantes, para observar, describir, relatar y explicar lo que allí sucedía. Esto rompía con el esquema de estudios alemán e incluso era inconcebible en las universidades del Este (Shills, 1970). Con esto se dieron los primeros pasos hacia la consolidación de la sociología como disciplina científica. Pero hubo muchos más y en ellos Park comenzó a dejar su particular impronta, tanto más cuando Thomas fue expulsado de la universidad por el puritanismo protestante americano y Park pasó a convertirse en la figura de referencia de Chicago.

El departamento de Chicago dio el tono general a los estudios sociológicos durante esos años. Aprovechando las peculiaridades del sistema universitario americano en cuanto a investigación y financiación, el departamento, que no emprendió encuestas de gran alcance, supo utilizar plenamente el trabajo de fundaciones privadas (como la Fundación Sage y la Fundación Carnegie) y las investigaciones de agencias públicas y comisiones federales (por ejemplo, la Comisión para las Relaciones Raciales, bajo la cual se emprendió el estudio *El negro en América*). Se sirvió de esos estudios como fuente de financiación; se sirvió de sus resultados como documentación base que permitía después a sus investigadores elaborar distintas lecturas de los datos obtenidos y de los sucesos estudiados (por ejemplo, las encuestas de Pittsburgh, Springfield o Cleveland, a las que alude Park en varios artículos); aprovechó también su despliegue técnico para formar a docentes y alumnos en los modernos métodos y técnicas de investigación social; por último, aquellos a quienes habían formado pasaron a integrarse en muchas de estas agencias estatales y fundaciones (sobre todo durante

la Gran Depresión)⁹, o ingresaban en otras universidades del país, de modo que la perspectiva sociológica chicaguense iba extendiéndose progresivamente y conformándose como la concepción hegemónica entre la sociología americana. El libro del intuitivo Park y del sistemático Burgess, *Introduction to the Science of Sociology* (1921) –más conocido como *Park & Burgess*– pasó a ser el libro de referencia de los estudiantes de sociología en el país durante bastantes años. Por si fuera poco, bajo la dirección de Small se había creado en 1895 el *American Journal of Sociology*, órgano de difusión y debate de las tesis y trabajos del departamento. Después comenzaron a editarse las *Chicago Sociological Series*, donde además de traducir y publicar a Simmel, Spengler o a De Greef¹⁰, se publicaron los mejores trabajos de sus alumnos de postgraduado, muchos de los cuales formaron parte de las *Series in Urban Sociology* que dirigía Park. Por último, Small fundó la American Sociological Society y el Instituto de verano de la *Society for Social Research*. Conforme se iba consolidando la sociología en el ámbito científico, el dominio de Chicago parecía estar garantizado mediante el control de esos órganos, y así fue prácticamente hasta mediados los años 30¹¹.

IV

Los estudios urbanos de la escuela ecológica no eran en rigor las primeras investigaciones sociológicas que se acometían para descifrar la naturaleza de la ciudad o para encauzar su dolencia. Se contaba con la experiencia de Addams en

9. En ese sentido, con respecto a la influencia de las tesis ecológicas en las instituciones públicas no conviene olvidar que Wirth formó parte durante la administración Roosevelt del *Committee on Urbanism of the National Resources Planning Board*. Por otra parte, las tesis de los ecólogos de Chicago –en particular el modelo evolucionista de crecimiento urbano de Burgess, quizá por su lectura económica– fueron acogidas y aplicadas en las políticas de vivienda del gobierno federal a través de la *National Housing Act* de 1934 y mediante las prácticas de la *Federal Housing Authority* (F.H.A.). Los textos de Homer Hoyt (*The Structure and Growth of Residential Neighborhoods in American Cities*, 1939) y de Ernest M. Fischer, publicados por esta agencia, se inspiraban en la teoría zonal de Burgess. Cf. Kuklick, 1984: 350-353.

10. Parece haber una cierta influencia de Guillaume De Greef (1842-1924) en Park en lo relativo al concepto de «frontera», que ambos entienden como un concepto social más que geográfico: si las condiciones sociales lo exigen, las barreras (naturales) se suprimen o se superan. Así, Park afirma que «las barreras geográficas y las distancias físicas resultan significativas para la sociología sólo cuando y donde definen las condiciones bajo las cuales la comunicación y la vida social son realmente conservadas. Pero la geografía humana ha sido profundamente modificada por las invenciones humanas. [Los medios de comunicación anulan] las distancias que antes separaban pueblos y razas» (véase en esta colección el artículo «La comunidad urbana»). Esta concepción puede seguirse también del análisis simmeliano acerca de la distancia social en el medio urbano, que es interpretada no tanto como una dimensión física que como una condición anímica.

11. Otros indicadores del dominio de Chicago en la sociología americana son el número de presidentes de la American Sociological Society que fueron docentes o formados en la universidad de Chicago, y el número de tesis doctorales leídas en dicho centro, muy por encima de Yale, Columbia, Nueva York o Michigan.

Hull House, con los detallados apuntes de Charles Booth en su monumental estudio sobre Londres (*Life and Labor of the People of London*); también con los estudios cívicos de P. Geddes en Edimburgo o los *Grossstadt Dokumente* de H. Ostwald y muchos más¹². Sin embargo, estos estudios nunca lograron la difusión y la influencia que quizá merecían, todo lo contrario que sucedió con la escuela de Chicago que apoyada en las publicaciones y asociaciones profesionales bajo su control supo imponer progresivamente su perspectiva. Por supuesto que esto no hubiera sido posible sin un contenido sólido o convincente y sin unos procedimientos analíticos y empíricos relativamente sencillos y fiables. Park y los suyos ofrecían todo esto bajo el envoltorio de la ecología humana y proporcionaron con ello la primera perspectiva sociológica que hacía de la ciudad su objeto de estudio¹³. —

Desde la sociología hubo anteriores aproximaciones teóricas a la ciudad, fundamentalmente las que realizaron Weber, Marx, Durkheim, Simmel y Sombart; no obstante, sus aportaciones resultaban más bien tangenciales al fenómeno urbano. Si bien en los escritos de estos autores es posible encontrar una cierta caracterización de su naturaleza y dinámica, el hecho urbano no representa nunca el núcleo de su interés. Sus investigaciones formaban parte de una estrategia de conocimiento más amplia y ambiciosa: el estudio científico de la sociedad. Por eso, *Die Stadt (La ciudad)*, de Weber, no puede interpretarse al margen de los estudios sobre la racionalización y el poder en occidente o como algo ajeno a la moral económica de las grandes religiones. En el caso de Marx y Engels, la cuestión urbana se concebía como una trama subsumible en procesos más globales de transformación social (la industrialización, la revolución burguesa). El estudio de los tipos de organización social y de las formas de sociabilidad llevados a cabo por Durkheim, Simmel y Tönnies constituyen magníficos análisis aún útiles para la comprensión de la vida social en las ciudades; no obstante, aun cuando su pensamiento dibujara la ciudad como una forma evolucionada de organización social, en comparación con los ámbitos comunitarios, nada hay en sus escritos que permita afirmar que consideraron el análisis de lo urbano como algo sociológicamente central. El fenómeno urbano o la ciudad, pues, resulta siempre en su concepción una realidad, un fenómeno o una dimensión por la cual abordamos parcialmente el estudio de lo social. Y éste explica a aquél, y no al revés.

12. En este sentido sólo hay que mirar la extensa bibliografía y su excelente organización, a cargo de Wirth, que acompaña al volumen *The City* (1925). Por otro lado, en *Estudios de ecología humana* (vol. 1) de G.A. Theodorson (1974), los artículos de M.C. Elmer, «Estudios ecológicos centenarios en Francia» (1933) y de Yale Levin y Alfred Lindesmith, «Ecología y criminología inglesas del siglo pasado» (1937) recogen un buen número de antecedentes al planteamiento ecológico de Chicago.

13. No obstante, la determinación de la ciudad como objeto de estudio en la escuela de Chicago resulta bastante problemática, como en su día mostró M. Castells en *Problemas de investigación en sociología urbana* (1986, 11ª ed.). Unas veces ese objeto parece remitir al «escenario» de los fenómenos y otras veces se ajusta a los problemas de desorganización social en la ciudad; es decir, unas veces se presenta como algo difuso y otras como algo reducido y desplazado (los problemas de integración). Véase M. Castells (1986).

La perspectiva parkiana supo integrar sus propias experiencias personales con algunas de estas y otras aportaciones teóricas en un modelo explicativo poliédrico, complejo y analíticamente fecundo. Por supuesto, el modelo acogía las perspectivas spencerianas y darwinistas que tanto eco tuvieron en la sociología americana de entonces. Pero una de las caras de ese modelo poliédrico pertenecía por completo a la sociología formalista de G. Simmel. De éste y de O. Spengler había aceptado la significación de la ciudad en la historia, su papel civilizador y su potencia emancipadora. No es casualidad que el artículo «La ciudad: sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el medio urbano» (1915/1925) se inicie con una referencia explícita a esta concepción¹⁴ y que después, al hablar de la libertad en el entorno urbano, se remita al viejo aforismo alemán: «el aire de la ciudad hace libre» («Die stadluft macht frei»). Pero fue el planteamiento de Simmel sobre la vida urbana, la alienación y el secreto y a su «digestión sobre el extranjero» lo que cautivó a Park. En el ensayo *Las grandes ciudades y la vida del espíritu* (1903) Simmel presentaba a la metrópoli como el centro de una trama compleja de experiencias sociales características de la modernidad. Escenario privilegiado de la tragedia cultural moderna (la disociación entre la cultura objetiva y la cultura subjetiva) y del drama histórico que enmarca el conflicto eterno entre el individuo (naturalmente libre) y la sociedad (esencialmente coactiva), en las grandes ciudades parecía emerger un tipo social nuevo: el hombre indolente. Desde la óptica de Simmel, el fundamento de la mentalidad tipo del urbanita descansa en una sobreestimulación de su conciencia, causada por la sucesión de impresiones nuevas, variables y aceleradas. El individuo responde ante esa discrepancia y complejidad con un órgano propio que permite su adaptación al medio febril: el intelecto. Este raciocinio está, para Simmel, en íntima conexión con el dominio y la expansión de la economía monetaria y les es común la pura objetividad en el trato con personas y cosas.

La promesa de la gran ciudad parece esfumarse ante nosotros: la vida se sitúa en un plano indolente, en una espiritualidad opaca e insensible. Las relaciones sociales se reemplazan por la reserva, la antipatía latente y la instrumentalidad, que busca lo cuantificable común a todo y a todos, y eso es el resultado de la interiorización de la economía monetaria y de la división del trabajo. La vida social en la ciudad deviene así en indolencia, que se erige como el fenómeno representativo de los tiempos modernos. La desafección metropolitana hace de ese espacio un paisaje abocetado de tipos solitarios y hastiados, náufragos de las aceras cuya proximidad espacial no se traduce en proximidad social, anímica y moral. Ahora bien, Simmel, que para este análisis había recuperado la dicotomía tönnesiana entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, no consideró en ningún momento la metrópoli como un ámbito negativo y desintegrador, sino que comprendió que una sociedad bifronte había de construir necesariamente un marco espacial específico y la personalidad que surgía en su seno, más que interpretarse en términos de

14. En concreto se remite a la obra de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*. Vid. también «City and Civilization», *Human Communities*, p. 128-141.

disolución moral, había de concebirse como una forma de socialización funcional en la complejidad metropolitana (Bettin, 1986). La gran ciudad no es sino el *Jano* moderno de una sociedad dual donde la indolencia resulta el reverso de la libertad –que sólo la ciudad y sus numerosos y diversos grupos sociales pueden ofrecer–.

Nadie duda de que la gran ciudad es un espacio de anonimato y de desarraigados; pero también, y quizá por eso, de libertad y de cosmopolitismo. En el análisis del «secreto» (Remy y Voyé, 1976) Simmel regresa sobre estos mismos puntos, pues entiende que el secreto amplía las posibilidades de coexistencia de dos mundos: uno visible y otro opaco para la sociedad (recuérdese a propósito de este enunciado el planteamiento de William James). Al avanzar por las tesis de Park en *La ciudad*, o en los otros ensayos, uno percibe de inmediato hasta qué punto su análisis es deudor del planteamiento simmeliano. Los conceptos de proximidad y distancia social, su geometría y su formalismo –tal como se plasman en su sociología de la ciudad–, sus premisas metodológicas y muchas de las interpretaciones sobre la vida moral en la ciudad y sus tipos sociales recuerdan en mucho el análisis del alemán. No obstante, en el esbozo de teoría urbana de Park las influencias formalistas de Simmel dejan paso al uso de conceptos durkheimianos, hasta el punto de que buena parte de su exposición puede leerse también en las coordenadas de la morfología social de Durkheim. De Simmel a Durkheim nos encontramos con el tránsito de una exposición impresionista, cercana al apunte etnográfico o sociológico, al ejercicio sistemático, lo que tomará forma posteriormente como ecología urbana (o ecología humana). Al examinar la concepción del ambiente urbano observamos que tanto en Durkheim como en Park se presenta como producto de la densidad física (relación población/territorio/recursos), de la que se desprende una organización social, un tipo de mentalidad y una cultura particulares¹⁵. La temática simmeliana es muy parecida pero no atiende a causas ecológicas, sino sociológicas, psicológicas y económicas. Bettin (1986: 80) llama la atención al respecto afirmando que en el pensamiento de Park la ciudad asume la forma típicamente durkheimiana de las sociedades en fase de *efervescencia social* prolongada. Por tanto, siguiendo esta línea de razonamiento, esta otra cara del complejo poliedro que Park construye para afrontar la realidad urbana, la ciudad puede ser analizada en sus aspectos morales y morfológicos en términos de densidad mecánica, densidad moral, conciencia colectiva, diferenciación social y división del trabajo.

15. No es casualidad, pues, que en muchas ocasiones se haya considerado a Émile Durkheim uno de los precursores más claros de la ecología humana. En varios artículos de Park se alude explícitamente a su teoría. La morfología social durkheimiana incluye un estudio del medio ambiente como base de la organización social. Además, los conceptos de diferenciación social (interpretado en clave de densidad física), densidad moral, solidaridad orgánica y solidaridad mecánica representan, en cuanto a su contenido y uso un antecedente de los planteamientos ecológicos de la escuela de Chicago, y su influencia es clara en autores como Park, Wirth, Hawley, Stewart, y otros. Vid. J. Díez Nicolás, *Especialización funcional y dominación en la España urbana* (1972) y G. Bettin, *Los sociólogos de la ciudad* (1986).

V

Generalmente, la ecología humana se ha interpretado en términos de un programa biologicista aplicado al estudio de (la naturaleza de) lo social. El origen de este planteamiento descansa en parte en la sociología de H. Spencer y en los estudios evolutivos de Darwin, dos autores que en los ámbitos científicos anglosajones gozaron de tanta difusión como prestigio. No obstante, el desarrollo de la ecología humana se corresponde con un darwinismo social bastante edulcorado (Bettin, 1986) o más bien con una lectura reformista. La sociología americana, bajo la influencia de Spencer y Darwin, adoptó dos direcciones básicas: el darwinismo social y el darwinismo reformista. Las diferencias entre estas dos orientaciones descansan en cierto modo en la intencionalidad de obrar, es decir, de intervenir en la evolución social. El darwinismo social —representado por W.G. Sumner en los EE.UU.— se convirtió en el sustento ideológico del *laissez-faire* capitalista. Su carácter era, pues, conservador, y más que la posibilidad, negaba la conveniencia de una acción social encaminada a intervenir en el decurso de los procesos «naturales» de la evolución. El darwinismo reformista, en cambio, consideraba oportuno y necesario introducir reformas sociales que sirvieran al progreso. Chicago optó por esta lectura¹⁶.

Resulta curioso que ni siquiera el reconocimiento temprano de que la teoría darwinista de la evolución descansaba en el principio sociológico de la *cooperación competitiva* (presente en Malthus y en Spencer) haya sido capaz de desplazar esa aureola de monismo biológico sobre el proyecto ecológico en sociología. *Qué fue antes* se ha ido convirtiendo en un debate de escaso interés entre los historiadores de la ciencia y si lo traemos a colación no es tanto para ayudar a las ciencias sociales a sacudirse de encima un cierto complejo con respecto a las ciencias de la naturaleza como por lo siguiente: al hacer esa referencia a Malthus y a Spencer comprenderemos mejor los vínculos entre ecología y economía en sus aspectos analíticos, sus fundamentos teóricos y también en sus connotaciones ideológicas.

16. El departamento de Chicago se caracterizó por esa postura reformista que, de un lado, entroncaba con el pasado religioso de algunos de sus miembros; de otro lado, se asociaba al espíritu misionero de su sociología (acelerar la evolución social mediante el descubrimiento de las leyes del cambio social); y por último, resultaba consustancial a un planteamiento que buscaba en el conocimiento su aplicación práctica y no sus desarrollos especulativos. Esta postura, defendida con ahínco por Lester Ward, se inspiraba en las tesis de un discípulo inseparable de Darwin, Thomas H. Huxley, que distinguía en *Evolución y ética* (1893) dos tipos de procesos en el género humano: los procesos cósmicos, de orden natural; y los procesos éticos, que apartaban de su destino natural al hombre (razón por la cual la ética no debía recibir orientaciones de la biología). Ward asume esta distinción al hablar de la *génesis* natural y de la *télesis* social, es decir, de la acción deliberada. Park asumirá en sus dicotomías ecológicas este planteamiento, escapando del monismo spenceriano que aplicaba siempre el mismo esquema a los fenómenos naturales y sociales (Vid. Coser: 1988; Kukclik, 1984: 333-367). No obstante, la acción deliberada en Park y en la ecología humana posterior, parece encauzarse institucionalmente, por no decir burocráticamente (por ejemplo, en el trato de las áreas naturales), sin entrar en una consideración de los aspectos políticos de la acción.

Hay que reconocer con Thomson (Cf. Park, «Human Ecology», p. 146) que Darwin no hace sino proyectar sobre la vida orgánica una idea estrictamente sociológica y llevarla a sus últimas consecuencias. En Malthus, de hecho, encontramos las bases –pero no la formulación– de la posterior noción de lucha por la vida (*struggle for room and food*)¹⁷. Así, en la correspondencia de Marx a Engels (1862) afirma el primero:

«En cuanto a Darwin, [...] me divierte cuando pretende aplicar igualmente a la flora y la fauna la teoría de Malthus, como si en el señor Malthus no residiera la astucia justamente en el hecho de que no es aplicada a las plantas y a los animales, sino a los hombres –con la progresión geométrica– en oposición a lo que sucede con las plantas y animales. Es curioso ver cómo Darwin descubre en las bestias y en los vegetales su sociedad inglesa, con la división del trabajo, la competencia, la apertura de nuevos mercados, las ‘invenciones’ y la ‘lucha por la vida’ de Malthus». (Cf. Jiménez Blanco, 1993: 56).

A partir de aquí es más fácil remontar las relaciones entre ecología y economía (en particular en sus formulaciones clásicas y neoclásicas). No se trata tan sólo de que autores como H.G. Wells y Julian Huxley consideren en *The Science of Life* que la ecología podía entenderse en términos de una «economía natural» o «economía biológica» –pues no era sino una extensión de los principios económicos al conjunto de la vida–, lo que Park recoge en sus escritos cuando afirma que el principio de la *cooperación competitiva* proporciona a las interacciones entre las unidades elementales de un sistema (hábitat o comunidad) el carácter de una *economía natural*. Es algo más profundo. La correspondencia entre los planteamientos ecológicos, tal como quedan formulados en el discurso de la escuela de Chicago, y la economía neoclásica, puede observarse en sus tesis y supuestos elementales. Así, esta relación se pone en evidencia en el examen de los procesos de crecimiento y conformación de la estructura urbana –muy ligados en el caso de Burgess al análisis locacional de Von Thünen (1826)– e incluso en los conceptos que la ecología humana despliega para analizar la realidad urbana¹⁸. Aunque las nociones de competencia, dominio, asociación, invasión y sucesión tengan un origen en la ecología general están concebidas dentro de la esfera económica a la cual remiten. En ese sentido, Perulli (1995: 22) observa que aunque en la formulación ecológica la competencia aparece como un proceso de ajuste de

17. Sobre este punto y acerca del programa de la ecología humana como un intento de reunir e integrar la biología y la sociología me remito al artículo de José Jiménez Blanco «Ecología humana: convergencia de los paradigmas sociológico y biológico» en E. Lamo de Espinosa y J.E. Rodríguez Ibáñez, *Problemas de teoría social contemporánea*, CIS, 1993, p. 47-86.

18. Los modelos microeconómicos neoclásicos de explicación de la estructura urbana y de la distribución de usos se relacionan formalmente con los modelos ecológicos: el análisis de las curvas de renta de los diferentes usos y su expresión gráfica como anillos concéntricos es un buen ejemplo de las coincidencias que presentan, fácilmente comprensibles a la luz de lo explicado más arriba. Vid. Zárate Martín, *El espacio interior de la ciudad*, Síntesis, Madrid, 1991.

naturaleza biótica, su concepción es, sin embargo, muy similar a la de la noción económica y su funcionamiento es muy próximo al del mercado. Así, pues, el precio del suelo regula la distribución de usos y de población en el medio urbano. La desigual capacidad económica de los grupos sociales y profesionales y de las actividades económicas condiciona y explica la lucha por la apropiación (privada) del espacio. La concepción ecológica clásica de la comunidad urbana como un sistema dinámico donde la competencia opera como fuerza organizadora refleja también el planteamiento de la economía liberal. Las leyes del mercado explican a su vez el deterioro de la zona de transición¹⁹ pues los propietarios abandonan a su suerte y a la especulación los inmuebles en ese sector. Es fácil, pues, inferir qué clase de individuos y grupos residen en ese área, e incluso su movilidad característica. Alexandro Pizzorno (1967: XVI-XVII) considera, a su vez, que estas coincidencias no remiten únicamente al hecho de que ecología y economía posean la misma raíz griega ('*oikos*'), lo que ya es un tópico, sino que comparten el mismo sujeto analítico: basta sustituir el *homo oeconomicus* por el individuo biológico (o, en su caso, por la especie biológica) para encontrar la lógica de las nociones de competencia, equilibrio y dominación. E incluso, regresando con Simmel, Perulli (1995) afirma que el habitante metropolitano, que se presenta ante todo como un tipo psicológico, puede asimilarse al consumidor de la economía neoclásica (también al consumidor de T. Veblen en *Teoría de la clase ociosa*) que se desenvuelve en un mercado anónimo y en un mundo dominado por la economía monetaria. Por otro lado, teniendo en cuenta el contexto socioeconómico y político en el que investigaron y la dinámica *laissez-faire* del capitalismo americano en los años finales del pasado siglo y en las primeras década del presente, es fácil comprender —como lo hacen neoeólogos como Frisbie y Kassarda— hasta qué punto el discurso ecológico presenta un frente de naturaleza económica²⁰.

19. En el modelo concéntrico de crecimiento urbano propuesto por Burgess, el segundo anillo constituye la zona de transición (un sector por el que la escuela de Chicago sentía predilección). Se trata de un área mixta que incluye actividades industriales (típicamente urbanas), comerciales y residenciales; pero es un sector complejo donde el deterioro convive con la renovación. Por metamorfosis de contacto con el centro (primer anillo) se instalan ciertos comercios mientras que se expulsa la actividad residencial. Con este fin, los inmuebles se abandonan a su suerte, a la ruina y al deterioro de tal modo que sus habitantes suelen ser de rentas bajas, grupos marginales y grupos étnicos que le confieren su impronta. Se trata de un fenómeno típicamente norteamericano.

20. La sociología ha considerado siempre la importancia de los factores económicos en la explicación de la ciudad, tanto por lo que respecta a su origen (lugar de mercado) como por lo que se refiere a su dinámica. Es posible advertir este vínculo en la teoría weberiana, tal como se registra en *Die Stadt* (1921) sin dejar de remitirnos por ello a la esfera de la ciudadanía política, algo que en Weber es manifiesto (la conexión entre la esfera pública del mercado y la esfera pública de la política). También Simmel, como hemos visto, considera la estrecha relación entre un tipo de economía monetaria y el desarrollo de la metrópoli; y Werner Sombart en *Lujo y capitalismo* destaca el hecho del consumo como un aspecto consustancial al fenómeno metropolitano. Cf. Perulli, 1995.

En cualquier caso, como hemos dicho, esto no quita que el discurso ecológico se presenté fundamentalmente como un intento de explicar lo social desde una concepción naturalista. El programa biologicista poseía, en efecto, un gran atractivo para la explicación de la sociedad y no sólo por su sencillez. No era la primera vez que un dominio particular de las ciencias sociales adoptaba el modelo de las ciencias naturales²¹. En el caso de la joven sociología norteamericana suponía al parecer la posibilidad de liberarla de las tentaciones metafísicas y morales que tanto cautivaban a buena parte de la sociología europea y norteamericana²²; además, al apelar a las fuerzas impersonales de la naturaleza (a sus leyes inexorables) podían dejar parcialmente de lado la acción de los sujetos, sus motivaciones, finalidades y sentimientos (lo que en Ward, Small y el propio Park no resulta tan convincente). También los procesos y el resultado de la configuración social (la organización de la ciudad, por ejemplo) escapaban a una responsabilidad social (y de ahí el aspecto ideológico que de ordinario se achaca al naturalismo de la escuela de Chicago, que les lleva a prescindir de un análisis político de la ciudad y de su importancia en la estructura y dinámica urbana). Por último, la adaptación del modelo naturalista les permitía quedar directamente emparentados con los conceptos y procedimientos metodológicos que el positivismo consideraba rigurosamente

21. Jiménez Blanco, *op. cit.*, recuerda en su estudio que ya hay biologismo en la sociología de Auguste Comte, en su distinción entre estática y dinámica social, que él mismo considera como una variante de la distinción biológica entre anatomía y fisiología. Herbert Spencer hace gala de este naturalismo al trabajar con las categorías básicas de estructura y función. Y como hemos visto ya a propósito de Émile Durkheim, su sociología comprende una base de índole naturalista: la cadena causal para explicar la aparición de la sociedad industrial compleja se remite a un incremento demográfico que exige una mayor competencia y diferenciación (*De la division du travail social*). En *Las reglas del método sociológico* no duda en aplicar la metodología biológica de Claude Bernard. Al igual que Spencer, Durkheim considera que el desarrollo social supone un cambio desde lo simple a lo complejo, desde lo homogéneo a lo heterogéneo o, en sus términos, desde sociedades de segmento único a sociedades plurisegmentadas simples y compuestas. En cierto modo encontramos ecos de este esquema en las tesis de la cultura urbana de Park, Wirth y Redfield y es muy habitual entre quienes operaron sobre la base de una distinción evolutiva campo-ciudad.

22. Así, Park y Burgess, en *Introduction to the Science of Sociology* (1921) trataron de advertir a sus estudiantes que el análisis de la sociedad no podía ser científico y moral a la vez. A su parecer, y a diferencia de lo que habían pretendido los sociólogos de la anterior generación, muy ligados a un reformismo de naturaleza protestante, Park y Burgess estimaban que debía distinguirse entre lo normativo y lo descriptivo, y la analogía naturalista se prestaba para evitar la confusión: «Lo primero que tienen que aprender los estudiantes de sociología es a observar y a registrar sus observaciones [...] más que a formular opiniones. Los hechos más importantes de que tiene que ocuparse los sociólogos son opiniones (actitudes y sentimientos); pero en tanto que [...] no aprendan a tratar las opiniones como los biólogos tratan los organismos —es decir, diseccionándolas, reduciéndolas a sus elementos primarios, describiéndolas [...] no cabrá obtener un progreso señalado de la ciencia sociológica» (Park y Burgess, 1921, v-vi. Cf. H.M. Hughes, 1974: 616). Es curioso que ellos mismos no fueran capaces de deslindar con tanto rigor los aspectos normativos e ideológicos de su discurso científico. En cualquier caso, queda claro que la opción intelectual por la que se decantan se aproxima a una lectura positivista extrema incapaz de sacudirse de encima los valores que en sí porta y de cumplir con la neutralidad axiológica por la que aboga.

científicos. En sus manifestaciones más extremas, la teoría ecológica aplicada al mundo de los fenómenos sociales significó, como todos los modelos mecanicistas, un dogmatismo en modo alguno clarificador. La penetración del método en el objeto podía todo lo más, y en el mejor de los casos, disfrazar momentáneamente el objeto pero no transformarlo sustancialmente; en el peor caso, era un enfoque ideológico de lo social. En suma, el valor analítico de sus herramientas conceptuales, usadas estratégicamente, se desvanecía en una síntesis poco convincente y demasiado lineal.

Hay que admitir que Robert E. Park nunca se mostró plenamente convencido de que los fenómenos sociales pudieran ser explicados sólo a partir de concepciones biológicas. La llamada de atención al principio sociológico de la *cooperación competitiva* es buena prueba de ello; también el hecho de que explique el orden social (de la ciudad) como resultado de la integración de la naturaleza y la cultura, al considerar un orden biótico y un orden moral (o incluso una jerarquía de órdenes que van de lo ecológico a lo moral, pasando por lo económico y lo político). La explicación de la vida social en la ciudad (su cohesión comunitaria, su desorganización moral) nunca deja de remitirse a la esfera de la comunicación simbólica y a los procesos de interacción, como aprendió en su día de Dewey. «*La sociedad no existe más que en y por la comunicación. A través de los medios de comunicación –afirma Park– los individuos comparten una experiencia común y mantienen una vida colectiva*» (Vid. «La comunidad urbana»). Podemos decir por tanto que su disposición hacia la analogía entre sociedad y organismo se expresaba más bien en términos de una sana prudencia intelectual.

Al parecer, la primera aplicación de lo que pudiéramos considerar una perspectiva ecológica al estudio de las comunidades humanas se encuentra en la obra del Dr. Charles Galpin titulada *Social Anatomy of an Agrarian Community* (1915). Park tomó sus anotaciones como modelo para su estudio sobre la urbanización y la circulación de prensa:

«Su método consistió en puntear, en una serie de mapas, las relaciones en el momento –económicas, políticas y sociales– de las poblaciones rurales con las pequeñas ciudades comarcales de la región a las que los agricultores ordinariamente vendían sus productos, y de los que dependían a su vez en los bienes y servicios que necesitaban. [...] El artículo de Galpin podría, en realidad, considerarse, en cierto modo, como contribución al concepto de ‘área cultural’»²³.

El estudio de Galpin anunciaba los procedimientos cartográficos de la ecología humana pero no hacía aún uso del término «ecología». Éste lo introdujeron Park y Mckenzie en 1921 tomándolo prestado, como otras tantas nociones, de los estudios de ecología general de Ernst Haeckel (*Ökologie*). En 1926 Park dictó un curso sobre ecología humana e hizo estudiar a sus alumnos y condiscípulos ecología

23. R.E. Park, «La urbanización medida por la circulación de prensa», en Theodorson, *Estudios de ecología humana* (1974), p. 377-378.

vegetal y animal para comprender el alcance y significado de términos como simbiosis, competición, dominio, sucesión, etc., y calibrar las posibilidades de aplicar estos conceptos al estudio de la organización social y urbana²⁴. Con respecto al urbanismo, la ecología le permitía integrar de un modo más sistemático lo que antes eran apreciaciones sociológicas, antropológicas e incluso aquellas otras basadas en el naturalismo literario de novelistas como Zola. Las anteriores preocupaciones y temáticas que habían jalonado su trayectoria intelectual vuelven a resurgir en un marco explicativo único, que se presume coherente: el urbanismo, la cuestión racial, la inmigración, la desorganización social, la comunicación y la opinión pública –tal como se presentaban en el artículo inaugural «La ciudad», que es a la vez un ensayo y un programa de estudios y de trabajo– quedan estructurados en un marco común, más sistemático pero no mucho menos intuitivo.

La teoría ecológica parkiana se levanta desde el concepto «darwinista» de la «lucha por la existencia». En su opinión, la competencia es el principio activo en la regulación y ordenación de la vida en el reino de la naturaleza. Mediante la competencia se controla la distribución y el número de los organismos vivos y se preserva el equilibrio en los sistemas que definen un hábitat. En su seno, las correlaciones que mantienen los miembros son manifestaciones de un orden vital de base biótica antes que social. En este marco, la ecología define al hábitat y a sus habitantes como *comunidad*.

Las características esenciales de una *comunidad* son para Park:

- 1) una población organizada territorialmente;
- 2) más o menos arraigada al suelo que ocupa;
- 3) con unidades individuales que viven en una relación de mutua interdependencia simbiótica más que social, en el sentido en que ese término se aplica a los seres humanos.

En virtud del mecanismo activo de la competencia la comunidad mantiene su «*integridad e identidad como unidad individual*» a lo largo de su ciclo vital, preservando su equilibrio o recuperándolo tras la actuación de alguna crisis ambiental.

«La competencia opera en la comunidad humana (al igual que lo hace en la comunidad vegetal y animal) para realizar y restaurar el equilibrio comunitario cuando éste es alterado por la aparición de algún factor extraño procedente del exterior o cuando sencillamente sucede en el curso normal de su ciclo de vida.

Así, cada crisis inicia un periodo de rápido cambio durante el cual la competencia se intensifica, desembocando en un periodo de equilibrio más o menos estable y en una nueva división del trabajo. De esta forma la competencia crea una condición por la cual es sustituida por la cooperación.

24. Dentro del campo de la ecología se ha distinguido entre la *autoecología*, que estudia la interacción del organismo individual con su medio, y la *sinecología*, que trata de las correlaciones entre los organismos que habitan en un determinado medio.

Puede decirse que cuando la competencia declina y en la medida en que lo hace, el tipo de orden que llamamos sociedad existe»²⁵.

En suma, la sociedad se presenta, desde la perspectiva parkiana, como un área donde la competencia biótica declina y la lucha por la existencia adopta formas más sublimadas y superiores, esto es, formas consensuales y compartidas: las normas, valores, leyes, tradiciones y costumbres sociales. Todas estas fuerzas sociales (formales e informales) operan para amortiguar las tensiones de cariz biótico y para organizar la existencia colectiva. Sin embargo, no por ello la importancia de la competencia deja de manifestarse en las relaciones de individuos y especies en el hábitat comunitario, pues a través de dos principios ecológicos dependientes de la competencia biótica, que él denomina *dominio* y *sucesión*, se crea y mantiene un tipo de orden en el seno de la comunidad —un orden que implica la diferenciación y la individuación. El orden superior (de la sociedad) queda garantizado por la comunicación simbólica.

Tomando el modelo naturalista, Park observa que la comunidad urbana (un superorganismo, en términos spencerianos) presenta una clara partición en lo que él da en llamar *áreas funcionales o naturales* cuya existencia está ligada directamente al principio natural de la competencia y a la *dominación*. La ciudad es un mosaico de tales áreas segregadas: barrios comerciales, residenciales de clase media, guetos étnicos, barrios bajos, zonas industriales, etc.

«Un sector de la ciudad es denominado área natural porque surge sin plan previo y desempeña una función [...]. Es un área natural porque posee una historia natural. La existencia de estas áreas naturales, cada una con su función característica, proporciona ciertos indicios sobre lo que el análisis de la ciudad desvela: [que la ciudad] no es sólo un artefacto sino en cierto sentido y hasta cierto punto, un organismo»²⁶.

El concepto de área natural constituye uno de los más interesantes de toda la teoría ecológica urbana y una de sus grandes aportaciones, aún útil como instrumento analítico para la caracterización de las zonas urbanas. Las ciudades de gran dimensión ofrecen al observador un paisaje fragmentado en pequeños sectores diferenciados y típicos. La existencia de estas áreas, que surgen de modo espontáneo, se explica por las fuerzas naturales (básicamente, por la competencia) que se desarrollan libremente en el interior de la comunidad urbana. Pizzorno (1967: xvii-xviii) indica que el concepto de área natural debe entenderse dentro de

25. «Human Ecology», en *Human Communities*, p. 150. Hay que señalar que uno de los talones de Aquiles de la teoría parkiana reside en esa diferenciación entre comunidad y sociedad (que no tiene ecos de la dicotomía tónnesiana). La ecología posterior no distingue esos niveles diferenciados, el biótico y el social, e integra el primero en el segundo al hablar de «medio ambiente».

26. «The City as Social Laboratory», en *Human Communities*, p. 79.

la polémica naturalista: frente a los que sostienen la imposibilidad de una observación generalizable de lo social, la ecología les muestra la naturalidad de la sociedad, la accesibilidad a la observación científica de la acción humana (sedimentada); frente a los que observan la ciudad como un mero artefacto, la ecología les exhibe su naturaleza elemental. Pero, además, esta polémica se inscribe dentro del debate en torno a la planificación de la ciudad: no se niega con este concepto la posibilidad de una planificación que atienda a modelos compositivos apriorísticos pero sí su valor. «*Una ciudad ideal* –dice Zorbaugh (1974: 90)– *no serviría de molde a una ciudad real*». De ahí, pues, que la planificación de la ciudad deba incorporar el estudio de los procesos y tendencias típicas de la dinámica urbana. Sólo de ese modo podremos estar seguros de que «*la planificación urbana constituye un intento de dirigir y controlar la organización ecológica*» (Vid. Park, «La organización comunitaria y el temperamento romántico»). El binomio naturaleza-cultura del pensamiento ecológico reaparece bajo entonces la forma de un conflicto entre acción racional y acción instintiva (Leonardo, 1989: 30), y este antagonismo no tiene más salida que la aceptación y convergencia de lo racional y de lo instintivo, si no de la subordinación del primero al último (como efectivamente haría después la *Federal Housing Authority*). En este sentido, Zorbaugh observa que el conflicto se manifiesta con absoluta nitidez cuando comparamos las áreas de servicios (áreas administrativas) con las áreas naturales. La organización de las unidades para la prestación de servicios urbanos siguiendo patrones rígidos de distribución de la población, más o menos de acuerdo a un criterio de homogeneidad, se desentiende del funcionamiento natural de la ciudad, donde las áreas naturales surgen y se desarrollan de forma espontánea. Si coinciden es debido a la pura casualidad; pero lo normal es que las delimitaciones administrativas terminen de un modo u otro violentando la realidad de las áreas naturales, prueba del absoluto desinterés –cuando no desconocimiento– que la acción racional (la planificación urbana) muestra con respecto a la acción instintiva.

En fin, así se determinan las líneas generales de los grandes asentamientos urbanos y la relación funcional-natural que cada área establece con las otras en el seno de la comunidad urbana. Determinada población, determinadas profesiones y usos ocuparán distintos emplazamientos en función de su capacidad económica: las clases, categorías profesionales y usos más poderosos se sitúan en los emplazamientos centrales (el CBD, Central Business District), los más codiciados y donde el precio del suelo es más alto; al mismo tiempo, expulsarán a los usos, profesiones y población más débiles. Conforme salimos hacia la periferia los precios inmobiliarios descienden. El modelo de crecimiento concéntrico de Burgess (1925) expresa gráficamente cómo operan esos procesos ecológicos en el seno de la comunidad urbana. Exactamente igual que en un medio forestal o en la estepa: unas especies dominan sobre otras y ante cualquier cambio en la situación se producirán variaciones en cuanto al grupo dominante hasta llegar a una nueva fase de equilibrio. En el medio urbano, la relación centro-periferia opera tanto a nivel espacial como social. La *sucesión* designa la secuencia ordenada de cambios

por los que atraviesa una comunidad humana, vegetal o animal. La comunidad urbana es una realidad donde el cambio está presente. La sucesión se manifiesta perfectamente en el caso de los diferentes grupos étnicos y sociales cuando invaden un área y se apropian de ella, sustituyendo, quizá expulsando, al grupo que anteriormente ocupaba el área en cuestión. En la ciudad, los procesos de renovación urbana, la terciarización de los centros urbanos ilustran estos procesos de dominación-sucesión.

Visto lo anterior, la comunidad humana queda definida como un agregado de organismos espacialmente localizados y arraigados que conforman una estructura social a través de un conjunto naturalmente reglado de interacciones. Estas interacciones pueden conocerse atendiendo a los procesos ecológicos que rigen en su seno. En este sentido la diferencia entre una sociedad de insectos puede resultar relativamente pequeña con respecto a una comunidad humana, pero es suficiente como para salvar una concepción ingenua de la analogía naturalista. La competencia opera en todas las formas de vida pues responde a la estructura biótica común a todas las especies y órdenes de la naturaleza. En la sociedad humana adopta también la forma del conflicto y éste, como la pura competencia, puede ser amortiguado, si no eliminado, por una acción social de consenso. Pero este consenso opera en el nivel superestructural, que puede reconducir la infraestructura biótica. La tensión entre naturaleza y cultura permanece a lo largo de la teoría parkiana ecológica y, siguiendo con los planteamientos adoptados, se resuelve de forma dicotómica por la superposición dialéctica entre infraestructura y superestructura, como caparazones yuxtapuestos, pues como afirma Park, el hombre erige sobre las bases de la comunidad biótica una estructura institucional (moral) fundada sobre la tradición y la costumbre:

Estas manifestaciones *culturales* son mecanismos activos en la limitación de la competencia (biótica) y/o del conflicto (social), pero también activan cauces para controlar la libertad de los individuos y preservar una existencia colectiva. En consecuencia, la sociedad humana expresa una articulación de dos niveles:

«Existe una sociedad simbiótica basada en la competencia y una sociedad cultural basada en la comunicación y el consenso [...] y las energías emergentes que se manifiestan a nivel biótico como movimientos de actividad se revelan en formas más sutiles y sublimadas al nivel social superior»²⁷.

La ciudad expresa también estos dos niveles de existencia, el natural y el cultural:

«La ciudad, desde la perspectiva de este artículo, es algo más que una aglomeración de individuos y de servicios colectivos: calles, edificios, alumbrado eléctrico, tranvías, teléfonos, etc.; también es algo más que una simple constelación de instituciones y de aparatos administrativos: tribunales, hospitales, escuelas, comisarías y funcionarios civiles de todo tipo. La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de

27. «Human Ecology», en *Human Communities*, p. 157.

costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a esas costumbres, que se transmiten mediante dicha tradición. En otras palabras, la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de las gentes que la forman; es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana»²⁸.

La ciudad no sólo exhibe un orden natural y espacial característico sino también un nuevo orden moral. Este «orden moral» (como observa Hannerz, un concepto más usado que definido) se encuentra en continuo ajuste o en equilibrio dinámico, dada la naturaleza mudable de lo social. Park advierte que la gran ciudad, por su tamaño y densidad, por su diversidad étnica y profesional —es decir, por su heterogeneidad—, por las formas culturales y tecnológicas que muestra y por esa misma división del trabajo que opera en su seno define una nueva forma de existencia: nuevos y distintos patrones de interacción social, de comportamiento y de organización comunitaria. Esta argumentación se apoya sin duda en la teoría simmeliana, pero se aprecia también la influencia durkheimiana, pues la formación social en transición que nos describe Park puede ser concebida en términos del paso de una solidaridad mecánica a una solidaridad orgánica. Como expresión de una organización social compleja evolucionada, la ciudad se sitúa en las antípodas de la pequeña comunidad. En efecto, el ambiente urbano, concebido desde ese determinismo ambiental (densidad física) se caracteriza por una potente carga secularizadora y un racionalismo imposible de hallar en el medio rural, mucho más concreto y particular, mucho más apegado al terruño, a sus ritmos cotidianos, a sus interacciones previstas²⁹.

«En la ciudad, cualquier ocupación, incluso la de mendigo, tiende a asumir el carácter de una profesión y la disciplina que impone la voluntad de triunfar en cada ocupación, así como las asociaciones que promueve, acentúan esa tendencia —la tendencia no sólo a especializarse sino a racionalizar la actividad y a operar con una técnica específica y consciente para dominarla»³⁰.

La cortesía distante, la artificialidad en el trato y el cosmopolitismo parecen ser patrimonio del habitante de la gran ciudad. En buena medida se explican por la difusión de la economía monetaria y el uso del dinero que se convierte en el patrón de las relaciones sociales dentro de una *comunidad de intereses* por su acento en lo objetivo cuantificable, o dicho de otro modo, en la instrumentalidad del otro. «El dinero —dice Park en clara alusión simmeliana— es el medio fundamental de la racionalización de los valores y de la sustitución de los sentimientos por los intereses. Precisamente porque no experimentamos frente al dinero ninguna actitud

28. «The City: suggestions...» en *Human Communities*, p.13.

29. En esta argumentación se adivina ya lo que después será la construcción del mito de la cultura urbana en Louis Wirth («Urbanism as a Way of Life»).

30. «The City: Suggestions...», *op. cit.* p. 24.

personal o sentimental, como la que experimentamos, por ejemplo, frente a nuestra casa, el dinero se convierte en el medio más preciso de intercambio. Pero además, el urbanita es sofisticado porque no sólo no teme sino que gusta de la movilidad, del anonimato y de la libertad que la ciudad garantiza. Obsérvese que el uso del concepto de movilidad tal como es formulado por Park resulta muy similar al de Pitirim Sorokin (*Social Mobility*, 1927): en ambos casos no se trata sólo de una movilidad territorial, sino también de una movilidad social que puede ser de tipo cultural, entre distintos grupos sociales y étnicos (otros deseos y estímulos, nuevos sistemas de significados, nuevos patrones y modos de obrar y pensar); o bien puede remitir a una movilidad socioprofesional (movilidad vertical, hacia arriba o hacia abajo, en el seno de la estratificación urbana) que en su caso también supone un nuevo universo de discurso y hábitos particulares³¹.

El tipo social que mejor representa esta movilidad territorial es sin duda el *hobo*: el vagabundo, el trabajador ocasional que deambula de un sitio a otro, de una ciudad a otra, sin patria, sin techo y sin dueño. La movilidad proporciona un tipo de mentalidad particular. Walt Whitman es el *hobo* más representativo. Se ha visto en este *vagabundo* al hombre marginal, pero debe considerarse al *hobo* más bien un individuo al margen, con sus propias categorías, su particular universo de discurso y mirada distante. El «hombre marginal» de Park es fundamentalmente el judío, el judío emancipado, un tipo social que representa el cosmopolitismo típicamente ciudadano frente a lo local, lo abstracto y racional frente al sentimiento; un ser móvil que está a caballo de dos mundos contiguos y casi siempre ajenos. El judío errante no es sino un híbrido cultural; es decir, el tipo urbano por excelencia³².

31. Posteriormente el concepto usado para designar el cambio de *status* es el de posición; el referente espacial sigue siendo obvio e importante en la medida que parece existir una relación entre la distancia física y la distancia social, o en otros términos, entre el continente físico (un sector urbano) y el contenido social (los individuos que integran un grupo profesional o étnico particular). Al ser más fácil de observar y medir, este indicador facilita el uso de la estadística en sociología (véase «La comunidad urbana»). En este sentido, si bien Park gusta de las aproximaciones etnográficas —la observación directa, las historias de vida— no reniega de las bondades de un buen sostén matemático cuando realmente sea útil a una lectura sociológica y no llegue a transformar la naturaleza de la propia sociología, aunque a veces la estadística le resulte algo similar a un juego de prestidigitación o se confiese poco apto para ella. Será un alumno de Park, E. Bogardus, quien construya, hacia 1925, la primera escala de medición estadística de actitudes y opiniones (para medir los prejuicios raciales) partiendo de la noción ecológica de distancia social, reconvertida en distancia psicológica. La escala de Bogardus distribuye valores numéricos a los diferentes tipos de relación que van de la más estrecha (v.gr. el matrimonio interétnico) a la más distante (la hostilidad y exclusión social). Con la llegada de William Ogburn a Chicago en 1927, la investigación estadística comenzará a despuntar. Vid. Coser, 1988; Coulon, 1994; Pizzorno, 1967.

32. El planteamiento de Park acerca del *hombre marginal* responde una vez más a la argumentación de Simmel sobre el extranjero en sus estudios de *Sociología*. Vid. R.E. Park, «Human Migration and the Marginal Man», *American Journal of Sociology*, 33 (1928), p. 339-344; «Introduction» en E.V. Stonequist, *The Marginal Man*, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1937, 228 p.

Una de las características de la gran ciudad como orden natural y moral es su configuración espacial en áreas segregadas, donde residen grupos sociales distintos. Estos sectores, a la vez naturales y sociales, constituyen ámbitos diferenciados por sus costumbres, por sus valores, por sus universos de discurso, por sus normas de decencia y de presentación, coloreando el ambiente urbano de un modo muy particular. El individuo puede moverse entre estos grupos y rehuir de ese modo las constricciones del grupo primario (de la familia, del vecindario, de lo estrictamente local). Esto otorga al ambiente urbano una diversidad social y cultural que estimula y educa al ciudadano en nuevos patrones de comportamiento, algunos de ellos desviados.

«Los procesos de segregación instauran distancias morales que convierten la ciudad en un mosaico de pequeños mundos que se tocan sin llegar a penetrarse. Esto hace posible que los individuos pasen rápida y fácilmente de un medio moral a otro y alienta la fascinante aunque peligrosa experiencia de vivir al mismo tiempo en mundos diferentes y contiguos, pero por lo demás completamente separados. Todo eso tiende a conferir a la vida urbana un carácter superficial y casual, a complicar las relaciones sociales, y a producir nuevos y divergentes tipos de individuos. Esto introduce al mismo tiempo un elemento de azar y de aventura que se añade a la excitación de la vida urbana y le otorga un atractivo particular para los temperamentos jóvenes y fogosos. El señuelo de las grandes ciudades es quizá consecuencia de estimulaciones que actúan directamente sobre los reflejos. Observamos ahí un tipo de comportamiento humano que puede explicarse como la atracción que ejerce la llama sobre la mariposa, como una especie de tropismo»³³.

Mientras que la desviación no es tolerada en los pequeños grupos locales, muy comprometidos con su identidad y su cohesión («el despotismo de la aldea» que decía Stendhal en *Rojo y negro*), la ciudad estimula en los hombres esa excentricidad que a veces se manifiesta enormemente creativa. Al respecto, Park nos habla de la existencia de *regiones morales* en el ámbito urbano donde aquellos que son similares (en sus gustos, en sus disposiciones innatas o adquiridas) encuentran un lugar donde desarrollar sus pulsiones —que la civilización trata de contener— y un sostén moral. El gueto (judío) sería un caso extremo. En cualquier caso, una región moral no es siempre un lugar de reunión de desviados y marginales como se ha querido ver a veces a propósito del *hobo*.

La vida social en la ciudad, sin embargo, es inestable y frágil. Y el reverso de todas esas mutaciones es la desorganización social, la desintegración moral de los individuos. La ruptura de los vínculos primarios, de las ataduras locales, de sus inhibiciones, la pérdida de influencia por parte de la iglesia y de la familia, la movilidad extrema, todo eso puede llegar a provocar la ruptura del control social tradicional y formas de comportamiento desviadas («los enemigos interiores»), como la delincuencia, el alcoholismo y la prostitución. Buena parte de las

33. «The City: Suggestions...», *op. cit.* p. 47

investigaciones de Park y de la escuela ecológica siguen esa dirección: los procesos de aculturación y desintegración moral en la ciudad. Sin embargo, los cambios habidos introducen un nuevo orden que contiene las pulsiones del hombre y los comportamientos indecentes. El control social adopta una forma indirecta pero no menos efectiva: la moda y la opinión pública (el rumor de la aldea como instrumento de control es sustituido por la prensa). Por supuesto, no desaparecen los tribunales y la policía e incluso el control ecológico de los grupos locales (las subcomunidades urbanas) todavía logra mantenerse en muchos ámbitos socioterritoriales (en las comunidades de inmigrantes, por ejemplo). La comunicación, que permite una acción concertada, se erige en la sociedad como instrumento de cohesión social que concilia el desarrollo individual con el desarrollo colectivo. Aquí se adivina el interés y el esfuerzo de la sociología parkiana por el mantenimiento del orden y el consenso, el principal problema de la sociedad y objeto fundamental de su teoría, aunque se aborde a través de otros objetos (los problemas de asimilación de los inmigrantes, la desorganización familiar, el conflicto étnico y la segregación, la movilidad urbana, etc.). Pero también se manifiesta en este punto el empeño de Park para evitar plantear el problema urbano sólo en términos de anomia y en un esfuerzo similar al de Simmel tratar de rescatar las implicaciones positivas del ámbito urbano y de su nuevo orden moral. Si nuevas formas de control social suponen nuevas coacciones sobre los individuos (lo que en definitiva crea y mantiene el orden social), lo positivo de la ciudad medido por la libertad, el anonimato emancipador, la existencia de diversos ambientes y regiones morales susceptibles de ser recorridos por los individuos en diferentes ocasiones, inclina definitivamente la balanza hacia la vida en la gran ciudad, que ya es nuestro destino.

Bibliografía

ALIHAN, Milla A. *Social Ecology: A Critical Analysis*. Nueva York, Columbia University, 1938.

ALIHAN, Milla A. «Estudios de comunidad y ecológicos». En THEODORSON, G.A. *Estudios de ecología humana*. Barcelona, Labor, 1974, vol. 1, p. 163-170.

BETTIN, Gianfranco. *I sociologi della città*. Bolonia, Il Mulino, 1979 (trad. esp. *Los sociólogos de la ciudad*. Barcelona, Gustavo Gili, 1982, 204 p.

BLEMAN, L.S. «Robert E. Park: an Intellectual Portrait of a Journalist and Communication Scholar». *Journalism History*, 1975-76, vol. 2, nº 4, p. 116-124, 132.

BLUMER, M. *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity and the Role of Sociological Research*, Chicago, University of Chicago Press, 1984.

BURGESS, E. «El crecimiento urbano: introducción a un proyecto de investigación». En THEODORSON, *op. cit.*, vol. 1, p. 71-81.

CAPEL, H. *Geografía humana y ciencias sociales. Una perspectiva histórica*. Barcelona, Montesinos, 1984.

CASTELLS, Manuel. *La cuestión urbana*. Madrid, Siglo XXI, 1976 (2ª ed.), 430 p.

CASTELLS, Manuel. *Problemas de investigación en sociología urbana* (11ª ed.). Madrid, Siglo XXI, 1986, 278 p.

COSER, Lewis. «Corrientes sociológicas de los EE.UU.». En BOTTOMORE y NISBET, *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu, 1988, p. 327-363.

COULON, Alain. *L'École de Chicago*. París, París, P.U.F. (2ª ed.), 1994, 127 p.

DÍEZ NICOLÁS, J. *Especialización funcional y dominación en la España urbana*, Madrid, Guadarrama, 1972, 246 p.

ENTRIKIN, J.N., «Robert Park's Human Ecology and Human Geography». En *Annals of the Association of American Geographers*, 70, p. 43-58.

FARIS, Robert E. *Chicago Sociology 1920-1932*, Chicago, University of Chicago Press, 1967, 294 p.

GETTYS, Warner E. «Ecología humana y teoría social». En THEODORSON, *op. cit.*, 1974, p. 171-180.

GRAFMEYER, Yves y JOSEPH, Isaac. «La ville-laboratoire et le milieu urbain». En *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, París, Aubier, 1984, p. 5-61.

HALL, Peter. *Ciudades del mañana*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1996, 494 p.

HANNERZ, Ulf. *Exploring the City, Inquiries Toward an Urban Anthropology*. Nueva York, Columbia University Press, 1980 (trad. esp., *Explorando la ciudad*. México, F.C.E., 1986, 386 p).

- ✓ HAWLEY, Amos. «Ecología humana». *Enciclopedia de las ciencias sociales*. Madrid, Aguilar, 1974, vol. 4, p. 37-44.
- ∨ HOLLINGSHEAD, A.B. «Nuevo examen de la teoría ecológica». En THEODORSON, *op. cit.*, 1974, p. 189-100.
- ∨ JIMÉNEZ BLANCO, J. «Ecología humana: convergencia de los paradigmas sociológico y biológico». En LAMO de ESPINOSA y RODRÍGUEZ IBÁÑEZ. *Problemas de teoría social contemporánea*. Madrid, C.I.S., 1993, p. 47-86.
- ∨ JONES, Emery. *Metrópolis*. Madrid, Alianza Editorial 1990, 331 p.
- ✓ KUKCLICK, Henrika. «L'école de Chicago et la polique de planification urbaine. La theorie sociologique comme idéologie professionnelle». En GRAFMEYER y JOSEPH. *L'École de Chicago. Naissance de l'écologie urbaine*, París, Aubier, 1984, p. 333-367.
- ∨ LEONARDO AURTENETXE, Jon. *Estructura urbana y diferenciación residencial*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1989, 343 p.
- ✓ MACGILL HUGHES, H. «Robert Ezra Park». *Enciclopedia de las ciencias sociales*. Madrid, Aguilar, 1974. p. 615-617.
- ∨ MATTHEWS, Fred H. *Quest for American Sociology. Robert Ezra Park and the Chicago School*. MacGill-Queen's University Press, 1977.
- MORRIS, T. *The Criminal Areas. A Study in Social Ecology*, Londres, Routledge, 1957.
- PARK, Robert E. *Collected Papers*, 3 vols., dirigida por Everett C. HUGHES et al. Glencoe, Illinois, Free Press, 1950-1955.
- PARK, Robert E. *On Social Control and Collective Behavior* (edición de Ralph TURNER). Chicago, University of Chicago Press, 1967.
- PARK, Robert E. *The Crowd and the Public and other Essays* (edición de Henry ELSNER Jr.). Chicago, University of Chicago Press, 1972.
- PARK, Robert E. «La urbanización medida por la circulación de prensa». En THEODORSON, *op. cit.*, Barcelona, Labor, 1974, p. 377-390.
- PERULLI, Paolo. *Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades*. Madrid, Alianza Ed. 1995, 134 p.
- PIZZORNO, A. «Introduzione». En *La città* (de PARK et al.). Milán, Ed. di comunità, 1967, 212 p..
- RAUSEHNBUSH, W. *Robert Ezra Park: Biography of a Sociologist*. Durnham, Duke University Press, 1979.
- REISSMAN, R. *El proceso urbano*, Barcelona, G. Gili, 1972, 265 p.
- REMY, Jean y VOYÉ, Liliane. *La ville et l'urbanization*, Gembolux, Duculot, 1976 (trad. esp., *La ciudad y la urbanización*, Madrid, IEAL, 1976, 311 p.).
- REMY, Jean. «Les courants fondateurs de la sociologie urbaine americaine: des origines à 1970». *Espaces et Sociétés*, 56, 1990.
- SÁNCHEZ de la YNCERA, I. y LÓPEZ-ESCOBAR, E. «Los barruntos de Park. Antes de Chicago». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 74, 1996, p. 345-359.

SHILLS, Edward. «Tradition, Ecology and Institution in the History of Sociology», 1970, *Daedalus*, 99, 4 (trad. esp., *Génesis de la sociología contemporánea*, Madrid, Seminarios y ediciones, 1971, 169 p.).

SIMMEL, Georg, «Las grandes urbes y la vida del espíritu». En *El individuo y la libertad*. Barcelona, Península, 1986.

WHITE, Morton y WHITE, Lucia. *The Intellectual versus the City*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1962 (trad. esp. *El intelectual contra la ciudad*. Buenos Aires, Infinito, 1967, 254 p.).

ZÁRATE MARTÍN, Antonio. *El espacio interior de la ciudad*, Madrid, Síntesis, 1991, 253 p.

ZORBAUGH, Harvey W. «Las áreas naturales de la ciudad». En THEODORSON, *op. cit.* 1974, vol. 1, p. 83-91.

Anotaciones a la edición de *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*

Los artículos reunidos en este volumen han sido traducidos del libro recopilatorio *Human Communities (Collected Papers of Robert E. Park, vol. II)* a cargo de los discípulos de Park, Everett C. Hughes, Charles S. Johnson, J. Masuoka, Robert Redfield y Louis Wirth. Este segundo volumen de las obras completas de Park está integrado por todos aquellos textos centrados en el estudio de los aspectos sociales y ecológicos de la ciudad. En la medida que los trabajos de Park corresponden a un período de institucionalización de la sociología y de formalización de sus categorías y conceptos se ha considerado conveniente consultar ediciones en lengua no inglesa de los textos aquí incluidos, en concreto las traducciones italianas y francesas: la edición italiana de *The City (La città, 1967)* y el trabajo de Grafmeyer y Joseph, *L'École de Chicago (1984)*. De ese modo se han podido superar los obstáculos que presentaban determinados giros, expresiones y conceptos que estaban escasamente perfilados o eran usados de un modo ambivalente. Siguiendo el ejemplo de esas ediciones no inglesas se ha traducido *status* por *posición social* (que resulta más oportuna por las connotaciones espaciales que le atribuye Park); *vocation* por *ocupación* y, cuando remite a grupos sociales y a sus intereses, por *grupos, clases e intereses profesionales*; *racial group* se ha sustituido generalmente por *grupo étnico* excepto en casos puntuales en que el significado es preciso; *corporate action* se ha entendido como *acción colectiva o concertada*; *city planning* se ha traducido, como ya es usual, por *planificación urbana*; *slum* se convierte en *barrio bajo o tugurio*, pero no debe confundirse con la noción de «parte baja de la ciudad» que en inglés denominan *down-town* y que se refiere a la zona de comercios; no hay que ser un lince para traducir *red-light district* por *zona o área de prostitución*; *vice district* se ha considerado área de vicio y puede entenderse como *barrio chino*, en el sentido en que es utilizado este término en español, y no como un área de población asiática; por último, *religious revivals* se ha traducido como «despertares religiosos», esto es, movimientos donde resurge el sentimiento religioso y moral. Naturalmente se han usado sinónimos en cada caso para dar más soltura al texto. Algunos términos han mantenido eventualmente su grafía inglesa para permitir los juegos del autor: es el caso del *hobo*, que no es ningún personaje de Tolkien, sino un vagabundo que se deja ver por la zona de *Hobohemia*. Por lo demás, los términos que proceden de la ecología general o de la sociología clásica, por su difusión, presentan menos ambigüedades y su traducción es sencilla. La traducción de las citas de autores conocidos como Adam Smith (*La riqueza de las naciones*), O. Spengler (*La decadencia de Occidente*), Whitman (*Canto a mí*

mismo, Hojas de hierba) y otros más se ha realizado directamente, sin consultar las traducciones castellanas ya existentes.

La selección de los artículos se ha realizado pensando que ofrecen una perspectiva general y exhaustiva del pensamiento de Park sobre la vida social en la ciudad y sobre su configuración, abarcando tanto las observaciones sociológicas y etnográficas como las formulaciones ecológicas. Además, estos artículos permiten observar el complejo entramado de influencias que se articula en el pensamiento de Robert Ezra Park y los temas que confluyen en él a lo largo de toda su trayectoria. Creo que también permiten seguir la influencia que ejerció en sus discípulos: de ahí la traducción de los prólogos a los libros de Wirth, Zorbaugh, Thrasher, quienes investigan a partir de sus apuntes y experiencias. Por lo demás, estos textos muestran cómo la unidad ecológica se convierte muchas veces en mero escenario donde investigar procesos y relaciones sociológicos.

A petición de Horacio Capel, director de esta colección, *La estrella polar*, se ha traducido el artículo «Ecología humana» del que ya existía una traducción anterior al español, y excelente por cierto, a cargo de Javier González Pueyo. La dificultad para encontrar este artículo y otros más del libro de lecturas de Theodorson, *Estudios de ecología humana* —sirva esto como llamada de atención a la editorial Labor o a quien posea sus fondos editoriales para que vuelva a publicar esta magnífica obra— impulsó al profesor Capel a solicitar esta versión, que es nueva pero que es deudora de la versión de González Pueyo por la sencilla razón de que mi primera lectura de Park procede de su texto. Y no sólo esa, sino la segunda y la tercera lectura y así indefinidamente: tantas veces leí como estudiante ese artículo y tantas otras lo he explicado como profesor, antes de acometer yo su traducción, que supongo que ya es mi propia memoria.

En cuanto a la bibliografía de Park se ha organizado cronológicamente, pero dividida en dos bloques: uno conformado por sus artículos y libros; el otro, por sus prólogos e introducciones a obras de discípulos y amigos, muchas de las cuales se publicaron en las Series de Sociología Urbana que él dirigió. Como la obra de Park es abundante y versa sobre cuestiones distintas, aunque relacionadas, los recopiladores de sus obras completas (*Collected Papers of Robert Ezra Park*) las agruparon en tres volúmenes, de acuerdo a un criterio de coherencia y homogeneidad. El primer volumen, *Race and Culture*, contiene los ensayos dedicados a la cuestión racial, a la inmigración y al hombre marginal; el segundo volumen, *Human Communities*, como hemos dicho, contiene todo aquello relacionado con el desarrollo urbano, la ecología humana y la vida social de la ciudad; el tercer y último volumen, *Society*, se centra en sus estudios sobre el comportamiento colectivo y el control social. Siguiendo el modelo de Ralph H. Turner en *On Social Control and Collective Behavior*, la bibliografía de Park, aun cuando sigue el criterio de las fechas de aparición, remite al lector al volumen correspondiente, donde puede hallar el escrito en cuestión y así, su ubicación y coherencia específica. Por último se incluyen algunas obras significativas de los miembros del departamento de sociología y de la Escuela de Chicago de modo que pueda apreciarse la importancia de Chicago en el concierto sociológico

americano y la propia relevancia de Robert Ezra Park en la orientación de dicha escuela.

Me gustaría dejar constancia de mi agradecimiento al personal del Servicio de Información Bibliográfica y Documentación (SIBYD) de la Universidad de Alicante, en especial a María José Gutiérrez y Beatriz Alberdi, quienes me facilitaron los textos originales tras arduas batallas por las bibliotecas de varios países, y todo ello con tanta profesionalidad como simpatía. También deseo agradecer a Ana Baidal y a Aina López sus correcciones y sugerencias, que me fueron de gran ayuda. Por último, al profesor Capel, por el interés que mostró desde un principio por esta obra y por las observaciones que hizo al texto de cara a su publicación. A todos ellos mi público reconocimiento y, por supuesto, a todos ellos les libero de los errores que pueda contener, pues la responsabilidad es sólo mía.

Obras de Robert Ezra Park

1904. *Masse und Publikum: Eine methodologische und soziologische Untersuchung*. Berna, Buchdruckerei Lack & Grunau. (*La masa y el público*, traducida por Ignacio Sánchez de la Yncera y por Estebán López-Escobar, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 74, 1996, 361-423, Madrid, CIS).

1906a. «A King in Business: Leopold II of Belgium, Autocrat of the Congo and International Broker», *Everybody's Magazine* 15, 624-633.

1906b. «Terrible Story of the Congo», *Everybody's Magazine*, 15, 763-772

1913. «Racial Assimilation in Secondary Groups with Particular Reference to the Negro», *Publications of the American Sociological Society*, 8, p. 66-83; también publicado en *American Journal of Sociology*, 19 (marzo, 1914), p. 606-623, y en el volumen recopilatorio *Race and Culture*, p. 204-220.

1915a. *The Principles of Human Behavior*, Chicago, The Zalaz Corporation.

1915b. «The City: Suggestion for the Investigation of Human Behavior in the Urban Environment», *American Journal of Sociology*, 20, p. 557-612; revisado y publicado en *The City* (1925), p. 1-46, y en *Human Communities*, p. 13-51.

1918a. *The Man Farthest Down: A Record Observation and Study in Europe*, Garden City, Doubleday, Page & Co. (colaboración de Booker T. Washington y Robert Park).

1918b. «Methods of Forming Public Opinion Applicable to Social Welfare Publicity», *Proceedings of the National Conference of Social Work*, p. 615-622; también en *Society*, p. 143-151.

1918c. «Education in Its Relation to the Conflict and Fusion of Cultures: With Special Reference to the Problems of the Immigrant, the Negro, and Missions», *Publications of the American Sociological Society*, 13, p. 38-63; también en *Race and Culture*, p. 261-283.

1920. «Foreign Language Press and Social Progress», *Proceedings of the National Conference of Social Work*, abril, p. 493-500; también en *Society*, p. 165-175.

1921a. *Introduction to the Science of Sociology*, (junto a E.W. Burgess), University of Chicago Press.

1921b. *Old World Traits Transplanted*, de Park, R.E. y Miller, Herbert, Nueva York, Harper*.

* W.I. Thomas fue coautor de esta obra pero tras el escándalo de su expulsión de la universidad en abril de 1918 su nombre no apareció en los créditos hasta que cesaron los derechos de la primera edición. En 1951, la segunda edición restableció la verdad e hizo justicia a Thomas, auténtico artífice del libro. Cf. Coulon, 1994: 33.

1921c. «Sociology and the Social Sciences», *American Journal of Sociology*, 26, p. 401-424; 27 (julio, 1921), p. 1-21; 27 (septiembre, 1921) p. 169-183; *Society*, p. 187-242; y como capítulo 1 de *Introduction to the Science of Sociology*.

1922. *The Immigrant Press and Its Control*. Nueva York, Harper & Brothers.

1923a. «Negro Race Consciousness as Reflected in Race Literature», *American Review*, 1 (septiembre), p. 505-517; también en *Race and Culture*, p. 284-300.

1923b. «The Mind of the Rover», *World Tomorrow*, 6, p. 269-270; retitulado como «The Mind of the Hobo: Reflections upon the Relation between Mentality and Locomotion», en *The City* (1925), p. 156-160, y en *Human Communities*, p. 91-95.

1923c. «The Natural History of the Newspaper», *American Journal of Sociology*, 29 (noviembre), p. 273-289; también en *The City* (1925), p. 80-98, y en *Society*, p. 89-104.

1924a. «A Race Relations Survey: Suggestions for a Study of the Oriental Population of the Pacific Coast», *Journal of Applied Sociology*, 8 (abril), p. 195-205; *Race and Culture*, p. 158-165.

1924b. «The Concept of Social Distance: As Applied to the Study of Racial Attitudes and Racial Relations», *Journal of Applied Sociology*, 8 (julio), p. 339-344.

1924c. «Experience and Race Relations: Opinion, Attitudes, and Experience as Types of Human Behavior», *Journal of Applied Sociology*, 9 (septiembre), p. 18-24; *Race and Culture*, p. 152-157.

1925a. «The Concept of Position in Sociology», *Publications of the American Sociological Society*, 20 (julio), p. 1-14; retitulado «The Urban Community as a Spatial Pattern and a Moral Order», en *The Urban Communities*, E.W. Burgess (ed.), Chicago, University of Chicago Press, 1926, p. 3-18; y en *Human Communities*, p. 165-177.

1925b. *The City*, en colaboración con Ernest W. Burgess y Roderick D. McKenzie, Chicago, University of Chicago Press (apéndice bibliográfico a cargo de Louis Wirth).

1925c. «Community Organization and Juvenil Delinquency», en R.E. Park et al., *The City*, University of Chicago Press; también en *Human Communities*, p. 52-63.

1925d. «Magic, Mentality, and City Life» en R.E. Park et al., *The City*, p. 123-141; *Human Communities*, p. 102-117.

1925e. «Culture and Cultural Trends», *Publications of the American Sociological Society*, 19, p. 24-36; *Race and Culture*, p. 24-35.

1925f. «Immigrant Community and Immigrant Press», *American Review*, 3 (marzo), p. 143-152; *Society*, p. 152-164.

1925g. «Community Organization and the Romantic Temper», *Social Forces*, 3 (mayo), p. 673-677; *The City*, p. 113-122; *Human Communities*, p. 64-72.

1926a. «Behind our Masks», *Survey Graphic*, 1 (mayo), p. 135-139; *Race and Culture*, p. 244-255.

1926b. «Our Racial Frontier of the Pacific», *Survey Graphic*, 1 (mayo), p. 192-196; *Race and Culture*, p. 138-151.

- 1927a. «Human Nature and Collective Behavior», *American Journal of Sociology*, 32 (marzo), p. 733-741; *Society*, p. 13-21.
- 1927b. «Topical Summaries of Current Literature: the American Newspaper», *American Journal of Sociology*, 32 (marzo), p. 806-813; *Society*, p. 30-33.
- 1927c. «Life History». *American Journal of Sociology*, 79, p. 251-260 (reprod. 1973).
- 1928a. «Human Migration and the Marginal Man», *American Journal of Sociology*, 33 (mayo), p. 881-893; *Race and Culture*, p. 345-356.
- 1928b. «The Bases of Race Prejudice», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 140 (noviembre), p. 11-20; *Race and Culture*, p. 230-243.
- 1929a. «Sociology» en *Research in the Social Sciences*, de Wilson Gee (ed.), Nueva York, MacMillan, p. 3-49; *Human Communities*, p. 178-209.
- 1929b. «The City as a Social Laboratory», en *Chicago: An Experiment in Social Science Research*, de T.V. Smith y Leonard D. White (ed.), Chicago, University of Chicago Press, p. 1-29; *Human Communities*, p. 73-87.
- 1929c. «Urbanization as Measured by Newspaper Circulation», *American Journal of Sociology*, 35, (julio), p. 60-79.
- 1930a. «Murder and the Case Study Method», *American Journal of Sociology*, 36 (noviembre), p. 447-454.
- 1930b. «Social Assimilation», *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan Co., vol. 2, p. 281-283.
- 1930c. «Collective Behavior», *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, Macmillan Co., vol. 3, pp 631-633.
- 1931a. «The Sociological Methods of William Graham Sumner and of William I. Thomas and Florian Znaniecki», en *Methods in Social Science: A Case Book*, de Stewart A. Rice, Chicago, University of Chicago Press, p. 154-175; *Society*, p. 243-266.
- 1931b. «Human Nature, Attitudes, and the Mores» en *Social Attitudes*, de Kimball Young, Nueva York, Henry Holt, p. 17-45; *Society*, p. 267-292.
- 1931c. «Mentality of Racial Hybrids», *American Journal of Sociology*, 36, (enero), p. 534-541; *Race and Culture*, p. 377-392.
- 1931d. «Personality and Cultural Conflict», *Publications of the American Sociological Society*, 25, p. 95-110; *Race and Culture*, p. 357-371.
1933. «Newspaper Circulation and Metropolitan Regions», en colaboración con Charles Newcomb, en *The Metropolitan Community*, de R.D. McKenzie (ed.), Nueva York, McGraw-Hill, p. 98-110; también en *Human Communities*, p. 210-222.
- 1934a. «Dominance: The Concept, Its Origin and Natural History», en *Readings in Human Ecology*, de R.D. McKenzie et al., Michigan, G. Wahr, p. 381-385; *Human Communities*, p. 159-164.
- 1934b. «Race Relations and Certain Frontiers», *Race and Culture Contacts*, de E.B. Reuter (ed.), Nueva York, MacGraw-Hill, p. 57-85; *Race and Culture*, p. 117-137.

- 1934c. «Industrial Fatigue and Group Moral», *American Journal of Sociology*, 40 (noviembre), p. 349-356; *Society*, p. 293-300.
- 1935a. «Social Planning and Human Nature», *Publications of the American Sociological Society*, 29, p. 19-28; *Society*, p. 38-49.
- 1935b. «The City and Civilization», *Syllabus and Select Readings*, Social Science II, University of Chicago Press, p. 204-220; *Human Communities*, p. 128-141.
- 1936a. «Succession: An Ecological Concept», *American Sociological Review*, 1 (abril), p. 171-179; *Human Communities*, p. 223-232.
- 1936b. «Human Ecology», *American Journal of Sociology*, 42, p. 1-15; *Human Communities*, p. 145-158.
1937. «A Memorandum on Rote Learning», *American Journal of Sociology*, 43 (julio), p. 23-36; *Race and Culture*, p. 53-65.
1938. «Reflections on Communication and Culture», *American Journal of Sociology*, 44 (septiembre), p. 187-205; *Race and Culture*, p. 36-52.
- 1939a. *An Outline of the Principles of Sociology*, Robert Park (ed.), Nueva York, Barnes & Noble, Inc.
- 1939b. «The Nature of Race Relations», en *Race Relations and the Race Problem*, de Edgar T. Thompson, Durham, N.C., Duke University Press, p. 3-45; *Race and Culture*, p. 81-116.
- 1939c. «Symbiosis and Socialization: A Frame of Reference for the Study of Society», *American Journal of Sociology*, 45 (julio), p. 1-25; *Human Communities*, p. 240-262.
- 1940a. «News as a Form of Knowledge: A Chapter in the Sociology of Knowledge», *American Journal of Sociology*, 45 (marzo), p. 669-686; *Society*, p. 71-88.
- 1940b. «Physics and Society», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, 6 (mayo), p. 135-152; también en *Essays in Sociology*, de Clyde W.M. Hart (ed.), Toronto, University of Toronto Press, p. 1-18; *Society*, p. 301-21.
- 1941a. «The Social Function of War: Observations and Notes», *American Journal of Sociology*, 47 (enero), p. 551-570; *Society*, p. 50-68.
- 1941b. «News and the Power Press», *American Journal of Sociology*, 47 (julio), p. 1-11; *Society*, p. 115-125.
- 1941c. «Moral and the News», *American Journal of Sociology*, 47 (noviembre), p. 360-377; *Society*, p. 126-142.
1942. «Modern Society», *Biological Symposia*, 8, p. 217-240; *Society*, p. 322-341.
- 1943a. «Racial Ideologies», en *American Society in Wartime*, de William F. Orghurn, Chicago, Chicago University Press, p. 165-184; *Race and Culture*, p. 301-315.
- 1943b. «Education and the Cultural Crisis», *American Journal of Sociology*, 48 (mayo), p. 728-736; *Race and Culture*, p. 316-330.
1944. «Missions and the Modern World», *American Journal of Sociology*, 50 (noviembre), p. 177-183; *Race and Culture*, p. 331-341.
1962. «The Urban Challenge to Local and State Government: West Bengal, with Special Reference to Calcuta» en Turner, R. (ed.), *Indian's Urban Future*, Berkeley, University of California Press.

Introducciones y prólogos de Rober Ezra Park

1917. *The Japanese Invasion*, de Jesse F. Steiner, Chicago, A.C. McGlurg & Co., p. vii-xviii; *Race and Culture*, p. 223-229.

1927a. *The Natural History of Revolution*, de Lyford P. Edwards, Chicago, University of Chicago Press, p. ix-xiii; *Society*, p. 34-37.

1927b. *The Gang: A Estudy of 1313 Gangs in Chicago*, de Frederick M. Thrasher, Chicago, Chicago University Press, p. ix-xii; *Human Communities*, p. 96-98.

1928a. *The Strike*, de Ernest T. Hiller, Chicago, University of Chicago Press, p. vii-x; *Society*, p. 30-33.

1928b. *The Ghetto*, de Louis Wirth, Chicago, University of Chicago Press, p. ix-xi; *Human Communities*, p. 99-101.

1929. *The Goald Coast and the Slum*, de Harvey W. Zorbaugh, Chicago, University of Chicago Press, p. vii-x; *Human Communities*, p. 88-90.

1932. *The Pilgrims of Russian-Town*, de Pauline V. Young, Chicago, University of Chicago Press, p. xi-xx; *Society*, p. 22-29.

1934a. *Shadows of the Plantation*, de Charles S. Johnson, Chicago, University of Chicago Press, p. xi-xxiv; *Race and Culture*, p. 66-78.

1934b. *Negro Politicians*, de Harold F. Gosnell, Chicago, University of Chicago Press, p. xiii-xxv; *Race and Culture*, p. 166-176.

1937a. *Interracial Marriage in Hawaii*, de Romanzo Adams, Nueva York, Macmillan, p. vii-xiv; *Race and Culture*, p. 189-195.

1937b. *The Etiquette of Race Relations in the South*, de Bertram W. Doyle, Chicago, University of Chicago Press, p. xi-xxiv; *Race and Culture*, p. 177-188.

1937c. *The Marginal Man*, de Everett V. Stonesquist, Nueva York, Charles Scribner's Sons, p. xiii-xviii; *Race and Culture*, p. 372-376.

1938. *An Island Community*, de Andrew W. Lind, Chicago, University of Chicago Press, p. ix-xvi; *Human Communities*, p. 233-239.

1940. *News and the Human Interest Story*, de Helen MacGill Hughes, Chicago, University of Chicago Press, p. xi-xxiii; *Society*, p. 105-114.

1942. *Negroes in Brazil*, de Donald Pierson, Chicago, University of Chicago Press, p. xi-xxi; *Race and Culture*, p. 196-203.

Recopilaciones de Robert Ezra Park

Collected Papers of Robert Ezra Park, 3 vols., dirigida por Everett C. Hughes et al. Glencoe, Illinois, Free Press, 1950-1955. Vol. I: *Race and Culture*, 1913-1944. Vol. II: *Human Communities (The City and Human Ecology)*, 1916-1939. Vol. III: *Society (Collective Behavior, News and Opinion, Sociology and Modern Society)*, 1918-1942.

Robert Park: On Social Control and Collective Behavior, edición de Ralph Turner, University of Chicago Press, 1967.

The Crowd and the Public and other Essays, edición de Henry Elsner Jr., Chicago University Press, 1972.

**Algunas obras de los miembros del departamento de
sociología de Chicago y de la escuela de ecología humana**

ANDERSON, Nels. *The Hobo: The Sociology of the Homeless Man*. Chicago, University of Chicago Press, 1923 (reimpresión en 1961), 302 p.

BURGESS, Ernest W. «The Growth of the City». En PARK, BURGESS y MCKENZIE, *The City*. Chicago, University of Chicago Press, 1925.

BURGESS, Ernest W. «Urban Areas». En T.V. SMITH y L.D. WHITE (eds.) *Chicago: An Experiment in Social Science Research*. Chicago, University of Chicago Press, 1925.

BURGESS, Ernest W. «The Determination of Gradients in the Growth of the City». En *Proceedings of the American Sociological Society*, 21, p. 178-184, 1926.

BURGESS, Ernest W. (ed.). *The Urban Community*. Chicago, University of Chicago Press, 1926.

BURGESS, E.W. y NEWCOMB, C. (eds.), *Census Data of the City of Chicago*, Chicago, University of Chicago Press, 1931.

BURGESS, Ernest y BOGUE, Donald, *Contributions to Urban Sociology*, Chicago, University of Chicago Press, 1964. 674 p.

CAVAN SHONLE, R. *Suicide*, Chicago, Chicago University Press, 1928, 360 p. (Tesis Ph. D. *Suicide: A Study of Personal Disorganization*, University of Chicago, 1926).

CRESSEY, P.G. *The Taxi Dance Hall: A Sociological Study in Commercialized Recreation and City Life*. Chicago, University of Chicago Press, 1932.

FRAZIER, *The Negro Family in Chicago*. Chicago, University of Chicago Press, 1932. 294 p.

FRAZIER, E.F. *The Negro in the United States*. Nueva York, Macmillan, 1939, 686 p.

HILLER, E.T. *The Strike: a Study in Collective Action*. Chicago, University of Chicago Press, 1928, 304 p.

JOHNSON, Charles S. *The Negro in Chicago: A Study of Race Relations and Race Riot in 1919*. Chicago, University of Chicago Press, 1922, 672 p.

MCKENZIE, Roderick. «The Neighborhood: A Study of Local Life in the City of Columbus, Ohio». *American Journal of Sociology*, 27, p. 145-168, 1921.

MCKENZIE, Roderick. «The Ecological Approach to the Study of Human Community». En PARK, BURGESS y MCKENZIE, *The City*, Chicago, University of Chicago Press, 1925.

MCKENZIE, Roderick. *On Human Ecology*, (edición de Amos Hawley), Chicago, University of Chicago Press, 1968.

MOWRER, E.R. *Family Disorganization: An Introduction to a Sociological Analysis*. Chicago, University of Chicago Press, 1927, 318 p.

RECKLESS, W.C. *Vice in Chicago*. Chicago, University of Chicago Press, 1933, 314 p.

SMALL, Albion W. *Introduction to the Science of Sociology*. Warrerville, Maine, Colby University, 1890, 150 p.

SMALL, A.W. y VINCENT, G. *An Introduction to the Study of Society*. Nueva York, American Book Co. 1894, 384 p.

SHAW, Clifford R. *The Jack-Roller: A Delinquent Boy's Own Story*, Chicago, University of Chicago Press, 1930, 206 p.

THOMAS, W.I. *Sex and Society: Studies in Social Psychology of Sex*. Chicago, University of Chicago Press, 1907, 326 p.

THOMAS, W. (ed.). *Sourcebook for Social Origins: Ethnological Materials, Psychological Standpoint, Classified and Annotated Bibliographics for the Interpretation of Svage Society*. Chicago, University of Chicago Press, 1909, 932 p.

THOMAS, William I. *The Unadjusted Girl: With Cases and Standpoint for Behavior Analysis*. Boston, Little, Brown & Co., 1923, 262 p.

THOMAS William I., *On Social Organization and Social Personality: Selected Papers* (edición de Morris Janowitz). Chicago, University of Chicago Press, 1966, 312 p.

THOMAS, W.I. y ZNANIECKI, Florian, *The Polish Peasant in Europe and America: Monograph of an Immigrant Group*. Chicago, University of Chicago Press, 1918-1920.

THRASHER, Frederic M., *The Gang. A Study of 1313 Gangs in Chicago*. Chicago, University of Chicago Press, 1927, 388 p.

WIRTH, Louis. *The Ghetto*. Chicago, University of Chicago Press, 1928.

WIRTH, Louis. «Urbanism of a Way of Life». *American Journal of Sociology*, vol. 44 (julio), 1938.

WIRTH, Louis. *On Cities and Social Life* (edición de Albert J. Reiss). Chicago, University of Chicago Press, 1964.

WHYTE, William F., *Street Corner Society: The Social Structure of an Italian Slum*. Chicago, University of Chicago Press, 1943, 366 p.

ZORBAUGH, Harvey W. *The Gold Coast and the Slum: A Sociological Study of Chicago's Near North Side*. Chicago, University of Chicago Press, 1929, 288 p.

1. La ciudad. Sugerencias para la investigación del comportamiento humano en el medio urbano*

La ciudad, desde la perspectiva de este artículo, es algo más que una aglomeración de individuos y de servicios colectivos: calles, edificios, alumbrado eléctrico, tranvías, teléfonos, etc.; también es algo más que una simple constelación de instituciones y de aparatos administrativos: tribunales, hospitales, escuelas, comisarías y funcionarios civiles de todo tipo. La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a esas costumbres, que se transmiten mediante dicha tradición. En otras palabras, la ciudad no es simplemente un mecanismo físico y una construcción artificial: está implicada en los procesos vitales de las gentes que la forman; es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana.

Como Oswald Spengler ha mostrado recientemente, la ciudad posee su propia cultura: «*La ciudad es al hombre civilizado lo que la casa al campesino. Como la casa tiene sus divinidades del hogar, la ciudad posee su deidad protectora, su santo local. También posee sus raíces, al igual que la cabaña del campesino*»³⁴.

La ciudad ha sido estudiada, en tiempos recientes, desde el punto de vista de su geografía y, todavía más recientemente, desde la perspectiva de su ecología. Dentro de los límites de una comunidad urbana –y, en realidad, de cualquier área natural de hábitat humano– operan fuerzas que tienden a producir un agrupamiento ordenado y característico de su población y de sus instituciones. Denominamos ecología humana, para distinguirla de la ecología vegetal y animal, a la ciencia que trata de aislar esos factores y describir las constelaciones típicas de las personas e instituciones producidas por la convergencia de tales fuerzas.]

Los medios de transporte y de comunicación, los tranvías y el teléfono, los periódicos y la publicidad, los edificios de acero y los ascensores –de hecho todas esas cosas que tienden a acentuar al mismo tiempo la concentración y la movilidad de la población urbana– son los principales factores de la organización ecológica de la ciudad.

* Publicado originalmente en *American Journal of Sociology*, 20 (marzo, 1915), p. 577-612; revisado y publicado después en *The City* (1925), p. 1-46 y recogido en *Human Communities. The City and Human Ecology (The Collected Papers of Robert Ezra Park, vol. II)*, Free Press, Glencoe (Illinois) a cargo de Everett C. Hughes, Charles S. Johnson, Jitsuiichi Masouka, Robert Redfield y Louis Wirth.

34. Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes*, IV, München. 1922, p. 105 (*La decadencia de Occidente*. Madrid, Espasa-Calpe).

Ahora bien, la ciudad no es sólo una unidad geográfica y ecológica; al mismo tiempo es una unidad económica. La organización económica de la ciudad está fundada sobre la división del trabajo. La multiplicación de empleos y de profesiones en el seno de la población urbana constituye uno de los aspectos más sorprendentes y menos comprendidos de la vida de la ciudad moderna. Desde este punto de vista, podemos figurarnos la ciudad, es decir, los lugares y los hombres, con todos los mecanismos y aparatos administrativos que le son propios, como un todo orgánico; una especie de mecanismo psicofísico en el cual y a través del cual, los intereses privados y políticos encuentran una expresión no sólo colectiva sino además organizada.

Una buena parte de los elementos que consideramos normalmente como constitutivos de la ciudad –sus fueros, su organización formal, sus edificios, sus ferrocarriles, etc.– son o parecen ser simples artefactos. Pero esos elementos no son por sí mismos más que servicios y dispositivos accesorios, y sólo se convierten en parte integrante de la vida de la ciudad cuando y en la medida en que están conectados, por el uso y la voluntad, a las fuerzas vitales de los individuos y de las comunidades –exactamente como una herramienta en la mano del hombre.

En definitiva, la ciudad constituye el hábitat natural del hombre civilizado y por eso es un área cultural caracterizada por un tipo cultural particular.

«Es un hecho cierto, aunque nunca enteramente admitido –dice Spengler– que todas las grandes culturas son ciudadanas. El hombre superior de la segunda era es un animal constructor de ciudades. Este es el auténtico rasgo distintivo de la historia mundial en cuanto algo diferente de la historia de la humanidad: la historia universal es la historia de los ciudadanos. Naciones, gobiernos, políticas y religiones descansan sobre ese fenómeno fundamental de la existencia humana: la ciudad»³⁵.

Hasta ahora, la antropología, la ciencia del hombre, se ha dedicado principalmente al estudio de los pueblos primitivos. Sin embargo, el hombre civilizado constituye un objeto de investigación igualmente interesante, y además su vida resulta más accesible a la observación y al estudio. La vida y la cultura urbanas son más variadas, sutiles y complejas, pero los resortes fundamentales son semejantes en ambos casos. Los mismos métodos de observación paciente que antropólogos como Boas y Lowie han aplicado al estudio de la vida y costumbres de los indios norteamericanos pueden emplearse incluso de forma más fructífera al estudio de las costumbres, creencias, prácticas sociales y concepciones generales de la vida que prevalecen en Little Italy, en el Lower North Side de Chicago, o incluso para registrar los más sofisticados hábitos de los residentes de Greenwich Village y de los alrededores de Washington Square, en Nueva York.

Nuestro conocimiento de la vida urbana contemporánea, cada vez más preciso, está en deuda con los novelistas. No obstante, la vida de nuestras ciudades requiere

35. Oswald Spengler, *op. cit.* t. IV, p. 106.

un análisis todavía más profundo e imparcial que el que Émile Zola nos ofrece en sus novelas «experimentales» y en los anales de la familia Rougon-Macquart.

Necesitamos este tipo de estudios aunque sólo sea para poder leer los periódicos de un modo inteligente. Si el lector medio de un periódico encuentra sus crónicas cotidianas tan chocantes y al mismo tiempo tan fascinantes, se debe a que apenas sabe nada de la vida que ese periódico registra.

Las observaciones que siguen intentan definir un punto de vista e indicar un programa de estudio de la vida urbana: su organización material, sus ocupaciones y su cultura.

I. El plano de la ciudad y la organización formal

Lo que a primera vista sorprende de la ciudad, particularmente en la moderna ciudad norteamericana, es que parece en tan escasa medida el producto de simples procesos naturales que resulta difícil reconocer en ella una entidad viviente. Por ejemplo, el plan del suelo de la mayor parte de las ciudades norteamericanas es un damero; la unidad de distancia es la manzana. Esta forma geométrica sugiere que la ciudad es una construcción puramente artificial que puede ser presumiblemente desmantelada y después reconstruida, como una casita de cubos*.

El hecho es, sin embargo, que la ciudad está arraigada en los hábitos y en las costumbres de las personas que la habitan. En consecuencia, la ciudad está dotada tanto de una organización moral como de una organización material, y sus interacciones –cuyas modalidades son características– hacen que aquéllas se adapten y se modifiquen mutuamente. En principio, la estructura de la ciudad nos impresiona por su evidente inmensidad y complejidad; pero esta estructura tiene su fundamento en la naturaleza humana, de la que es expresión. Por otro lado, esta inmensa organización, nacida como respuesta a las necesidades de los habitantes, se impone a ellos una vez se constituye como un dato bruto y exterior que les modela según propósitos e intereses propios. La estructura y la tradición son sólo aspectos diferentes de un único complejo cultural que determina lo que es específico y particular de la ciudad y de la vida urbana frente a la aldea y la vida rural.

El plan de la ciudad

En la medida que la ciudad posee su propia vida existe un límite a las modificaciones arbitrarias que es posible imponer: 1) en su estructura física y 2) en su orden moral.

El plano de la ciudad, por ejemplo, establece límites y medidas, fija de manera general la localización y el carácter de las construcciones urbanas e impone dentro del área urbana una disposición ordenada a los edificios erigidos por la iniciativa privada o por las autoridades públicas. Sin embargo, dentro de los límites prescritos, los inevitables procesos de la naturaleza humana confieren a estas áreas y a esos

* N. del T. Se refiere, naturalmente, al juego infantil de construcción.

edificios un carácter menos fácilmente controlable. Por ejemplo, en nuestro sistema de propiedad individual, es imposible determinar de antemano el grado de concentración de población que puede esperarse en una zona concreta. La ciudad no puede fijar los valores del suelo, y en buena medida dejamos a la iniciativa privada la tarea de determinar los límites urbanos y la localización de los distritos residenciales e industriales. Las conveniencias, los gustos personales, los intereses profesionales y económicos tienden infaliblemente a segregar y, así pues, a clasificar la población de las grandes ciudades. De este modo, la población urbana se organiza y se distribuye siguiendo un proceso no previsto ni dominado.

La compañía de teléfonos Bell (Bell Telephone Company) procede en la actualidad, en particular en Nueva York y Chicago, a investigaciones minuciosas cuyo propósito consiste en determinar el crecimiento probable y la distribución de la población urbana dentro de las áreas metropolitanas, antes incluso de que acaezcan los cambios reales. La Fundación Sage, en el curso de sus estudios sobre planificación urbana, ha tratado de encontrar fórmulas matemáticas que le permitan predecir la expansión y los límites futuros de la población neoyorquina. El reciente desarrollo de las cadenas de grandes almacenes ha hecho del problema de la localización un asunto de interés para las diferentes corporaciones comerciales. El resultado ha sido el nacimiento de una nueva profesión.

Existe ahora una categoría de expertos cuyo único trabajo consiste en descubrir y localizar, con una precisión casi científica, teniendo en cuenta los cambios que las actuales tendencias parecen provocar, los restaurantes, los estancos, las droguerías y otros comercios al detalle más pequeños cuyo éxito depende en gran medida de la localización. A menudo los propietarios inmobiliarios financian de buen grado este tipo de comercio local en aquellos lugares donde estiman resultarán provechosos, aceptando como renta un porcentaje sobre los beneficios.

La geografía física, las ventajas e inconvenientes naturales, incluidos los medios de transportes, determinan de antemano las grandes líneas del plano urbano. A medida que la población de la ciudad aumenta, las sutiles influencias de la simpatía, de la rivalidad y de la necesidad económica tienden a controlar la distribución de la población. Los comercios y la industria buscan emplazamientos ventajosos y atraen en torno a ellos ciertas categorías de población. Ahí surgen los elegantes barrios residenciales y el incremento del valor del suelo en esos barrios excluye a las clases pobres. Entonces aparecen barrios degradados habitados por una multitud de pobres incapaces de defenderse frente a la cercanía del vicio y el desamparo.

Con el paso del tiempo, cada sector o cada barrio de la ciudad adquiere algo del carácter y de las cualidades de sus habitantes. Cada parte distinta de la ciudad se colorea inevitablemente con los sentimientos particulares de su población. En consecuencia, aquello que al principio sólo era una simple expresión geográfica se transforma en vecindad; es decir, en una localidad con su propia sensibilidad, sus tradiciones y su historia particular. Dentro de esta vecindad, la continuidad de los procesos históricos se mantiene de todos modos. El pasado se impone al presente, y la vida de cada localidad transcurre de acuerdo a su propio ritmo, más o menos independiente de la amplia esfera de la vida e intereses que la rodean.

La organización de la ciudad, el carácter del entorno urbano y la disciplina que impone están en definitiva determinados por el tamaño de la población, por su concentración y su distribución en el interior del área urbana. Por esa razón es importante estudiar el crecimiento urbano, comparar las idiosincrasias en la distribución de la población urbana. Las cuestiones fundamentales que deseamos conocer a propósito de la ciudad son las siguientes:

- ¿Cuáles son los orígenes de la población urbana?
- ¿Qué proporción del crecimiento demográfico es normal, es decir, se debe al saldo positivo de nacimientos sobre los decesos?
- ¿Qué parte del crecimiento urbano se debe (a) a la inmigración nacional y (b) a la inmigración extranjera?
- ¿Cuáles son las áreas urbanas relevantes en la ciudad? Es decir, ¿cuáles son las áreas de segregación?
- ¿Cómo viene afectada la distribución de la población urbana: (a) por los intereses económicos, es decir, por los valores del suelo y (b) por vínculos afectivos, raciales, profesionales, etc.?
- ¿Dónde disminuye la población dentro de la ciudad? ¿En qué áreas aumenta?
- ¿Cuáles son las zonas donde el crecimiento demográfico y el tamaño familiar son correlativos con los nacimientos y los decesos, con los matrimonios y los divorcios, con los alquileres y los niveles de vida?

El vecindario

La proximidad y los contactos de vecindad constituyen la base de las formas más sencillas y elementales de asociación que encontramos en la organización de la vida urbana. Los intereses locales y las asociaciones generan un sentimiento local, y en un sistema que hace de la residencia la base de la participación en los asuntos públicos, la vecindad se convierte en la base del control político. En la organización social y política de la ciudad, constituye la unidad local más pequeña.

Sin duda es uno de los fenómenos sociales más notables y antiguos, que debe hacernos admitir naturalmente que el hombre que construye su casa al lado de la nuestra incita pronto nuestro sentido de la camaradería. [...] El vecindario es una unidad social que puede ser considerada con toda razón como un espíritu colectivo, tan clara es la definición de su contorno, su coherencia orgánica interna y sus reacciones inmediatas. [...] El responsable local, por autocrático que pueda ser en la amplia esfera de la ciudad gracias al poder que adquiere en su barrio, debe ser siempre parroquiano y estar con las gentes del lugar; y debe también ser muy cuidadoso para no decepcionarlos cuando sus intereses locales están en juego. Es muy difícil burlar a un vecindario en lo que respecta a sus propios asuntos³⁶.

36. Robert A. Woods, «The Neighborhood in Social Reconstruction», *Papers and Proceedings of the Eight Annual Meeting of the American Sociological Society*, 1913.

El vecindario existe sin organización formal. La sociedad de desarrollo local es una estructura erigida sobre la base de la organización espontánea de los vecinos y se constituye con el propósito de dar expresión al sentimiento local sobre aquello que atañe a los intereses locales.

Bajo las complejas influencias de la vida urbana, lo que podríamos llamar el sentimiento normal del vecindario ha sufrido curiosas e interesantes modificaciones y ha producido numerosos e insólitos tipos de comunidades locales. Además, hay barrios en formación y barrios en proceso de disolución. Tomemos, por ejemplo, la Quinta Avenida de Nueva York, que probablemente jamás ha tenido una asociación de promoción local, y comparémosla con la Calle 135, en el Bronx (sin duda la mayor concentración de población negra del mundo entero), que se está convirtiendo con rapidez en una estrecha comunidad altamente organizada.

«En la historia de Nueva York, la misma palabra, Harlem, ha designado una realidad en principio holandesa, después irlandesa, judía y negra. De todos esos cambios, el último ha sido el más rápido. En toda América, desde Massachusetts a Missisipi, y del otro lado del continente, desde Los Ángeles a Seattle, el nombre de Harlem que quince años antes apenas era conocido se emplea ahora para designar la metrópoli negra. En verdad, Harlem es La Meca de toda la gente de color: del turista, del que acude en busca de sensaciones, del curioso, del aventurero, de todos los individuos emprendedores, ambiciosos y de talento del mundo negro; su atracción ha logrado alcanzar cada isla del Caribe e incluso ha penetrado en África»³⁷.

Es importante conocer las fuerzas que tienden a destruir las tensiones, los intereses y los sentimientos que confieren a los barrios su particular carácter. En general, puede decirse que estas fuerzas son las que tienden a provocar la inestabilidad de la población, a dividir y a concentrar la atención sobre núcleos de interés completamente diferentes.

- ¿Qué proporción de la población es flotante?
- ¿De qué elementos, es decir, razas, clases, etc., está compuesta?
- ¿Qué número de individuos reside en hoteles, en apartamentos, en casas de vecindad?
- ¿Cuántos individuos son propietarios de su vivienda?
- ¿Qué proporción de la población está constituida por nómadas, *hobos*³⁸ y gitanos?

Por otro lado, ciertos barrios urbanos sufren aislamiento. En varias ocasiones se han realizado esfuerzos para reconstruir y estimular la vida en los barrios de las ciudades y ponerlos en contacto con los intereses más amplios de la comunidad.

37. James Weldon Johnson, «The Making of Harlem», *Survey Graphic*, marzo, 1, 1925.

38. N. del T. Sobre este tipo social véase el artículo «El espíritu del hobo» en este mismo volumen.

Este es, en parte, el propósito de los centros de intervención social. Esas organizaciones y otras que han intentado restaurar la vida urbana, han desarrollado métodos y una técnica de estimulación y de control de las comunidades locales. Deberíamos estudiar, en conexión con las investigaciones de esos organismos, esos métodos y esa técnica, ya que el método permite controlar prácticamente los objetos, lo que revela su naturaleza esencial, es decir, su carácter predecible (*Gesetzmässigkeit*)³⁹.

En muchas ciudades europeas y en cierta medida también en ciudades de este país, el proceso de reconstrucción de la vida urbana conduce a la creación de barrios-jardín o a remplazar viviendas insalubres y deterioradas por edificios modélicos, propiedad de la municipalidad o bajo su control.

En las ciudades norteamericanas se ha intentado renovar los barrios de mala reputación mediante la construcción de parques de juego y la introducción de todo tipo de actividades deportivas dirigidas, e incluso con danzas en las salas de baile municipales. Estos y otros instrumentos, destinados fundamentalmente a elevar el tono moral de la población segregada de las grandes ciudades, deberían ser estudiados en relación con las investigaciones sobre el vecindario en general. En resumen, deberían ser estudiados no sólo por sí mismos, sino también por lo que pueden revelarnos acerca del comportamiento humano y de la naturaleza del hombre en general.

Las colonias y las áreas de segregación

En el medio urbano el vecindario tiende a perder gran parte de la significación que tenía en formas de sociedad más simples y primitivas. Los accesibles medios de transporte y comunicación que permiten a los individuos repartir su atención y vivir al mismo tiempo en varios mundos diferentes, tienden a destruir la permanencia e intimidad del vecindario. Por otro lado, el aislamiento de las colonias raciales y de inmigrantes en los denominados guetos y en las áreas de segregación tienden a preservar y, allí donde existe un prejuicio racial, a acentuar la intimidad y la solidaridad de los grupos locales y vecinales. Donde individuos de la misma raza y de similar ocupación viven juntos en grupos segregados, el sentimiento de vecindario tiende a fundirse con los antagonismos raciales y los intereses de clase.

39. «Si en filosofía de la ciencia deseamos utilizar la palabra [naturaleza] como un término lógico, debemos decir que la naturaleza es la realidad en tanto que es ordenada de forma previsible. Encontramos este significado, por ejemplo, en la expresión «ley de la naturaleza». Pero además podemos nombrar así lo que entra en el concepto de naturaleza en general o por expresarlo del modo más conciso posible: la naturaleza es la realidad en tanto que conjunto de las cosas. Así la palabra adquiere en primer lugar un significado lógico». (H. Rickert, *Die Grenzen der naturwissenschaftlichen Begriffsbildung*, p. 212).

N. del T. El texto correspondiente a esta llamada de R.E. Park está escrito en el original en alemán; la traducción al español se ha realizado teniendo en cuenta la edición italiana de 1967 y la francesa de Yves Grafmeyer e Isaac Joseph de 1979/1984.

Las distancias físicas y afectivas se refuerzan mutuamente, y los efectos de la distribución local de la población se combinan con la influencia de clase y de raza en la evolución de la organización social. Toda gran ciudad tiene sus colonias raciales: como el Chinatown de San Francisco y Nueva York, la Pequeña Sicilia (Little Sicily) de Chicago, y varios otros tipos menos pronunciados. Además de esas colonias, la mayoría de las ciudades poseen barrios de vicio delimitados, como el que existía hasta hace poco en Chicago; tienen también sus lugares de encuentro para toda clase de criminales. Toda gran ciudad posee sus suburbios industriales –como los Stockyards, en Chicago; sus enclaves residenciales, como Brookline en Boston, la Costa Dorada (Gold Coast) en Chicago, Greenwich Village en Nueva York, cada una con el tamaño y el aspecto de una aldea, de una pequeña ciudad, o incluso de una gran ciudad, enteramente distintas salvo en que su población es el resultado de un proceso de selección. La más notable de estas «ciudades interiores», cuyo rasgo más interesante descansa en el hecho de estar constituida por personas de la misma raza o de razas diferentes pero de igual clase social, es sin duda alguna East London, con una población de dos millones de obreros.

«La población originaria de East London ha desbordado y cruzado ahora el Lea, y se ha desparramado sobre las marismas y las praderas próximas. Esta población ha creado nuevas ciudades allí donde antes no había más que aldeas rurales: West Ham, con una población cercana a 300.000 habitantes, East Ham, con 90.000 vecinos, Stratford y sus «hijas» con 150.000 almas, y otros caseríos que han crecido de la misma manera. Teniendo en cuenta esas nuevas poblaciones, tenemos un agregado próximo a los dos millones de habitantes. Una población superior a la de Berlín o a la de Viena, San Petersburgo o Philadelphia.

Se trata de una ciudad abundante en iglesias y en lugares de culto, aunque no exista catedral, ni católica ni anglicana; cuenta con escuelas primarias en número suficiente, pero no tiene secundaria, ni institutos de enseñanza superior, ni universidad; todo el mundo lee el periódico, pero el único periódico propio de East London es un pequeño diario local. [...] En la calle no se ven vehículos privados; no hay barrio elegante, [...] jamás se ven mujeres paseando por las avenidas principales. La gente, las tiendas, las casas, los servicios, todo exhibe la marca inequívoca de la clase obrera.

• *Lo más asombroso quizá es que, en una ciudad de dos millones de habitantes, ¡no hay hoteles! Eso significa, por supuesto, que tampoco hay visitantes»⁴⁰.*

En las viejas ciudades de Europa donde el proceso de segregación ha ido más lejos, los límites de los barrios están probablemente más acentuados que en América. East London es ciudad de una sola clase, pero dentro incluso de los límites de esta ciudad, la población experimenta una y otra vez una segregación racial, cultural y profesional. El sentimiento de pertenencia al vecindario, profundamente arraigado en las tradiciones y costumbres locales, ejerce una influencia selectiva

40. Walter Besant, *East London*, p. 7, 9.

decisiva sobre las poblaciones de las viejas ciudades de Europa y termina dejándose sentir, en definitiva, en las características de sus habitantes.

Lo que deseamos saber a propósito de esos vecindarios, de esas comunidades raciales y de esas áreas urbanas segregadas que existen dentro de las grandes ciudades o en sus lindes, es lo que queremos saber de todos los otros grupos sociales:

- ¿De qué elementos se componen?
- ¿En qué medida son el resultado de un proceso selectivo?
- ¿De qué modo uno se introduce o sale de un grupo así constituido?
- ¿Cuál es el grado de permanencia y de estabilidad de su población?
- ¿Cuál es la edad, el sexo y la condición social de la población?
- ¿Cuál es el tamaño de su población infantil? ¿Cuántos han nacido y cuantos viven todavía?
- ¿Cuál es la historia del barrio? ¿Qué hay en el subconsciente de ese barrio –en las experiencias olvidadas o en los oscuros recuerdos– que determina sus sentimientos y sus actitudes?
- ¿De qué tiene clara conciencia, es decir, cuáles son sus sentimientos reconocidos, sus doctrinas, etc.?
- ¿Qué estiman como realidad? ¿Qué es una novedad? ¿Hacia qué se dirige en general la atención? ¿Cuáles son los modelos imitados? ¿Son modelos propios del grupo o exteriores a él?
- ¿Cuáles son los ritos sociales, es decir, qué cosas deben hacerse en el barrio si desea evitarse las miradas recelosas, si no se quiere pasar por extravagante?
- ¿Quiénes son los líderes? ¿Qué intereses representan en el barrio y mediante qué técnica ejercen su control?

II. La organización industrial y el orden moral

La ciudad antigua era ante todo una fortaleza, un lugar de refugio en tiempos de guerra. La ciudad moderna, en cambio, es sobre todo una plaza de comercio y debe su existencia al mercado alrededor del cual se desarrolla. La competencia industrial y la división del trabajo, que con toda probabilidad han contribuido en gran medida al desarrollo de las energías latentes de la humanidad, sólo son posibles por la existencia de los mercados, del dinero y de otros medios que facilitan los negocios y el comercio.

Un viejo adagio alemán afirma que «*el aire de la ciudad hace libre*» [*Die Stadtluft macht frei*]. Sin duda el proverbio hace referencia a una época en que las ciudades libres germánicas gozaban del patronazgo imperial y las leyes restituían al siervo fugitivo la libertad siempre que alcanzase a respirar el aire de la ciudad durante un año y un día. No obstante, por sí mismas, las leyes jamás podrían haber liberado al artesano: la existencia de un mercado abierto en el que poder vender los productos de su trabajo era una condición necesaria de su libertad, y fue la aplicación de la economía monetaria a las relaciones entre señor y trabajador lo que completó la emancipación del siervo.

Clases y tipos de ocupaciones

El viejo proverbio que describía la ciudad como el medio natural del hombre libre resulta todavía válido en la medida en que el individuo encuentra en las oportunidades, en la diversidad de intereses y ocupaciones, y en la inmensa cooperación inconsciente de la vida urbana, la ocasión de elegir su propia vocación y desarrollar su talento particular. La ciudad ofrece un mercado para las aptitudes específicas de los individuos, y la competencia entre personas tiende a seleccionar para cada tarea el individuo mejor capacitado para desempeñarla.

«La diferencia de talentos particulares entre los diversos individuos es, en realidad, mucho menor de lo que creemos, y las muy diferentes habilidades que parecen distinguir a los hombres de diferentes profesiones, cuando han alcanzado la madurez, en muchas ocasiones no son tanto la causa como el efecto de la división del trabajo. La diferencia entre caracteres muy distintos, entre un filósofo y un vulgar mozo de carga, por ejemplo, parece surgir mucho menos de la naturaleza que del hábito, la costumbre y la educación. Cuando vinieron al mundo, durante los seis u ocho primeros años de su existencia, quizás existía entre ellos tal semejanza que ni sus padres ni sus camaradas podían apreciar una diferencia sensible. Entonces o poco después, comenzaron a emplearse en ocupaciones muy diferenciadas. Desde ese momento comienza a manifestarse entre ellos esa disparidad de aptitudes que va aumentando progresivamente, hasta el punto de que hoy la vanidad del filósofo apenas consentiría reconocer un solo rasgo de semejanza. Pero sin la disposición a traficar y a intercambiar, cada individuo se habría visto obligado a procurarse por sí mismo todas las necesidades y comodidades de su vida. Cada uno habría tenido que desempeñar la misma tarea y realizar la misma obra, y entonces no habría habido lugar para esta gran diferencia de ocupaciones, que sólo puede dar nacimiento a una gran diferencia de aptitudes. [...]

Ya que la capacidad de intercambio origina la división del trabajo, la amplitud de esta división debe estar siempre limitada por la extensión del intercambio o, en otros términos, por la extensión del mercado.

[...] Hay ciertos tipos de industria, incluso de la especie más baja, que no pueden establecerse en otra parte sino en una gran ciudad»⁴¹.

En condiciones de competencia personal, el éxito depende de la posibilidad de concentrarse sobre una única tarea, y esta concentración estimula la necesidad de métodos racionales, de medios técnicos y de competencias excepcionales. Estas habilidades, aunque basadas en la valía natural, exigen una formación especial que ha suscitado la creación de escuelas comerciales y profesionales, e incluso de agencias de orientación profesional. Todo esto sirve directa o indirectamente para seleccionar a los individuos y al mismo tiempo para acentuar sus diferencias particulares.

41. Adam Smith, *The Wealth of Nations*, p. 28-29.

Todo medio que facilita el comercio y la industria prepara el camino a una mayor división del trabajo y tiende así a especializar en mayor grado las tareas que desempeñan los hombres.

El resultado de este proceso es la ruptura o la modificación de la vieja organización social y económica de una sociedad basada en los vínculos familiares, las asociaciones locales, la cultura, la casta y el status, para sustituirla por una organización fundada sobre el oficio y los intereses profesionales.

En la ciudad, cualquier ocupación, incluso la de mendigo, tiende a asumir el carácter de una profesión y la disciplina que impone la voluntad de triunfar en cada ocupación, así como las asociaciones que promueve, acentúan esa tendencia —la tendencia no sólo a especializarse sino a racionalizar la actividad y a operar con una técnica específica y consciente para dominarla.

El efecto de estas ocupaciones y de la división del trabajo es producir, en una primera instancia, no ya grupos sociales sino tipos profesionales: el actor, el fontanero, el ropavejero. Las organizaciones sindicales y las uniones obreras, formadas por hombres de un mismo oficio o profesión, están basadas en la existencia de intereses comunes. En este sentido, difieren de formas asociativas como el vecindario, basado en la contigüidad, las relaciones personales y los vínculos comunes entre los hombres. Los diferentes oficios y profesiones tienden al parecer a reagruparse en clases: artesanos, hombres de negocios y profesiones liberales. Pero en el estado democrático moderno, las clases no llegan a organizarse efectivamente. El socialismo, fundado en un esfuerzo para crear una organización apoyada sobre la «conciencia de clase», jamás ha logrado erigir, salvo quizá en Rusia, algo más que un partido político.

Por tanto, los efectos de la división del trabajo en cuanto disciplina, esto es, en tanto que medio de forjar un carácter, pueden ser perfectamente estudiados en los tipos profesionales que ha producido. Entre los tipos que sería interesante estudiar están: la dependienta, el policía, el vendedor ambulante, el taxista, el vigilante nocturno, el vidente, el actor de variedades, el curandero, el camarero, el cacique de distrito electoral, el esquírol, el agitador obrero, el maestro, el reportero, el agente de bolsa, el prestamista. Todos esos personajes son productos característicos de la vida urbana; cada uno, con su experiencia particular, su intuición y perspectiva, determina la especificidad de cada grupo profesional y la de la ciudad en su conjunto.

- ¿En qué medida el nivel intelectual atribuido a los diferentes oficios y profesiones depende de las capacidades naturales?
- ¿En qué medida la inteligencia está determinada por las características de la profesión y por las condiciones en las que se ejerce?
- ¿En qué medida el éxito profesional depende de un juicio sensato y del sentido común? ¿En qué medida depende de competencias técnicas?
- ¿Es el talento innato o la formación especializada lo que determina el éxito en las distintas ocupaciones?
- ¿Cuál es el prestigio y cuáles son los prejuicios propios de los diferentes oficios y profesiones, y por qué?

- ¿Es la elección de la profesión el resultado del temperamento, de consideraciones económicas o sentimentales?
- ¿En qué profesiones los hombres alcanzan el éxito? ¿En qué profesiones lo alcanzan las mujeres? ¿Por qué?
- ¿Es la profesión, más que la asociación, responsable de las actitudes y de las preferencias, y hasta qué punto? ¿Tienen idénticas opiniones y características similares los individuos que, ejerciendo el mismo oficio y teniendo la misma actividad profesional, pertenecen a grupos culturales y a nacionalidades diferentes?
- ¿En qué medida el credo social y político (socialismo, anarquismo, sindicalismo, etc.) está determinado por el oficio? ¿Hasta qué punto por el temperamento?
- ¿En qué medida las doctrinas sociales y el idealismo social han suplantado la fe religiosa en las diferentes profesiones, y por qué?
- ¿Tienden las clases sociales a adoptar el carácter de grupos culturales? Dicho de otro modo, ¿tienden las clases a adquirir la exclusividad y la independencia de la casta o de la nacionalidad, o cada clase es siempre deudora de la existencia de otra?
- ¿En qué medida los niños siguen el modelo ocupacional de sus progenitores, y por qué?
- ¿Hasta qué punto los individuos pasan de una clase social a otra, y cómo modifica eso el carácter de las relaciones de clase?

Las noticias y la movilidad del grupo social

La división del trabajo, al hacer depender el logro individual de la concentración en una tarea específica, ha generado un incremento de la interdependencia de las diferentes ocupaciones. Así se constituye una organización social en la cual el individuo se convierte cada vez más en un sujeto dependiente de la comunidad de la que es parte integrante. Bajo condiciones de competencia personal, este incremento de la interdependencia entre las partes ocasiona en la organización industrial general un cierto tipo de solidaridad social basada no ya en el sentimiento y en el hábito, sino en la comunidad de intereses.

En el sentido en que aquí empleamos los vocablos, el sentimiento es el término más concreto; el interés, el más abstracto. Podemos abrigar sentimientos hacia una persona, un lugar o un objeto cualquiera. Se puede tratar de un sentimiento de aversión o de posesión, pero abrigar o estar poseído por un sentimiento hacia algo significa que somos incapaces de comportarnos de forma enteramente racional con respecto a eso; significa que el objeto de nuestro sentimiento remite de algún modo a una disposición innata o adquirida. Tal es la disposición afectiva de una madre para con su hijo, que es instintiva; o incluso su reacción ante la cuna vacía de su pequeño, que es una disposición adquirida.

La existencia de una actitud pasional indica que hay impulsos para actuar de los que un individuo no es enteramente consciente; fuerzas sobre las cuales no

ejerce más que un control parcial. Todo sentimiento tiene su historia, sea en la experiencia del individuo, sea en la de su raza, aunque la persona que actúa sobre la base de ese sentimiento pueda ignorarla por completo.

Los intereses están orientados menos hacia objetos específicos que hacia fines encarnados por ese o aquel objeto particular en un momento dado. Los intereses implican la existencia de medios y la conciencia de una distinción entre fines y medios. Nuestros sentimientos están ligados a nuestros prejuicios, y los prejuicios pueden alcanzar cualquier objeto –personas, razas o incluso cosas inanimadas. Los prejuicios están ligados también a tabúes y tienden así a mantener «las distancias sociales» y la organización social existente. El sentimiento y el prejuicio son formas elementales del conservadurismo; nuestros intereses son racionales y móviles y suscitan el cambio.

El dinero es el medio fundamental de la racionalización de los valores y de la sustitución de los sentimientos por los intereses. Precisamente porque no experimentamos frente al dinero ninguna actitud personal o sentimental, como la que experimentamos, por ejemplo, frente a nuestra casa, el dinero se convierte en el medio más preciso de intercambio. Estaremos interesados en adquirir una cierta suma de dinero para alcanzar algún objetivo, pero si este propósito se logra por otra vía probablemente estaremos muy satisfechos. Sólo el avaro se muestra sentimental con el dinero, y en ese caso probablemente prefiera un tipo de moneda, digamos oro, a otros, al margen de su valor. En ese caso el valor del oro viene determinado por un sentimiento personal más que por la razón.

Una organización compuesta de individuos y grupos en competencia se encuentra en un estado de equilibrio inestable, y este equilibrio no puede mantenerse más que por un proceso de continuo reajuste. Este aspecto de la vida social y este tipo de organización social están perfectamente representados en el mundo de los negocios, que es el objeto específico de investigación de la economía política.

La extensión de la organización industrial, basada en relaciones impersonales definidas por el dinero, se desarrolla de forma pareja a un incremento de la movilidad de la población. En las condiciones de vida urbana, el obrero y el artesano, formados en un trabajo especializado, están obligados a desplazarse de una región a otra en busca del empleo particular para el que están preparados. El flujo migratorio entre Europa y América es en cierta medida un indicador de esta movilidad⁴².

• Por otro lado, el comerciante, el industrial, el profesional liberal, el especialista, cualquiera que sea su oficio, buscan su clientela sobre un territorio siempre más amplio conforme se reducen las dificultades de transporte y de comunicación. Esa es otra manera posible de medir la movilidad de la población. Sin embargo, la movilidad de un individuo o de una población no se mide únicamente por el cambio de localización, sino también por el número y la diversidad de estímulos a los que uno y otra responden. La movilidad depende no sólo de los transportes sino también de la comunicación. La educación y la instrucción básica, la extensión de la economía monetaria hacia otros ámbitos de la vida, cada vez más numerosos,

42. Walter Bagehot, *The Postulates of Political Economy*, Londres, 1885, p. 7-8.

en la medida que tienden a despersonalizar las relaciones sociales, han incrementado al mismo tiempo la movilidad de la sociedad moderna.

«El término «movilidad», como su correlativo, «aislamiento», cubre una amplia gama de fenómenos. Puede designar a la vez un carácter y una condición. Del mismo modo que el aislamiento puede ser debido a la existencia de obstáculos puramente físicos a la comunicación o a un particular temperamento y a una carencia de educación, también la movilidad puede ser consecuencia de medios naturales de comunicación o de maneras sociables y de una educación de grado superior.

Está hoy claramente admitido que eso que llamamos de ordinario falta de inteligencia en los individuos, razas y comunidades es con frecuencia el resultado de su aislamiento. En cambio, la movilidad de una población es incuestionablemente un factor determinante de su desarrollo intelectual.

Existe un estrecho vínculo entre la inmovilidad del hombre primitivo y su incapacidad para el pensamiento abstracto. La sabiduría típica del campesino, ligada a la naturaleza de su trabajo, es concreta y personal. El campesino conoce individual y personalmente cada uno de los animales del rebaño que guarda. Al cabo de los años está de tal modo atado a la tierra que cultiva que cuando abandona la parcela sobre la que ha crecido por otra con la que está menos familiarizado experimenta esa salida como una pérdida personal. Para ese hombre, el valle próximo o la vecina faja de tierra, al otro extremo del pueblo, es en un cierto sentido territorio extraño. Una gran parte de la eficacia del campesino como trabajador agrícola descansa en su conocimiento íntimo y personal de todas las pequeñas particularidades del terreno que ha cuidado. Es evidente que, en tales condiciones, sólo una pequeña parte del conocimiento práctico del campesino adoptará la forma abstracta de la generalización científica. Él piensa en términos concretos porque no sabe ni necesita hacerlo de otro modo.

Por otro lado, las características intelectuales del judío y el interés que se le atribuye generalmente por las ideas abstractas y radicales tienen que ver sin duda alguna con el hecho de que los judíos son ante todo un pueblo de ciudadanos. El «judío errante» adquiere las nociones abstractas que le sirven para describir las diversas escenas sobre las que pasa. Su conocimiento del mundo está fundado en similitudes y diferencias, es decir en el análisis y la clasificación. Criado en el trastorno y la agitación de los mercados, constantemente absorto en el juego sagaz y fascinante de la compra-venta, donde emplea la más interesante de las abstracciones —el dinero—, no tiene ni la oportunidad ni la inclinación para cultivar esa ligazón íntima a los lugares y a las personas, característico de la persona inmóvil»⁴³.

La concentración de población en las ciudades, los amplios mercados, la división del trabajo, la concentración de individuos y grupos en tareas específicas, han modificado sin cesar las condiciones materiales de la vida, haciendo cada vez más necesarios los reajustes a las nuevas condiciones. Para responder a esta

43. W.I. Thomas, *Source Book of Social Origine*, p. 169.

necesidad han surgido numerosas organizaciones especializadas cuyo propósito es facilitar estos reajustes: el mercado, que origina la ciudad moderna, es uno de esos dispositivos. Más interesantes, sin embargo, son las bolsas, sobre todo la bolsa de valores y la cámara de comercio, donde los precios fluctúan constantemente en función de cambios o, más bien, de rumores de cambio de las condiciones económicas mundiales.

Esos rumores, en la medida en que están calculados para provocar reajustes, tienen el carácter de eso que llamamos noticias. La existencia de una situación crítica convierte en noticia lo que en otro caso sería una simple información. Allí donde hay algo en juego, o en otros términos, donde existe una crisis, una información susceptible de afectar al desenlace de una forma u otra se convierte en una «cuestión vital», como dicen los periodistas. La noticia es un tema candente; la simple información, un asunto inerte.

- ¿Cuál es la relación entre movilidad, sugestión, imitación, etc.?
- ¿Qué medios prácticos aumentan la movilidad y la sugestionabilidad de una comunidad o de un individuo?
- ¿Existen condiciones patológicas en las comunidades correspondientes a la histeria en los individuos? En ese caso, ¿cómo se producen y cómo son controladas?
- ¿En qué medida la moda es un indicador de la movilidad?
- ¿Cuáles son las diferentes formas de transmisión de la moda y de las tradiciones?
- ¿Qué es el malestar social? ¿Bajo qué condiciones se manifiesta?
- ¿Qué caracteriza a una comunidad progresista, qué a una comunidad estática, en lo relativo a su resistencia a las nuevas propuestas?
- ¿Qué características mentales del gitano, del *hobo* y del nómada pueden ser en general adscritas a sus hábitos errantes?

La bolsa y la muchedumbre

Las bolsas, en las que podemos seguir la fluctuación de los precios en virtud de noticias relativas a las condiciones económicas en distintas partes del mundo, constituyen un ejemplo típico de readaptación. Reajustes similares tienen lugar en todos los sectores de la vida social donde, sin embargo, no se advierten mecanismos de regulación tan complejos y perfectos. Por ejemplo, los boletines comerciales o profesionales informan a estas ocupaciones de los nuevos métodos, experiencias y mecanismos, sirven para mantener actualizados a los miembros de esos ámbitos, facilitando su adaptación a las nuevas condiciones.

Sin embargo, hay que establecer una distinción importante: en el mundo bursátil, la competencia es más intensa, y las transformaciones son más rápidas e importantes para los individuos directamente implicados. En contraste con esa constelación de fuerzas que encontramos en las bolsas, donde los negociantes que compiten se reúnen para vender y comprar, una forma de organización social tan móvil como la muchedumbre o el gentío presenta una relativa estabilidad.

Es corriente que los factores decisivos de los movimientos de masa y de las fluctuaciones del mercado sean psicológicos. Esto significa que entre los individuos que forman la muchedumbre o entre quienes componen el público que participa en esos movimientos reflejados en el mercado existe una situación de inestabilidad correspondiente a eso que se designa como crisis. Esto es cierto en las bolsas así como en las masas; la situación que representan es siempre crítica, es decir, las tensiones son tales que la menor causa puede precipitar un efecto enorme. El «momento psicológico» es el eufemismo habitual para designar tal situación crítica.

Los momentos psicológicos pueden aparecer en cualquier situación social, pero suceden con mayor frecuencia en una sociedad que ha alcanzado un alto grado de movilidad. Son más usuales en una sociedad donde la educación se ha generalizado, donde los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono y la prensa se han convertido en partes indispensables de la economía social. Son más frecuentes en las ciudades que en las pequeñas comunidades. En la masa y en el público, cualquier momento puede ser llamado «psicológico».

Se puede decir que la crisis es la situación normal en la bolsa. Las llamadas crisis financieras constituyen simplemente una extensión de esta situación crítica en la comunidad económica más amplia. Los pánicos financieros que a veces siguen a las crisis financieras son un precipitado de dicha situación.

Lo fascinante en el estudio de las crisis y de las masas es que en tanto que responden a causas psicológicas, o dicho de otra forma, en la medida en que son el resultado de la movilidad de las comunidades en que acontecen, pueden ser controladas. Prueba de ello es que son susceptibles de manipulación y hay abundantes evidencias en las transacciones del mercado financiero. Puede ser menos sencillo la manipulación de las masas; sin embargo, las organizaciones obreras han aprendido a aplicar una técnica bastante precisa de incitación y de control de las huelgas. El Ejército de Salvación (Salvation Army) ha elaborado un manual de tácticas dedicado en buena medida a la conducción de las masas callejeras; y los evangelistas profesionales, como Billy Sunday, disponen de una técnica muy elaborada para guiar a sus militantes.

Bajo el título de «psicología colectiva» se ha escrito mucho durante estos últimos años, sobre todo en lo que se refiere a las masas y a fenómenos afines de la vida social. Casi todo lo escrito se apoya sobre observaciones generales y apenas existen métodos sistemáticos para el estudio de ese tipo de organización social. Los métodos concretos elaborados por técnicos, como el responsable político, el agitador obrero, el especulador bursátil y otros que aspiran al control y a la manipulación del público y de la muchedumbre, proporcionan un conjunto de materiales a partir de los cuales es posible emprender un estudio más detallado y profundo de lo que podemos llamar comportamiento colectivo, para distinguirlo del comportamiento de grupos más organizados.

La ciudad, y en particular la gran ciudad, en la que por todos lados las relaciones humanas son probablemente impersonales y racionales, regidas por el interés y el dinero, constituye en un sentido muy real un laboratorio de investigación del comportamiento colectivo. Las huelgas y los pequeños movimientos revolucionarios

son endémicos en el medio urbano. Las ciudades, las grandes en particular, se encuentran en un estado de equilibrio inestable. De ahí deriva que los inmensos agregados, ocasionales y mutables, que constituyen nuestra población urbana, se encuentren en continua agitación, barridos por cada nuevo viento doctrinal, sujetos a constantes alarmas; y en consecuencia, la comunidad está en una situación de crisis permanente.

Todo esto que acabamos de decir sugiere principalmente la importancia de un estudio más detallado y profundo del comportamiento colectivo. Las cuestiones siguientes quizá indiquen algunas líneas de investigación que podrían seguirse con provecho por los estudiosos de la vida urbana.

- ¿Cuál es la psicología de la crisis? ¿Cuál es el ciclo de acontecimientos implicados en la evolución de una crisis política o económica?
- ¿En qué medida el sistema parlamentario, incluido el sistema electoral, puede ser considerado como una tentativa de regularizar la revolución o de responder a las crisis y controlarlas?
- ¿Hasta qué punto los tumultos, las huelgas y los movimientos políticos radicales son el resultado de la misma situación general que provoca el pánico financiero, la súbita alza de precios inmobiliarios y los movimientos de masas entre la población?
- ¿En qué medida el equilibrio inestable y el fermento social existentes son debidos a la extensión y a la celeridad de los cambios económicos tal como refleja la bolsa?
- ¿Cuáles son los efectos de la difusión de los medios de comunicación y de las noticias sobre las fluctuaciones del mercado financiero y sobre las transformaciones económicas en general?
- ¿Tiende la cotización de los valores bursátiles a acentuar las fluctuaciones del mercado o a estabilizarlas?
- ¿Aceleran los artículos periodísticos, en tanto que responden a los hechos, los cambios sociales o estabilizan una situación en evolución?
- ¿Cuáles son los efectos de la propaganda y del rumor en situaciones donde las fuentes precisas de información son cortadas?
- ¿Hasta qué punto pueden controlarse las fluctuaciones del mercado financiero por una regulación formal?
- ¿En qué medida la censura puede controlar los cambios sociales, las huelgas y los movimientos revolucionarios?
- ¿Hasta qué punto la previsión científica de los cambios sociales y económicos puede ejercer un control útil sobre la evolución de los precios y sobre el rumbo de los acontecimientos?
- ¿En qué medida pueden compararse los precios registrados en la bolsa y la opinión pública tal como los periódicos la registran?
- ¿Hasta qué punto puede considerarse la ciudad, que reacciona más rápida y decisivamente al curso de los acontecimientos, como el centro neurálgico del organismo social?

III. Relaciones secundarias y control social

Los modernos medios de comunicación y de transporte urbanos —ferrocarril, automóvil, teléfono, radio— han transformado durante estos últimos años, sutil y rápidamente, la organización social e industrial de la ciudad moderna. Han provocado una concentración del tráfico en el distrito comercial; han modificado la naturaleza misma del comercio al detalle, multiplicando los suburbios residenciales y haciendo posible la creación de grandes almacenes. Esos cambios en la organización industrial y en la distribución de la población han estado acompañados de cambios correspondientes en los hábitos, en los sentimientos y en el carácter de la población urbana.

La naturaleza general de esos cambios puede apreciarse en el hecho de que, paralelamente al crecimiento de la ciudad, las relaciones indirectas, «secundarias», sustituyen a las relaciones cara a cara, «primarias», en las interacciones de los individuos en el seno de la comunidad.

«Por grupos primarios entiendo esos que se caracterizan por una cooperación y una íntima asociación. Son primarios en varios sentidos, pero principalmente porque son fundamentales para la formación de la naturaleza social y los ideales de un individuo. El resultado de una relación estrecha, desde el punto de vista psicológico, es una cierta fusión de las individualidades en un todo común, de tal manera que incluso el yo del individuo se identifica con la vida y los objetivos del grupo —al menos para ciertos propósitos. Quizás la forma más simple de designar esta totalidad consiste en decir que es un «nosotros»; esto implica una especie de simpatía y de identificación mutua cuyo «nosotros» es su expresión natural. Cada uno vive en simpatía con el todo y encuentra lo esencial de su voluntad en este sentimiento»⁴⁴.

El tacto, la vista y el contacto físico constituyen la base de las primeras y más elementales relaciones. Madre e hijo, marido y mujer, padre e hijo, señor y siervo, pariente y vecino, sacerdote, médico y profesor; tales son las relaciones más profundas y efectivas de la vida, y en una pequeña comunidad son prácticamente las únicas.

Las interacciones que tienen lugar entre los miembros de una comunidad así constituida son inmediatas e irreflexivas; se producen sobre todo en la esfera del instinto y del sentimiento. El control social surge en gran parte de modo espontáneo, como respuesta directa a las influencias personales y a la opinión pública. Es más el resultado de una adaptación personal que la expresión de un principio racional y abstracto.

La iglesia, la escuela y la familia

En una gran ciudad, donde la población es inestable, en la que padres e hijos trabajan fuera de casa y a menudo en sectores urbanos distantes, donde millares

44. Charles Horton Cooley, *Social Organizations*, p. 15.

de personas viven junto a otras durante años sin apenas trato, esas relaciones íntimas del grupo primario se debilitan, y el orden moral en el que se apoyan es gradualmente disuelto.

Bajo la influencia disgregadora de la vida urbana, la mayoría de nuestras instituciones tradicionales —la iglesia, la escuela y la familia— han sido notablemente transformadas. Por ejemplo, la escuela ha asumido ciertas funciones de la familia; alrededor de la escuela pública y de su empeño para asegurar el bienestar moral y corporal de los niños tiende a constituirse algo parecido a una nueva vecindad, un nuevo espíritu comunitario.

Por otro lado, la iglesia, que ha perdido mucha de su influencia desde que la imprenta sustituyera el púlpito del predicador en la interpretación de la vida, parece actualmente en curso de readaptación a las nuevas condiciones.

Sería importante estudiar la iglesia, la escuela y la familia desde el punto de vista de ese reajuste a las condiciones de la vida urbana.

- ¿Qué cambios han tenido lugar en los últimos años en los sentimientos familiares? ¿Qué cambios se han producido en las actitudes de los maridos con respecto a sus esposas y de las esposas hacia sus maridos, y de los hijos hacia sus padres, etc.?
- ¿Qué nos indican, en este tema, los sumarios de los tribunales de menores y de orden público?
- ¿En qué esferas de la vida social las costumbres relativas a la vida familiar se han modificado más?
- ¿En qué medida esas transformaciones responden a las influencias del entorno urbano?

Igualmente se podrían llevar a cabo investigaciones sobre la escuela y la iglesia. También aquí han cambiado las actitudes y la política con las transformaciones del medio. Es importante porque, en última instancia, la organización social reposa sobre esas instituciones, cuyos intereses vitales e inmediatos encuentran ahí una expresión concreta.

Probablemente la ruptura de las ataduras locales y el debilitamiento de las obligaciones y de las inhibiciones del grupo primario, bajo la influencia del entorno urbano, son en gran medida responsables del aumento del vicio y de la criminalidad en las grandes ciudades. Sería interesante, en este punto, realizar una investigación con el fin de saber en qué medida el incremento de la criminalidad corre pareja al incremento de la movilidad de la población, y en qué grado esta movilidad depende del crecimiento demográfico. Desde esta perspectiva deberíamos tratar de interpretar todas las estadísticas que registran la desintegración del orden moral, por ejemplo, las estadísticas sobre divorcios, absentismo* y criminalidad.

- ¿Qué efectos posee la propiedad de bienes raíces, en particular la propiedad de la vivienda, sobre el absentismo, el divorcio y la criminalidad?
- ¿En qué clases y en qué sectores son endémicos ciertos tipos de delito?

* N. del T. La voz *truancy* se refiere sobre todo al absentismo escolar: hacer gorra, novillos.

- ¿En qué segmentos sociales los divorcios son más frecuentes? En este punto, ¿qué diferencia hay entre los granjeros y, por ejemplo, los actores?
- ¿En qué medida puede decirse que en un grupo étnico dado, por ejemplo entre los italianos de Nueva York o en los polacos de Chicago, padres e hijos viven el mismo mundo, hablan la misma lengua, comparten las mismas ideas? ¿Hasta qué punto esta situación explica la delincuencia juvenil de ese grupo en particular?
- ¿Hasta qué punto las costumbres familiares son responsables de las manifestaciones delictivas en un grupo de inmigrantes?

La crisis y los tribunales

Es característico de la vida urbana que todo tipo de gente se encuentre y se mezcle sin llegar nunca a una comprensión plena. El anarquista y el asiduo a los clubes, el sacerdote y el levita, el actor y el misionero, que se codean en las calles, viven aún en mundos totalmente diferentes. La segregación de las categorías profesionales es tan completa que resulta posible vivir dentro de la ciudad en un aislamiento casi tan absoluto como el de una remota comunidad rural.

Walter Besant relata la anécdota siguiente a propósito de su experiencia como editor del *People's Palace Journal*:

«En calidad de editor, intenté animar iniciativas literarias con la esperanza de dar con un genio desconocido y oculto. Los lectores del Journal pertenecían a diversas clases relacionadas con la vida cultural de la localidad. Había sobre todo jóvenes oficinistas —algunos eran buenos muchachos. Tenían un círculo donde organizaban debates a los que yo asistía de vez en cuando. ¡Ay!, realizaban los debates en la ignorancia más profunda, inconsciente y ufana. Intenté en vano persuadirles de que al menos sería deseable dominar los datos de un asunto antes de hablar sobre eso. Entonces propuse temas de discusión y ofrecí premios de poesía. Pero advertí con estupor que entre esos miles de jóvenes, muchachos y muchachas, no se podía descubrir el menor indicio de la más modesta capacidad literaria. En las otras ciudades había jóvenes que alimentaban ambiciones literarias y que poseían cierto talento. ¿Cómo podía haberlo en esta ciudad donde no existían libros, ni periódicos, ni revistas ni, en ese tiempo, una biblioteca pública?»⁴⁵.

En las colonias de inmigrantes, hoy bien instaladas en todas las grandes ciudades, la población extranjera vive en un aislamiento distinto al de la población de East London, pero en ciertos aspectos más completo.

La diferencia es que cada una de esas pequeñas colonias tiene su propia organización social y política, más o menos independiente, y constituye el centro de una propaganda nacionalista más o menos vigorosa. Por ejemplo, cada uno de esos grupos tiene uno o más periódicos impresos en su propia lengua. En Nueva

45. Walter Besant, *East London*, p. 13.

York había hace algunos años 270 publicaciones, la mayoría sostenidas por la población local e impresas en 23 lenguas diferentes. En Chicago, había 19 diarios publicados en 7 lenguas extranjeras y su tirada diaria alcanzaba 368.000 ejemplares.

En esta situación, el ritual social y el orden moral que esos inmigrantes han importado desde sus tierras de origen han logrado mantenerse durante un tiempo considerable en medio de la influencia del entorno norteamericano. Sin embargo, el control social basado en las costumbres familiares se viene abajo en la segunda generación.

Podríamos expresar en términos generales la relación que la ciudad mantiene con ese tipo de fenómenos diciendo que la influencia del entorno urbano consiste en acentuar todos los efectos de crisis.

«No hay que entender la palabra crisis en un sentido violento. Está presente en cualquier alteración de las costumbres. Hay una crisis en la vida del adolescente cuando abandona el hogar. La emancipación del negro o la inmigración del campesino europeo constituyen crisis colectivas. Toda tensión crítica implica tres cambios posibles: una mayor adaptación, una eficacia reducida o la muerte. En términos biológicos, la «supervivencia» designa la adaptación triunfante a una crisis, normalmente acompañada por una modificación estructural. En el caso del hombre significa una estimulación mental y una mayor inteligencia, o si se ha fracasado, la depresión mental»⁴⁶.

Bajo las condiciones impuestas por la vida urbana —en la que los individuos y los grupos, fuertemente alejados en simpatía y comprensión, viven juntos en situación de interdependencia, si no de intimidad— la naturaleza del control social se modifica notablemente y aumentan las dificultades.

El problema que surge entonces es habitualmente caracterizado como un asunto de «asimilación». Se ha pretendido que la razón del rápido incremento de la criminalidad en nuestras grandes ciudades se debe al hecho de que el elemento extranjero de la población no ha logrado asimilar la cultura norteamericana y no se adapta a sus costumbres. Esto sería interesante si fuera cierto, pero los hechos parecen sugerir que quizá hay que buscar la verdad en el sentido opuesto.

«Uno de los hechos más importantes que la investigación ha podido establecer se refiere a los hijos de los inmigrantes nacidos en América, es decir, a la «segunda generación». Los expedientes de acusación del Tribunal Penal de Nueva York, durante el período que va del 1 de octubre de 1908 hasta el 30 de junio de 1909, y las actas de encarcelamiento en las instituciones penales de Massachusetts, excepto los relativos a las granjas del Estado, durante el año que concluyó el 30 de septiembre de 1908, constituyen la base de este análisis de tendencias criminales de la segunda generación.

Estos expedientes muestran que en parte de la segunda generación hay una clara tendencia a diferenciarse de la primera en la naturaleza de su criminalidad. Parece

46. William I. Thomas, «Race Psychology: Standpoint and Questionnaire with Particular Reference to the Inmigrant and Negro», *American Journal of Sociology*, xvii, mayo 1912, p. 736.

también que esta diferencia está más frecuentemente orientada hacia el tipo de criminalidad de los nacidos en América de padres no inmigrantes que en el sentido contrario. Esto significa que el movimiento criminal de la segunda generación se aleja de los delitos característicos de los inmigrantes y se orienta hacia los delitos de los nacidos de padres norteamericanos y a veces se ha ido incluso más lejos. De los grupos de segunda generación sometidos a esta comparación, sólo uno mantiene su adhesión constante a la regla general que evocamos más arriba, mientras que los demás llegado un punto dejan de seguirla. Ese único grupo es el de la segunda generación de irlandeses»⁴⁷.

Lo que observamos es que la crisis ha tenido como resultado la sustitución del anterior control basado en las costumbres por un control que se apoya sobre la ley positiva. Ese cambio discurre paralelamente al paso de las relaciones primarias a relaciones secundarias en las interacciones entre individuos en el medio urbano.

Es característico de los Estados Unidos que los grandes cambios políticos pueden venir experimentalmente bajo la presión de los acontecimientos o por iniciativa de minorías reducidas pero, sin embargo, activas. Probablemente no hay ningún otro país del mundo donde haya en curso tantas «reformas» como en la actualidad hay en los Estados Unidos. En realidad, las reformas se han convertido en algo así como una especie de afición social popular. La aplicación de esas reformas ocasiona casi siempre algún tipo de restricción o un control gubernamental sobre actividades que anteriormente eran «libres» o estaban bajo supervisión exclusiva de las costumbres y de la opinión pública.

El efecto de esa extensión de lo que se denomina el poder policial ha consistido en producir un cambio que no afecta únicamente a los principios fundamentales de la ley, sino también al carácter y a la constitución de los tribunales.

Los tribunales de menores y de orden público [*moral court*] muestran una transformación que quizá se encuentre en otro sitio. En esos tribunales los jueces asumen parte de las funciones de los agentes administrativos, puesto que sus competencias consisten menos en interpretar la ley que en prescribir remedios y dispensar consejos dirigidos a la reinserción social de los delincuentes que les son presentados.

Una tendencia parecida, consistente en dar a los jueces un mayor poder discrecional y a exigirles más responsabilidades, se manifiesta en los tribunales que han de tratar las cuestiones técnicas del mundo de los negocios y en la creciente popularidad de las comisiones, donde las funciones judiciales y administrativas se combinan; por ejemplo, la Comisión de Comercio Federal (Interstate Commerce Commission).

Con objeto de captar en sus raíces los hechos relativos al control social, es importante partir de una concepción clara de la naturaleza de la acción colectiva.

La acción colectiva comienza cuando existe algún tipo de comunicación entre los individuos que constituyen un grupo. La comunicación puede tener lugar en

47. *Reports of the United States Immigration Commission*, vi, p.14-16.

varios niveles; es decir, las sugerencias pueden darse y responder a nivel instintivo, sensomotor o ideomotor. El mecanismo de la comunicación es muy sutil –de hecho tan sutil que a menudo es difícil imaginar cómo las sugerencias pasan de una mente a otra. Eso no implica que para explicar la acción colectiva sea necesario recurrir a una forma particular de conciencia, a un sentimiento particular de afinidad o de conciencia de especie.

En realidad, se ha mostrado recientemente que en el caso de ciertas sociedades altamente organizadas y estáticas como la de las hormigas, bien conocida, no existe con toda probabilidad nada que se corresponda con eso que llamamos comunicación.

«Es un hecho bien conocido que si se retira una hormiga de su nido para reintroducirla después en el mismo lugar no será atacada, mientras que sí lo será invariablemente una hormiga perteneciente a otro nido. Habitualmente nos servimos de palabras como memoria, enemistad y amistad para describir ese fenómeno. Bethe ha realizado el siguiente experimento: una hormiga era colocada en un líquido (sangre y linfa) proveniente de sus compañeras de nido a las que se había triturado; después, se la reintroducía en su nido y no era atacada. A continuación era empapada con el jugo de hormigas que ocupaban un hormiguero «hostil» e inmediatamente era atacada hasta la muerte»⁴⁸.

Un ejemplo adicional del modo en que las hormigas se comunican ilustrará cómo la comunicación, en un plano instintivo, puede resultar simple y automática.

«Cuando una hormiga sigue un camino por primera vez al abandonar su nido, siempre utiliza el mismo sendero para retornar. Eso prueba que ha debido dejar tras sí rastros que utiliza en el regreso. Si una hormiga de vuelta por ese camino no transporta ningún botín, Bethe constata que ninguna otra hormiga recurre a esa vía. Sin embargo, si acarrea miel o azúcar, otras hormigas lo tomarán con toda seguridad. Así pues, algo de las sustancias transportadas debe quedar en el camino y estas sustancias deben ser suficientemente fuertes para afectar químicamente a las hormigas»⁴⁹.

Lo importante es que por ese mecanismo relativamente simple la acción colectiva se muestra posible.

Los individuos no reaccionan sólo por reflejos sino que comunican inevitablemente sus sentimientos, sus actitudes, sus sensaciones orgánicas; reaccionan de este modo no sólo a lo que cada individuo hace realmente sino a sus intenciones, a sus deseos y esperanzas. El hecho de que los individuos a menudo revelen sus sentimientos y actitudes a otros sujetos a los que apenas conocen, hace posible que el individuo «A», por ejemplo, pueda intervenir sobre las motivaciones y las

48. Jacques Loeb, *Comparative Physiology of the Brain*, p. 220-221

49. *Ibid.*, p. 221.

tensiones de «B» al mismo tiempo que él e incluso antes que él. Es más, «A» podrá intervenir sobre las sugerencias que proceden de «B» sin que éste sea consciente del origen de sus motivaciones, tan sutiles y profundas pueden ser las reacciones que controlan los individuos unidos en un proceso psicosociológico.

Sobre este tipo de control instintivo y espontáneo es donde un control más formal debe apoyarse para ser eficaz.

Los cambios en la forma del control social pueden ser reagrupados, para los propósitos del análisis, en las siguientes categorías generales:

(1) El paso de la costumbre a la ley positiva y la extensión del control público a las actividades anteriormente dejadas a la iniciativa y a la discreción individual.

(2) La tendencia de los jueces, en los tribunales civiles y penales, a asumir una función administrativa, de tal modo que el ejercicio de la función judicial no se reduce sólo a la aplicación del ritual social sino que comienza a aplicar métodos racionales y técnicas que exigen conocimientos y asesoramiento de expertos con el fin de lograr la reinserción social del individuo y la reparación de perjuicio causado por el delito.

(3) Los cambios y las disparidades en las costumbres de los grupos segregados y aislados en la ciudad. ¿Cuáles son, por ejemplo, las costumbres de la dependienta?, ¿del inmigrante?, ¿del político?, ¿y del agitador obrero?

El objeto de estas investigaciones no debería ser únicamente identificar las causas de esos cambios, el sentido en que proceden, sino también las fuerzas susceptibles de minimizarlos o de neutralizarlos. Por ejemplo, es importante saber si las fuerzas que en la actualidad multiplican las reglamentaciones que pesan sobre el individuo alcanzarán en este país [Estados Unidos] el mismo punto que han logrado en Alemania. ¿Desembocarán eventualmente en una situación próxima al socialismo?

El comercio del vicio y el tráfico de alcohol

El control social, en las condiciones de vida urbana, puede quizá ser mejor estudiado en los intentos emprendidos para acabar con el vicio y controlar el tráfico de alcohol.

Las tabernas y los burdeles han existido siempre como un medio de explotar los apetitos y los instintos profundos de la naturaleza humana. Eso hace que los esfuerzos realizados para regular y suprimir esas formas de explotación y de tráfico sean interesantes e importantes como objeto de investigación.

Una investigación de este tipo debería apoyarse sobre un estudio minucioso: (1) de la naturaleza humana que sirve de base a ese comercio; (2) de las condiciones sociales que tienden a transformar los apetitos normales en vicios sociales; (3) de los resultados concretos de los esfuerzos practicados para limitar, controlar y cortar el tráfico del vicio y abolir el consumo y la venta de alcohol.

Sería deseable conocer algunas cosas de estas:

- ¿En qué medida el gusto por los estímulos del alcohol es una disposición innata?
- ¿En qué medida tal apetito puede pasar de una forma de estimulación a otra, es decir, por ejemplo, del whisky a la cocaína, etc.?
- ¿Hasta qué punto es posible reemplazar esas estimulaciones viciosas y patológicas por estimulaciones normales y sanas?
- ¿Cuál es el efecto social y moral del alcoholismo secreto?
- Cuando una prohibición aparece pronto en la vida de un individuo, ¿tiene como efecto idealizar a sus ojos los placeres de la complacencia? ¿Sucede esto en ciertos casos y no en otros? Si es así, ¿cuáles son las circunstancias determinantes? ¿Pierden los hombres súbitamente el gusto por el licor y por otros estimulantes? ¿En qué condiciones sucede esto?

Un buen número de estas preguntas sólo tienen respuesta en el estudio de las experiencias individuales. Los vicios tienen indudablemente su historia natural, como ciertas formas de enfermedad. Pueden ser además considerados como entidades independientes que encuentran su hábitat en el entorno urbano, activados en ciertas condiciones, inhibidos en otras, pero invariablemente presentan, a través de esos cambios, un carácter típico.

En sus orígenes el movimiento antialcohólico revestía un cierto carácter religioso, y sus efectos eran verdaderamente pintorescos. Los líderes del movimiento han desplegado en estos últimos años una estrategia más ingeniosa, pero la lucha contra el tráfico de alcohol guarda aún todas las características de un gran movimiento popular, un movimiento que tras haber conquistado los ámbitos rurales intenta ahora imponerse en las ciudades.

Por otro lado, la cruzada contra el comercio del vicio partió de las ciudades donde en realidad ese comercio tiene su origen. El simple hecho de que se haya discutido este asunto en público ha significado una transformación enorme en las costumbres sexuales. Es significativo que ese movimiento coincida por todos lados con una cierta liberación de las mujeres y con su ingreso en la industria, en las profesiones liberales y en los partidos políticos.

En las grandes ciudades hay condiciones de vida peculiares (a las que nos referimos al hablar de la «movilidad de la población en las grandes ciudades») que hacen particularmente difícil el control del vicio. Por ejemplo, las cruzadas y los movimientos religiosos en general no tienen en el medio urbano el mismo éxito que obtienen en las comunidades más pequeñas y menos heterogéneas. ¿Qué condiciones explican esto?

Quizá los hechos más significativos de estudiar a propósito de esos movimientos son los que traducen las transformaciones que han tenido lugar durante los últimos cincuenta años en las costumbres sexuales, en particular todo eso que se refiere a la apreciación de lo que es conveniente o indecente en la forma de vestirse y en los comportamientos, pero también todo lo que remite a la actual libertad de discusión sobre cuestiones sexuales entre los jóvenes de ambos sexos.

De hecho, resulta como si estuviéramos en presencia de dos transformaciones históricas: una parece destinada a situar finalmente el alcohol en la categoría de sustancias tóxicas; la otra pretende eliminar las prohibiciones que –particularmente entre los anglosajones– han impedido hasta ahora que se aborde con franqueza una discusión sobre la realidad sexual.

La política de los partidos y la publicidad

Hoy día existe por todas partes una tendencia a incrementar el poder ejecutivo del gobierno a expensas del legislativo. En ciertas situaciones, la influencia de las asambleas legislativas y de los consejos municipales ha sido reducida por la introducción del referéndum y de la revocación. En otros casos, ese poder ha sido suplantado por comisiones gubernamentales. La razón evidente de esos cambios consiste en que ofrecen un medio de anular el poder de los políticos profesionales. Me parece que el motivo real es el reconocimiento de que la forma de gobierno cuyo origen se encuentra en las asambleas ciudadanas y que resultaba plenamente adecuada a las necesidades de una pequeña comunidad basada en las relaciones primarias, no conviene al gobierno de poblaciones fluctuantes y heterogéneas en las grandes ciudades de tres o cuatro millones de habitantes.

«Por supuesto, muchas cosas dependen del carácter y del tamaño de la población. Cuando ésta es de origen norteamericano y el número de electores no es demasiado elevado como para impedir un debate calmado y minucioso, no se puede imaginar mejor escuela política ni mejor método para dirigir los asuntos y evitar la estafa y el despilfarro, para estimular la vigilancia y suscitar el consenso. Sin embargo, cuando las reuniones ciudadanas llegan a rebasar setecientas u ochocientas personas, e incluso más, cuando una parte considerable de la población es extranjera –como los irlandeses o los francocanadienses que estos últimos años han invadido Nueva Inglaterra–, la institución funciona con menor corrección pues la multitud es demasiado grande para instaurar el debate; además, surgen facciones y los inmigrantes, poco habituados al autogobierno, pueden ser presa de intrigantes y de mezquinos demagogos»⁵⁰.

En primer lugar, los problemas de gestión de la ciudad se ha convertido con el crecimiento y la organización de la vida urbana en algo tan complejo que no es demasiado deseable dejar su control a hombres cuyo único mérito consiste en haber logrado un puesto mediante la maquinaria política local.

● Bajo las condiciones de vida urbana, otra circunstancia que hace imposible la elección de funcionarios municipales a través del voto popular consiste en el hecho de que, salvo casos excepcionales, el elector no sabe nada o casi nada acerca de las autoridades a las que vota; poco o nada sabe de las funciones del puesto para el que deben ser elegidos; y, por encima de todo, el votante está demasiado ocupado

50. James Bryce, *The American Commonwealth*, t. 1, p. 566.

como para estar informado de la situación y de las necesidades de la ciudad en su totalidad.

En una reciente elección en Chicago, por ejemplo, los electores fueron llamados a un escrutinio donde se presentaron 250 candidatos a los que en su mayoría no conocían. En esas circunstancias, el ciudadano que desea votar inteligentemente otorga su confianza a una organización y a un consejero más o menos interesados, que le sugieren cómo votar.

Para solventar este inconveniente, principalmente ligado a las condiciones impuestas por la vida urbana, han surgido dos tipos de organización tendentes a controlar esas crisis artificiales que llamamos elecciones. Una es la organización representada por el responsable político y su maquinaria política; la otra viene constituida por ligas de electores independientes, asociaciones de contribuyentes y organizaciones como las oficinas municipales de investigación.

Un indicador que muestra hasta qué punto las condiciones de formación de nuestros partidos políticos son un tanto arcaicas es que éstos han tratado de gobernar el país sobre el principio de que el remedio contra todos los vicios administrativos consistía en «hacer limpieza», como se dice popularmente, en cambiar de gobierno. El aparato político y el líder surgen en interés de los partidos políticos. Los partidos estaban necesariamente organizados para ganar las elecciones. La maquinaria política no es sino un dispositivo técnico inventado con el propósito de alcanzar ese fin. El jefe político es el experto que conduce esta maquinaria y es tan indispensable para la victoria electoral como un entrenador profesional lo es para lograr la victoria en el fútbol.

Es característico de las dos formas de organización surgidas con el fin de controlar el voto popular que la primera, la máquina política, se basa esencialmente en relaciones locales y personales, es decir, en relaciones primarias; en cambio, las segundas, las organizaciones del buen gobierno* apelan al público que —en el sentido en que de ordinario entendemos este término— es un grupo basado en relaciones secundarias. En general, los miembros de un público no se conocen personalmente.

El aparato político representa, de hecho, una tentativa para asegurar dentro de la organización administrativa formal de la ciudad, el control sobre un grupo primario. Las organizaciones así erigidas—Tammany Hall es un ejemplo clásico**— parecen ser de naturaleza completamente feudal. Las relaciones entre el responsable y su lugarteniente de circunscripción parecen responder de un modo muy preciso a relaciones feudales: lealtad personal de una parte, protección personal de la otra.

* N. del T. Los partidarios del *good government* —llamados en jerga *go-goos*— formaban parte de un movimiento de reforma más amplio; la orientación moral del voto —frente al aparato político muchas veces corrompido, que se servía de los muchachos de las bandas callejeras (*gangs*) como *electioneers* (propagandistas) o en la organización de los *repeaters* (sujetos que votaban varias veces)— era un aspecto más de la deseada reforma moral de la vida.

** N. del T. El círculo de Tammany Hall representó en su día la maquinaria demócrata corrupta de Manhattan. Vid. Jerome Charyn, *New York. Chronique d'une ville sauvage*, Paris, Gallimard, 1994

Las virtudes que esta organización pone en evidencia son las antiguas virtudes tribales de lealtad, fidelidad y devoción a los intereses del jefe y del clan. Los individuos pertenecientes a la organización, sus amigos y sus seguidores forman un «nosotros», mientras el resto de la ciudad es sólo el mundo exterior, que no es tan animado ni tan humano como los miembros del «nosotros». Observamos aquí una situación próxima a las condiciones de la sociedad primitiva.

«La concepción de la «sociedad primitiva» que debemos formarnos es la de un conjunto de pequeños grupos dispersos sobre un territorio. El tamaño de esos grupos está determinado por las condiciones de la lucha por la existencia. La organización interna de cada grupo se corresponde con su tamaño. Varios grupos pueden a su vez reagruparse y mantener entre ellos relaciones (de parentesco, de vecindad, de alianza, de connubium y de commercium) que les unen y les diferencian de los otros. Así aparece una diferenciación entre el «nosotros» («in group»), de un lado, y el resto, los otros grupos («out group») Entre los que pertenecen al «nosotros» reina la concordia, el orden, la ley, las relaciones políticas y de producción. En cambio su relación con los extranjeros o grupos externos es una relación de pillaje y de guerra, salvo que los acuerdos intervengan para modificarla.

La relación de camaradería y de paz dentro del «nosotros», y la relación de hostilidad y de guerra frente a los otros grupos son correlativas. Las exigencias de la guerra con los extranjeros son las que explican la paz dentro, para que la discordia interna no debilite la capacidad del «nosotros» en la guerra. Las mismas exigencias originan el gobierno y la ley en el «in group», con el fin de prevenir los conflictos y reforzar la disciplina»⁵¹.

La política de la mayoría de las grandes ciudades ofrece abundantes materiales para el estudio del tipo representado por el responsable político así como para el estudio de los mecanismos sociales creados e incorporados en la máquina política. Es necesario, sin embargo, que podamos estudiarlos de forma imparcial. Algunas cuestiones a las que deberíamos tratar de responder son:

- ¿Cuál es, de hecho, la organización política de cada sector de la ciudad? ¿Cuáles son los sentimientos, las actitudes y los intereses que se expresan ahí?
- ¿Cuáles son los dispositivos concretos empleados para movilizar sus fuerzas y ponerlas en acción?
- ¿Cuál es el atractivo de los partidos en las diferentes regiones morales que componen la ciudad?
- ¿En qué medida el interés por la política es real y en qué medida es un simple entretenimiento?
- ¿Cuánto representan los gastos en propaganda en el coste de las elecciones?
¿En qué medida se trata de publicidad educativa y en qué medida es puro soborno?

51. Sumner, *Folkways*, p. 12.

- En las actuales condiciones, ¿hasta qué punto las elecciones pueden ser controladas por dispositivos puramente técnicos: catálogos, desfiles y oratorias cautivadoras?
- ¿Qué efectos tendrán la introducción del referéndum y la revocación en los actuales métodos electorales en las ciudades?

Publicidad y control social

En contraste con la maquinaria política, cuya acción organizada se basa en intereses locales, personales e inmediatos representados por los diferentes barrios y localidades, las organizaciones electorales, las oficinas de investigación municipal y los organismos afines han tratado de representar los intereses de la ciudad en su conjunto, apelando a un sentimiento y a una opinión que nada tiene de local ni de personal. Estas agencias han tratado de asegurar la eficacia gubernamental a través de la educación del elector, emprendiendo investigaciones sobre la política gubernamental y publicando los resultados.

En ese sentido, la publicidad ha terminado por ser reconocida como una forma de control social, y la propaganda —la «propaganda social»— se ha convertido en una profesión con una técnica elaborada, sostenida por un conjunto de conocimientos especializados.

Uno de los fenómenos característicos de la vida urbana y de las sociedades fundadas sobre relaciones secundarias es que la propaganda ha venido a ocupar un importante lugar en su economía.

En estos últimos años, cualquier individuo y organización que han tratado con el público, es decir, con el público exterior a las estrechas comunidades de la aldea y de la pequeña ciudad, han terminado por tener su agente de prensa, que a menudo es menos un publicista que un embajador acreditado ante la prensa y, a través de ella, ante el mundo. Instituciones como la Fundación Russell Sage y, en menor medida, la General Education Board han tratado de influir directamente sobre la opinión pública mediante la publicidad. El Informe Carnegie sobre la educación sanitaria, la Encuesta de Pittsburgh, el Informe de la Fundación Russell Sage sobre los costes comparados de la educación pública en diferentes estados son algo más que estudios científicos; son más bien formas superiores de periodismo que tratan de forma crítica las condiciones existentes e intentan provocar, a través de organismos de publicidad, reformas radicales. El trabajo de la Oficina de Investigaciones Municipales (Bureau of Municipal Research), en Nueva York, tenía un objeto práctico similar. Hay que añadir el trabajo realizado por las exposiciones sobre la protección de la infancia, las encuestas sociales emprendidas en diferentes regiones del país y una propaganda semejante a favor de la salud pública.

En las sociedades basadas en relaciones secundarias —las grandes ciudades son un tipo— la opinión pública como fuente de control social se convierte en un factor importante. En la ciudad, cualquier grupo social tiende a crear su propio medio y una vez se estabilizan las condiciones, las costumbres tienden a adaptarse a ellas.

En los grupos secundarios y en la ciudad, la moda tiende a reemplazar la costumbre, y la opinión pública pasa a ser, antes que las costumbres, un factor dominante del control social.

Es importante que todo intento de comprender la naturaleza de la opinión pública y la relación que mantiene con el control social comience por el análisis de los organismos y mecanismos que se articulan para controlarla, ilustrarla y utilizarla.

La prensa es el primero y el más importante de esos instrumentos —esto es, los diarios y otras formas de literatura corriente, incluyendo publicaciones de gran difusión⁵².

Aparte de los periódicos, las oficinas de investigación que están actualmente surgiendo en todas las grandes ciudades constituyen los dispositivos más interesantes y prometedores en cuanto a la utilización de la publicidad como instrumento de control.

Los resultados de esas investigaciones no llegan al público directamente, pero son difundidos por la prensa, el púlpito y otras fuentes de información popular.

Añadamos a esto las campañas educativas cuyo interés consiste en mejorar las condiciones sanitarias, las exposiciones para la asistencia infantil y los numerosos medios de «propaganda social» empleados hoy día, sea a iniciativa de sociedades privadas, sea a iniciativa de revistas populares y de diarios que tratan de educar al público y reclutar a las masas populares en el movimiento de mejora de las condiciones de vida comunitarias.

El periódico es el gran medio de comunicación en la ciudad, y las informaciones que ofrece forman la base sobre la que descansa la opinión pública. La primera función de la prensa es que sustituye lo que anteriormente era realizado por el rumor de la aldea.

Sin embargo, a pesar la constancia con que los periódicos persiguen informaciones de carácter personal y hechos de interés humano, no pueden competir con los chismes de la aldea como instrumento de control social. En primer lugar, el diario mantiene ciertas reservas sobre todo lo que se refiere a noticias personales, mientras que el rumor no se impone tal discreción. Por ejemplo, la vida privada de un hombre o de una mujer, hasta que no compiten por algún cargo oficial o cometen algún acto que les sitúe en primer plano ante el público, es un tema tabú para el periódico. Esto no sucede con el rumor, en parte porque en una pequeña comunidad ningún individuo está suficientemente resguardado para que sus asuntos privados escapen a la observación y a la discusión; en parte también porque el ámbito es más reducido. En las pequeñas comunidades hay siempre una cantidad asombrosa de informaciones personales que circulan entre los individuos que la componen.

La ausencia de todo esto en la ciudad es, en buena medida, lo que la define.

Algunas cuestiones que surgen a propósito de la naturaleza y la función de la prensa y de la publicidad en general son:

52. Cf. J. Bryce, *The American Commonwealth*, p. 267.

- ¿Qué es una noticia?
- ¿Cuáles son los métodos y las motivaciones del periodista? ¿Son similares a los del artista, a los del historiador o simplemente a los de un comerciante?
- ¿En qué medida el periódico ejerce un control sobre la opinión pública? ¿En qué medida está controlado por ella?
- ¿Qué es un «montaje» y por qué?
- ¿Qué es el periodismo amarillo y a qué responde?
- ¿Cuáles serían las consecuencias de un monopolio municipal de los periódicos?
- ¿Cuál es la diferencia entre publicidad y noticia?

IV. El temperamento y el medio urbano

Las grandes ciudades siempre han sido crisoles de razas y de culturas. De las interacciones sutiles e intensas de las que han constituido el centro, han nacido nuevos tipos sociales y nuevas razas. Las grandes ciudades de los Estados Unidos, por ejemplo, han sacado del aislamiento de sus aldeas nativas a enormes masas de poblaciones rurales de Europa y de América. Bajo el impacto de esos nuevos contactos, las energías latentes de esos pueblos primitivos han sido liberadas y los procesos más sutiles de interacción han producido no sólo diferentes tipos profesionales sino también distintos tipos de temperamento.

La movilización del individuo

Los transportes y las comunicaciones han provocado, entre otras modificaciones silenciosas pero profundas, lo que he denominado «la movilización del individuo». Los medios de transporte y comunicación han multiplicado para el individuo las oportunidades de contacto y de asociación con sus semejantes, pero han vuelto esos contactos y relaciones más transitorios e inestables. Una gran parte de la población de las grandes ciudades, incluidos los que residen en apartamentos o en casas de vecindad, viven más bien como si de un hotel se tratase, encontrándose pero sin conocerse entre ellos. De ahí deriva que las relaciones formales y ocasionales sustituyan a las estrechas y permanentes relaciones de la pequeña comunidad.

En esas circunstancias, la posición social de un individuo está determinada en un grado considerable por signos convencionales—por la moda y la «presentación»—y todo el arte de la vida se reduce esencialmente a deslizarse sobre superficies quebradizas y al estudio escrupuloso de los estilos y maneras.

No sólo los transportes y las comunicaciones, sino también la segregación de la población urbana tiende a facilitar la movilidad de los individuos. Los procesos de segregación instauran distancias morales que convierten la ciudad en un mosaico de pequeños mundos que se tocan sin llegar a penetrarse. Esto hace posible que los individuos pasen rápida y fácilmente de un medio moral a otro y alienta la fascinante aunque peligrosa experiencia de vivir al mismo tiempo en mundos

diferentes y contiguos, pero por lo demás completamente separados. Todo eso tiende a conferir a la vida urbana un carácter superficial y casual, a complicar las relaciones sociales, y a producir nuevos y divergentes tipos de individuos. Esto introduce al mismo tiempo un elemento de azar y de aventura que se añade a la excitación de la vida urbana y le otorga un atractivo particular para los temperamentos jóvenes y fogosos. El señuelo de las grandes ciudades es quizá consecuencia de estimulaciones que actúan directamente sobre los reflejos. Observamos ahí un tipo de comportamiento humano que puede explicarse como la atracción que ejerce la llama sobre la mariposa, como una especie de tropismo.

No obstante, la atracción ejercida por la metrópoli se debe en parte al hecho de que a largo plazo todo individuo encuentra en algún lugar, entre la variadas manifestaciones de la vida urbana, el tipo de ambiente en el que se desarrolla con plenitud y se siente a gusto; en una palabra, encuentra el clima moral en el que su naturaleza particular obtiene los estímulos que confieren una expresión plena y libre a sus disposiciones innatas. Entiendo que las motivaciones de este género nada tienen que ver con el interés, ni siquiera con el sentimiento, sino que se apoyan sobre algo más fundamental y más primitivo que atrae a la mayoría de hombres y mujeres jóvenes, y les empuja a dejar la seguridad de su hogar en el campo para incorporarse a la enorme confusión y agitación de la vida urbana. En una pequeña comunidad, el hombre normal, el hombre sin talento y sin excentricidad, es el que dispone de más ocasiones de triunfar. La pequeña comunidad tolera a menudo la excentricidad; la gran ciudad, en cambio, la recompensa. Ni el criminal, ni el anormal, ni el hombre de talento tienen, en una pequeña ciudad, las mismas oportunidades de desarrollar sus disposiciones innatas que, sin embargo, encuentran siempre en una gran ciudad.

Hace unos cincuenta años, cada aldea tenía uno o dos tipos excéntricos que normalmente eran tratados con cierta condescendencia aunque, por lo demás, eran considerados como extraños e imposibles. Esos individuos extraordinarios llevaban una existencia retirada y por el mismo hecho de su excentricidad, genial o anormal, no tenían ningún intercambio verdaderamente íntimo con sus semejantes. Si tenían madera de criminal, las coacciones y las inhibiciones de la pequeña comunidad les mantenían inofensivos. Si, en cambio, apuntaban talento, permanecían estériles por falta de aprecio o de ocasión. La historia de *Pudd'n Head Wilson*, de Mark Twain, es la descripción de un genio de este tipo, oscuro y desconocido. Ante el nacimiento de la metrópoli moderna, nada tan cierto como eso que Gray escribió en *Elegy in a Country Churchyard*.

*Más de una flor brota con belleza secreta
Y consume su fragancia en el aire desierto.*

En la ciudad, muchos desviados de este tipo encuentran ahora un medio en el que, para bien o para mal, sus disposiciones y sus talentos alumbran y dan fruto.

En el estudio de este tipo de temperamentos excepcionales que la ciudad ha producido, deberíamos intentar distinguir, tanto como sea posible, las cualidades

intelectuales abstractas sobre las que se funda el mérito técnico y las características más fundamentales e innatas que se expresan en el carácter. Por lo tanto, podemos preguntarnos:

- ¿En qué medida las cualidades morales de los individuos están basadas en un carácter innato? ¿Hasta qué punto se trata de hábitos convencionales que se les impone o que derivan del grupo?
- ¿Cuáles son las cualidades innatas que sirven de fundamento a eso que es admitido y reconocido por convención como moral e inmoral por el grupo?
- ¿Cuál es el vínculo o cuál es la diferencia que parece existir entre las cualidades morales y mentales en los grupos y en los individuos que los componen?
- ¿Son los criminales, por regla general, menos inteligentes que los no criminales? Si es así, ¿cuál es el tipo de inteligencia asociado a los diferentes tipos de delito? Por ejemplo, ¿representa el ladrón profesional un tipo mental diferente del estafador?
- ¿Cuáles son los efectos del aislamiento y de la movilidad, de los estímulos y de la represión sobre estos diferentes tipos?
- ¿En qué medida los parques de juego y otras formas de recreo ofrecen una estimulación susceptible de sustituir de otro modo a los placeres del vicio?
- ¿En qué medida la orientación profesional puede ayudar a los individuos a encontrar una ocupación en la que expresar con libertad las cualidades de su temperamento?

La región moral

Es inevitable que los individuos que buscan las mismas emociones, ya se trate de una carrera de caballos o de una gran ópera, se encuentren de un tiempo a otro en los mismos lugares. Como consecuencia, en la organización espontánea de la vida urbana, la población tiende por sí misma a segregarse, no sólo en virtud de sus intereses, sino también de acuerdo con sus gustos y sus temperamentos. La distribución de la población resultante puede ser por completo diferente de la que producen las condiciones económicas y los intereses profesionales.

Bajo la influencia de las fuerzas que actúan en la distribución y segregación de la población urbana, cada barrio pueda asumir el carácter de una «región moral». Tales son, por ejemplo, las áreas de vicio* que encontramos en la mayoría de ciudades. Una región moral no es necesariamente un lugar donde se reside: puede ser un simple lugar de cita, un sitio de encuentro o reunión.

Con el fin de comprender las fuerzas que en toda gran ciudad tienden a desarrollar esos ambientes distintos donde las pulsiones errantes o contenidas, las pasiones y los ideales se emancipan del orden moral vigente, es indispensable referirse al fenómeno o a la teoría de las pulsiones latentes en el hombre.

* En el original, *vice district* (áreas de vicio), que en español denominamos «barrio chino», es decir, no un sector urbano habitado por población asiática, sino un área donde se dan cita actividades y grupos marginales y delictivos, desde la prostitución al tráfico y consumo de drogas, etc.

Parece ser que los hombres vienen al mundo con todas sus pasiones, instintos y apetitos incontrolados e indisciplinados. La civilización, en pro del bienestar común, exige que esas predisposiciones salvajes y naturales sean a veces ahogadas y siempre controladas. Al imponer su disciplina a los individuos, al conformarlos según el modelo admitido en la comunidad, la civilización inhibe al mismo tiempo un gran número de pulsiones y muchas más encuentran una expresión vicaria en formas socialmente aceptables o al menos inocuas. En este punto funcionan el deporte, el juego y el arte. Estas formas permiten al individuo purificarse mediante la expresión simbólica de sus pulsiones salvajes y contenidas. Se trata de la 'catarsis' de la que Aristóteles escribió en su *Poética* y que a partir de las investigaciones de Sigmund Freud y los psicoanalistas ha asumido un nuevo significado más positivo.

No hay ninguna duda de que otros fenómenos sociales, como las huelgas, las guerras, las elecciones populares, los «despertares religiosos» desempeñan una función similar al aliviar las tensiones subconscientes. Pero, dentro de comunidades más reducidas donde las relaciones sociales son más estrechas y las inhibiciones demasiado imperativas, muchos individuos excepcionales no pueden encontrar, en los límites de la actividad comunitaria un modo normal y sano de expresar sus aptitudes y sus temperamentos particulares.

Las causas que originan eso que hemos designado como «regiones morales» se deben en parte a las coacciones impuestas por la vida urbana, y en parte también a la licencia que proporcionan estas condiciones. Hasta una época muy reciente, hemos tomado en consideración las tentaciones de la vida urbana, pero no hemos acordado la misma atención a los efectos de la inhibición y de la represión de las pulsiones naturales y de los instintos bajo las condiciones fluctuantes de la vida metropolitana. En primer lugar, los menores, que en el campo son contabilizados como un activo, se convierten en la ciudad en un pasivo. Además de estas consideraciones, es mucho más difícil construir una familia en la ciudad que en la granja. En la ciudad el matrimonio es más tardío e incluso a veces no se llega a contraer. Esos fenómenos tienen una importancia cuyo valor somos incapaces de apreciar por completo.

La investigación de estos problemas podría comenzar por el estudio y la comparación de los tipos característicos de organización social que existen en las regiones a las que hemos aludido.

- ¿Cuáles son los aspectos exteriores de la vida en un barrio bohemio, de un barrio extraño, de un barrio de prostíbulos y de otras «regiones morales» cuya carácter es menos pronunciado?
- ¿Cuál es la naturaleza de las ocupaciones vinculadas a la vida cotidiana de esas regiones? ¿Cuáles son los tipos mentales característicos atraídos por la libertad que ofrecen?
- ¿Cómo se introducen los individuos en esas regiones y cómo salen de ellas?
- ¿Hasta qué punto se puede considerar que esas regiones son el producto de la libertad? ¿Hasta qué punto son el resultado de las coacciones que la vida urbana impone a la naturaleza del hombre?

Temperamento y contagio social

Lo que proporciona una importancia particular a la segregación de los pobres, de los viciosos, de los criminales y de personalidades excepcionales en general – segregación que es un rasgo característico de la vida urbana– es el hecho de que el contagio social tiende a estimular en diversos tipos las simples diferencias temperamentales comunes y a borrar los rasgos que les acercan a los tipos normales de su círculo. La asociación con otros individuos de la misma condición no sólo les proporciona un estímulo sino también un sostén moral para los rasgos que comparten y que no encontrarían en una sociedad menos selecta. En la gran ciudad, la promiscuidad malsana y contagiosa en la que viven el indigente, el vicioso y el delincuente hace que se reproduzcan indefinidamente, en cuerpo y alma, y a menudo puede pensarse que la amplia genealogía de los Jukes* y las tribus de Ismael no habrían presentado tal regularidad desesperante y desoladora en el vicio, el crimen y la pobreza si no se hubieran adaptado peculiarmente al entorno en el que están condenadas a existir.

Debemos aceptar esas «regiones morales» y los individuos más o menos excéntricos y excepcionales que allí habitan como parte, al menos en cierto sentido, de la vida natural de la ciudad, si no de su vida normal.

No es necesario considerar que la expresión «región moral» alude a un lugar o medio forzosamente criminal o anormal. Es un término que hay que aplicar más bien a las áreas donde prevalece un código moral divergente pues son regiones donde los individuos que allí habitan son dominados –más de lo que sería normal– por un gusto, una pasión o algún interés que se arraiga directamente en la naturaleza original del individuo. Puede tratarse de un arte como la música, o de un deporte como la hípica... Una región de este tipo se diferencia de otras agrupaciones sociales por el hecho de que sus intereses son más inmediatos y más profundos. Por eso sus diferencias se deben con toda probabilidad a un aislamiento moral más que intelectual.

Por las oportunidades que ofrece, en particular a los tipos humanos excepcionales o anormales, una gran ciudad tiende a desplegar y a descubrir ante el público, de forma masiva, todos los rasgos y caracteres de la naturaleza humana normalmente oscurecidos y contenidos en las comunidades más pequeñas. En una palabra, la ciudad muestra el bien y el mal de la naturaleza humana, pero de manera excesiva. Quizás esto, mejor que otra cosa, justifica la idea según la cual la ciudad es un laboratorio o clínica donde la naturaleza humana y los procesos sociales pueden ser oportuna y provechosamente estudiados.

* N. del T. Tal como recogen en su edición francesa Yves Grafmeyer e Isaac Joseph, el nombre imaginario de Jukes corresponde a una familia estudiada por Richard L. Dugdale donde se analizaban las tendencias de cariz hereditario hacia el crimen, la inmoralidad, la pobreza o la enfermedad. Cf. *L'École de Chicago*, p. 130.

2. El espíritu del *hobo*: reflexiones sobre la relación entre mentalidad y movilidad*

En la jerarquía evolutiva, tal como Herbert Spencer nos ha mostrado, los animales ocupan una posición superior a la de las plantas. Sin embargo, a pesar del progreso representado en ese largo camino que va de la ameba hasta el hombre, todavía es cierto que la criatura humana conserva bastante del mundo vegetal. Esto es evidente en lo que se refiere al irresistible apego del hombre hacia los lugares y sus características; en la incorregible e irracional ambición del hombre (y en particular de las mujeres) por poseer un hogar –alguna cueva, choza o piso– donde vivir y vegetar; algún agujero o rincón seguro desde el que salir cada mañana y regresar cada noche.

Mientras el hombre está, pues, unido a la tierra y a sus lugares, mientras la nostalgia y la morriña hagan presa de él y susciten inevitablemente el regreso a los sitios familiares y a los lugares que conoce bien, nunca realizará plenamente otras ambiciones características de la humanidad, a saber: moverse libremente y sin límites sobre la superficie de las cosas mundanas y vivir, como puro espíritu, en su conciencia y en su imaginación.

Menciono estas cosas meramente para enfatizar un único punto, a saber: que la conciencia no es sino un incidente de la locomoción. El primer y más convincente indicio de la existencia de la mente no es tanto el movimiento sino, como he dicho ya, la locomoción. Las plantas no poseen locomoción, no pueden moverse a través del espacio; responden más o menos a los estímulos, aunque no tengan nervios, pero no se mueven en el espacio, al menos no por sí mismas. Y cuando se mueven, lo hacen sin meta, sin destino, pues carecen de imaginación.

Ahora bien, lo característico de los animales es que pueden cambiar de lugares, y de hecho lo hacen. La capacidad para hacer esto implica que no sólo son capaces de mover la cola o alguna extremidad, sino que pueden coordinar y movilizar el conjunto del organismo en la ejecución de un simple acto. Lo que de ordinario entendemos por mente no es sino es un órgano de control; no se trata tanto de iniciar nuevos movimientos como de coordinar impulsos y movilizar el organismo para la acción. Precisamente por ese órgano, en su aspecto sustantivo, existe nuestra disposición a actuar; en otros términos, nuestros instintos y actitudes.

* Publicado originalmente en 1923 bajo el título «The Mind of the Rover», en *World Tomorrow*, 6, p. 269-270; después fue retitulado como «The Mind of the Hobo: Reflections upon the Relation between Mentality and Locomotion» e incorporado al volumen *The City* (1925), p. 156-160; y con posterioridad, a cargo de E. Hughes, Redfield, Wirth *et al.* en el segundo volumen de *Collected Papers of Robert Ezra Park* centrado en sus trabajos sobre la ciudad y la ecología humana *Human Communities*, p. 91-95.

La actividad mental comienza en la periferia con estímulos que preceden a la acción, si bien se vierten finalmente en ella. Pero la mente, en el aspecto verbal y transitivo, es un proceso por el cual, como hemos dicho, «ponemos la atención en algo» o la cambiamos; es un proceso por el cual definimos la dirección hacia la que pensamos ir y situamos en la imaginación la meta que deseamos alcanzar.

Las plantas cumplen, aparentemente, todo los procesos metabólicos que son característicos de los animales –de hecho, esto es lo que entendemos por procesos vegetativos– pero ellas no van a ninguna parte. Si las plantas tuvieran conciencia, tal como algunos individuos creen, debería ser del tipo vegetativo y meditativo, característico de aquellos místicos que completamente olvidados del mundo activo, estaban absortos en la contemplación de sus propios procesos interiores. Pero lo peculiar del animal y de otros animales superiores –en realidad, cualquier cosa por encima de la ostra– es que están hechos para la locomoción y para la acción. Es más, en el proceso de locomoción –que incluye el cambio de escena y el cambio de posición– los hombres son capaces de desarrollar aquellas aptitudes mentales más características, esto es, la destreza para el pensamiento abstracto y su hábito.

También es en la locomoción donde se desarrolla el tipo peculiar de organización que llamamos «social». Lo particular de un organismo social –si podemos llamarlo ‘organismo’– es el hecho de que está compuesto de individuos capaces de locomoción independiente. Si la sociedad fuera un organismo en sentido biológico, como algunos individuos han llegado a concebirla; si estuviera instituida de pequeñas células ordenada y firmemente contenidas en un tegumento externo o piel, donde todas las células estuvieran tan controladas y protegidas que ninguna tuviera la oportunidad de aventura o de nuevas experiencias, no sería necesario para los hombres en sociedad tener conciencia puesto que ellos son sociales, y no porque sean similares sino porque son diferentes. Están impelidos a actuar por objetivos individuales pero, obrando así, realizan un fin común; sus impulsos son privados pero sus acciones son públicas.

En vista de todo esto podemos perfectamente preguntarnos cuál puede ser el problema de la mentalidad del vagabundo (*hobo*)*. ¿Por qué razón, con todas esas experiencias tan variadas, sus días transcurren tan monótonos? ¿Por qué, con tanto tiempo ocioso, disponen de tan escasa filosofía? ¿Por qué, con todo ese amplio conocimiento de regiones, de hombres y de ciudades, con esa vida errante y en los tugurios, sólo ha sido capaz de contribuir en muy escasa medida a nuestro conocimiento real sobre la vida?

Ni siquiera necesitamos una pausa para responder. El problema con la mentalidad del *hobo* no es la falta de experiencia sino la falta de ocupación. El *hobo* está con toda seguridad en continuo movimiento, pero carece de destino, y

* N. del T. La voz «*hobo*» designa en inglés al vagabundo y al trabajador temporal; ese es, en lo esencial, su significado. Ahora bien, en el título de este artículo, a lo largo del texto y en otros artículos aquí presentados se ha mantenido ocasionalmente la grafía inglesa para facilitar la comprensión de algunos juegos de palabras como, por ejemplo, «hobohemia»: el sector urbano donde ese tipo social lleva una existencia bohemia, en su día objeto de la investigación sociológica realizada por Nels Anderson.

naturalmente, jamás llega a ningún lugar. El deseo de vagar, que constituye la expresión más elemental del temperamento romántico y del interés romántico por la vida, ha asumido para él —como para otros más— un cierto carácter de vicio. El vagabundo ha ganado su libertad pero ha perdido su dirección. El continuo movimiento y el cambio de escena no han tenido para él ningún otro significado ulterior: el movimiento es un fin por sí mismo. La inquietud y el impulso de escapar de la rutina de la vida ordinaria, que en el caso de otros marca con frecuencia el principio de alguna nueva empresa, se agotan para él en movimientos meramente expresivos. El vagabundo desea cambiar únicamente por amor al cambio; es un hábito y como la adicción a una droga, se mueve en un círculo vicioso: cuanto más vagabundea, más debe hacerlo. Sólo situando la cuestión en otro sentido puede decirse que la dificultad con el vagabundo —tal como Nels Anderson ha indicado en su reciente obra, *The Hobo*— es que se trata de un individualista. El *hobo* ha sacrificado la necesidad humana de asociación y organización a su pasión romántica de libertad individual. Por supuesto, la sociedad está compuesta de individuos independientes capaces de movimiento autónomo. De hecho, la locomoción, como he dicho, define la naturaleza de la sociedad misma. Pero a fin de asegurar la permanencia y el progreso de la sociedad, los individuos que la componen deben estar localizados. Han de estarlo por una razón: para mantener la comunicación, pues sólo a través de ésta el equilibrio dinámico que llamamos sociedad puede ser preservado.

Todas las formas de asociación entre los seres humanos descansan en definitiva en la localidad y en la asociación local. Los extraordinarios medios de comunicación que caracterizan a la moderna sociedad —el periódico, la radio y el teléfono— son simplemente mecanismos para preservar esta permanencia de la localización y de las funciones en los grupos sociales, en relación con la mayor movilidad y libertad posibles de sus miembros.

El *hobo*, que comienza su carrera rompiendo los vínculos locales que le ligaban a su familia y a su vecindario, ha terminado rompiendo con todas las demás asociaciones. No es sólo un «sin techo», sino un hombre sin causa y apátrida. Y esto acentúa la importancia, sin embargo inútil, de los esfuerzos de hombres como James Eads para establecer centros para el vagabundo en diferentes partes del país: lugares donde estos individuos puedan encontrarse para intercambiar experiencias, discutir sus problemas y todos los problemas de la sociedad; lugares, también, en los que puedan mantener algún tipo de existencia colectiva y encontrarse e intercambiar perspectivas con el resto del mundo sobre una cierta base igualitaria y con la esperanza de comprensión.

Lo mismo puede decirse de los Trabajadores Industriales del Mundo (Industrial Workers of the World), la única organización laboral que de forma constante ha tratado y hasta cierto punto ha logrado organizar el elemento inorganizable entre los trabajadores, a saber, los trabajadores ocasionales y temporales. La tendencia de sus esfuerzos para organizar al *hobo* en sus propios intereses ha sido, hasta donde lo han logrado, la de proporcionarle lo que más necesitaba, a saber: una conciencia de grupo, una causa y una posición reconocida en la sociedad.

Si no se ha logrado es debido en parte al hecho de que un amplísimo sector de la industria moderna se organiza de tal modo que inevitablemente favorece el uso creciente del trabajo ocasional. Por otra parte, también se debe al hecho de que el vagabundo, en la medida que representa un tipo congénito, encuentra en el trabajo temporal y ocasional un tipo de ocupación coherente con su temperamento, pues el *hobo* es el bohemio en las filas del trabajo colectivo. Posee un temperamento artístico. Aparte del indispensable trabajo de sus manos, la única contribución que ha hecho al fondo común permanente de nuestra experiencia, lo que llamamos nuestra cultura, ha sido su poesía. Resulta un hecho interesante que buena parte de su mejor poesía haya sido elaborada en la cárcel. Durante los períodos de obligada quietud, cuando no podía moverse, el *hobo* ha desahogado su habitual agitación en canciones o cantos de protesta, himnos de la rebelde I.W.W., pequeñas baladas trágicas que describen sus penalidades y tragedias vitales a lo largo del camino.

Ha habido muchos poetas vagabundos. El más famoso de ellos, Walt Whitman, reflejaba la inquietud, la rebeldía y el individualismo del espíritu del *hobo* no sólo en el contenido sino también en la anarquía de sus versos.

*• Qué supones que ha de satisfacer el alma
sino el caminar libre y no reconocer dueño.*

Nada puede expresar mejor el espíritu de la vieja frontera, que ha servido para caracterizar las instituciones y las costumbres norteamericanas más que cualquier otro rasgo de la vida de este país. El *hobo* es de hecho un tardío hombre de la frontera, un pionero en una época y en un lugar donde la frontera está desapareciendo, si no hace ya mucho que dejó de existir.

3. La comunidad urbana como modelo espacial y orden social*

Hace unos treinta años, el profesor Eugenius Warming, de Copenhague, publicó una pequeña obra titulada *Las comunidades vegetales (Plantesamfund)*. Sus observaciones llamaban la atención sobre el hecho de que diferentes especies vegetales tendían a formar agrupaciones permanentes que él denominaba «comunidades». Consideraba así que las comunidades vegetales mostraban muchos rasgos de los organismos vivos. Progresivamente nacían, sufrían ciertas modificaciones características antes de ser finalmente destruidas y reemplazadas por otras comunidades de muy distinto tipo. Esas observaciones sirvieron más tarde de punto de partida para una serie de investigaciones que se han convertido después en algo familiar para todos nosotros bajo el nombre de «ecología».

La ecología, en la medida que trata de describir la distribución real de las plantas y de los animales sobre la superficie terrestre es, en un sentido preciso, una ciencia geográfica. Sin embargo, la «ecología humana», tal como los sociólogos pretenden usar el término, no es idéntica a la geografía, ni siquiera se confunde con la geografía humana. (Lo que nos interesa es la comunidad más que el hombre, sus interrelaciones antes que su relación con el suelo sobre el que habita.)

Dentro de los límites de toda área natural, la distribución de la población tiende a asumir un modelo definido y típico. Cada grupo social muestra una configuración más o menos definida de sus componentes individuales. La forma que adopta esta configuración, en otros términos, la posición de los individuos con respecto a los otros en la comunidad constituye –en la medida que esta posición puede ser descrita en términos generales– lo que Durkheim y su escuela llaman el aspecto morfológico de la sociedad⁵³.

* Publicado originalmente en 1925 como «The Concept of Position in Sociology», *Publications of the American Sociological Society*, 20 (julio), p. 1-14. Retitulado como «The Urban Community as a Spatial Pattern and a Moral Order» en *The Urban Communities* (1926) p. 3-18, editado por E.W. Burgess. Con este último título aparece en *Human Communities (The City and Human Ecology)*, p. 165-177.

53. Probablemente los geógrafos no están demasiado interesados por la morfología social como tal; en cambio, sí lo están los sociólogos. Al igual que los historiadores, los geógrafos han estado tradicionalmente más interesados en lo concreto que en lo que es típico. ¿Dónde están realmente situadas las cosas? ¿Qué ha sucedido en realidad? Éstas son las cuestiones a las que pretenden responder la geografía y la historia. Vid. M. Lucien Febvre, *An Introduction to Geographical History*.

La ecología humana, tal como la conciben los sociólogos, pretende enfatizar no tanto la geografía como el espacio. Dado que en sociedad no sólo vivimos juntos sino que al mismo tiempo vivimos aislados los unos de los otros, las relaciones humanas pueden ser siempre analizadas, con mayor o menor precisión, en términos de distancia. En la medida en que una estructura social puede ser definida en términos de posición, los cambios sociales pueden ser descritos en términos de movimiento; y la sociedad muestra, en cierto aspecto, características que pueden ser consideradas y descritas mediante fórmulas matemáticas.

Las comunidades locales pueden compararse haciendo referencia a las áreas que ocupan respectivamente y a la densidad relativa de población en dichas zonas. Sin embargo, las comunidades no son meros agregados de población: las ciudades, y en particular las grandes ciudades, donde la selección y la segregación están más acusadas, presentan ciertas características morfológicas que no se encuentran en agregados de población más pequeños.

Uno de los efectos del tamaño es la diversidad. Siendo otros aspectos iguales, una comunidad extensa poseerá una división del trabajo más desarrollada. Hace algunos años, un análisis de los nombres de las personalidades que figuraban en el *Who's Who* indicaba que, en una gran ciudad (Chicago) había, además de los 509 oficios reseñados en el censo, otras 116 ocupaciones clasificadas como profesiones. El número de profesiones que para ser ejercidas requieren una formación especial y científica constituye un indicador y una medida de la vida intelectual de la comunidad. Ésta no se mide simplemente por el nivel escolar medio de los ciudadanos, ni siquiera por el cociente intelectual colectivo, sino más bien por el grado de aplicación de métodos racionales en la resolución de los problemas comunitarios –salud, industria y control social, por ejemplo.

Una de las razones que explican por qué las ciudades han sido siempre centros de la vida intelectual es que ellas no sólo han hecho posible sino que han fomentado la individualización y la diversificación de las tareas. La inmensa cooperación que la civilización exige sólo puede mantenerse si cada individuo tiene la posibilidad y la obligación de centrar su atención sobre un sector particular de la experiencia humana, si aprende a concentrar sus esfuerzos sobre un segmento reducido del trabajo colectivo.

En una sugerente e interesante comunicación leída ante la Sociedad Sociológica Americana, durante su reunión en Washington en 1922, el profesor Burgess esbozó los procesos implicados en el crecimiento de las ciudades. Habitualmente el crecimiento urbano ha sido descrito en términos de una extensión territorial y de un incremento numérico. La ciudad misma ha sido identificada con un área administrativa, la municipalidad; pero la ciudad que nos ocupa aquí no es una entidad formal y administrativa: más bien constituye el producto de fuerzas naturales que extienden sus propios confines más o menos independientemente de los límites que son impuestos por razones políticas o administrativas. Resulta un hecho admitido que, en todo estudio exhaustivo de la ciudad como unidad económica o social, se estima necesario tener en cuenta los límites urbanos naturales más que los límites oficiales. Así, en los estudios de planificación urbana

de la ciudad de Nueva York realizados bajo la dirección de la Fundación Rusell Sage, la ciudad neoyorquina se extiende sobre un territorio de unas 5.500 millas cuadradas y comprende aproximadamente un centenar de unidades administrativas menores, ciudades y villas, con una población de 9 millones de habitantes.

Hemos concebido el crecimiento urbano como si estuviese conformado por una simple agregación; sin embargo, un incremento de población en un punto cualquiera dentro del área urbana se refleja y deja sentirse inevitablemente en todas las otras partes de la ciudad. En qué medida un cierto crecimiento de población en un sector de la ciudad puede producir efectos sobre el resto dependerá esencialmente de las características del sistema local de transporte. Toda extensión y multiplicación de los medios de transporte que enlazan el centro urbano con la periferia tiende a aumentar el volumen y la frecuencia de los desplazamientos en dirección al centro de negocios. Esto incrementa la congestión del centro y, eventualmente, provoca un aumento de la altura de los inmuebles de oficinas así como del valor del suelo donde se localizan. La influencia de los valores del suelo en el centro de negocios se extiende desde este punto central hacia todos los demás sectores de la ciudad, irradiándolos. Si el crecimiento del centro es rápido, el diámetro de la zona reservada a la especulación aumenta por todos lados. Los bienes inmuebles retenidos especulativamente son con frecuencia abandonados a su suerte y asumen con facilidad los rasgos de un barrio bajo; es decir, constituyen un área de población ocasional y transeúnte, de inmundicia y de desorden, «*de misiones y de almas perdidas*». Esos sectores desatendidos, a veces incluso abandonados, son el primer lugar donde los inmigrantes se establecen. Ahí es donde encontramos nuestros guetos, a veces nuestros barrios bohemios y nuestros Greenwich Village en los que artistas y radicales buscan refugio contra el fundamentalismo, las misiones rotarias* y, en general, contra las limitaciones y las coacciones de un mundo filisteo. Toda gran ciudad suele tener su Greenwich Village del mismo modo que suele tener su Wall Street.

El crecimiento urbano no implica sólo un incremento numérico, sino que trae consigo también una serie de cambios y movimientos inevitablemente asociados a los esfuerzos de cada individuo para encontrar su lugar en la inmensa complejidad de la vida urbana. El desarrollo de nuevas áreas, la multiplicación de ocupaciones y de profesiones, el aumento de los valores inmobiliarios que la expansión urbana conlleva, son aspectos implicados en el proceso de crecimiento de la ciudad y pueden ser evaluados en términos de un cambio de posición de los individuos en relación a los otros y a la comunidad en su conjunto. Por ejemplo, se puede considerar la relación del valor del suelo y la movilidad de la población: los valores inmobiliarios más elevados se encuentran en aquellos puntos por donde pasa un mayor número de gente al cabo del día.

* N. del T. Se refiere a las actividades procomunitarias de los círculos rotarios (antes Rotary Club, hoy Organización Internacional de Rotarios), establecidos desde 1905 en Chicago. Sus «selectos» miembros acceden por invitación y fundamentalmente forman parte de las categorías profesionales y empresariales.

La comunidad, a diferencia de los individuos que la componen, tiene una duración de vida indefinida. Sabemos que las comunidades nacen, se desarrollan, alcanzan su plenitud durante un tiempo y después declinan. Esto es cierto tanto en las sociedades humanas como en las comunidades vegetales. Hasta ahora no conocemos con precisión el ritmo de estos cambios, si bien sabemos que la comunidad sobrevive a los individuos que la componen, y esta es una de las razones del conflicto, inevitable y eterno, al parecer, entre los intereses del individuo y los de la comunidad. Esta es una de las razones por las que el mantenimiento del orden resulta más costoso en una ciudad en desarrollo que en una ciudad estacionaria o que declina.

Cada nueva generación debe aprender a acomodarse a un orden definido y mantenido principalmente por la generación anterior. Toda sociedad impone a sus miembros una cierta disciplina; los individuos crecen, se integran en la vida de la comunidad y, finalmente se retiran y desaparecen. Pero la comunidad, junto al orden moral que encarna, continúa. La vida de una comunidad implica, pues, una especie de metabolismo. Constantemente está asimilando nuevos individuos así como elimina regularmente, por muerte o de otra manera, otros más viejos. Ahora bien, la asimilación no es un proceso sencillo y por encima de todo requiere tiempo.

El problema de la asimilación de los nativos es en verdad muy serio; se trata del problema de la educación de los niños en sus hogares, de los adolescentes en sus escuelas. Pero la asimilación de los inmigrantes adultos, su acomodo y lugar en la organización colectiva, es un asunto mucho más grave: se trata del problema de la educación de los adultos, que en estos últimos años hemos comenzado a considerar en toda su importancia.

Hay otro aspecto de la situación que apenas hemos atendido: existen grandes diferencias entre las comunidades cuyo crecimiento demográfico se debe al excedente de nacimientos sobre los decesos y aquellas otras en las que su crecimiento resulta de la inmigración. Allí donde el crecimiento responde a la inmigración el cambio social es necesariamente más acusado y rápido. Para empezar, los valores del suelo aumentan con mayor celeridad: la sustitución de edificios y maquinaria, el movimiento de la población, los cambios de actividad, el enriquecimiento y la pérdida de posición social se producen a un ritmo más rápido. La sociedad, en general, tiende a aproximarse a las condiciones que ahora reconocemos como propiamente características de la frontera.

Una sociedad donde se suceden importantes y rápidos cambios posee una gran necesidad de un tipo de educación pública de la que nos beneficiamos de ordinario a través de la prensa, de la conversación y de la discusión. Por otro lado, como la observación personal y la tradición, que constituyen el último soporte del sentido común y de las investigaciones más sistemáticas de la ciencia, no consiguen mantener el ritmo de los cambios, se produce ese fenómeno descrito por Ogburn como «retraso cultural» [*cultural lag*]. Nuestro conocimiento político y nuestro sentido común no llegan a seguir los cambios efectivos que tienen lugar en la vida corriente. En consecuencia, como el público tiene la sensación de ir a la deriva, las

promulgaciones legislativas se multiplican mientras que el control real se debilita. Así pues, cuando el público advierte la futilidad de las medidas legislativas se termina reclamando una intervención más radical, que se expresa en los mal definidos movimientos de masas, y que a menudo son simples muchedumbres violentas: por ejemplo, los linchamientos en los estados sureños y los disturbios raciales del norte.

En la medida en que estos desórdenes están en cierto sentido ligados a los desplazamientos de la población —como indican recientes investigaciones sobre los disturbios raciales y los linchamientos—, el estudio de eso que hemos descrito como «metabolismo social» puede proporcionar un indicador del fenómeno, si no una explicación.

Entre los efectos provocados por el crecimiento de la comunidad puede destacarse la selección social y la segregación de la población, y la creación de grupos sociales naturales, de un lado, y de áreas sociales naturales, de otro. Hemos tomado conciencia de este proceso de segregación a propósito de los inmigrantes y, en particular, en el caso de las llamadas «razas históricas», esto es, pueblos marcados por rasgos étnicos distintivos, se trate de inmigrantes o no. Las Chinatown, las Little Sicily y otros guetos familiares para los estudiosos de la vida urbana, constituyen tipos particulares de una especie más general de área natural que las condiciones y las tendencias de la vida urbana producen inevitablemente.

Tales segregaciones de población se abren paso, en primer lugar, sobre una base lingüística y cultural; en segundo lugar, sobre una base racial. Sin embargo, dentro de estas colonias de inmigrantes y de esos guetos tienen lugar inevitablemente otros procesos de selección que, a su vez, conducen a una segregación fundada sobre los intereses profesionales, la inteligencia y la ambición personal. De ahí resulta que la fracción más dinámica, enérgica y ambiciosa de la población de esos guetos y de esas colonias de inmigrantes los abandone rápidamente para instalarse en otras áreas de inmigrantes de segundo asentamiento, o quizá se instale en un sector cosmopolita donde inmigrantes y grupos étnicos diversos cohabitan. A medida que los vínculos raciales, lingüísticos y culturales se debilitan, los individuos que triunfan se mudan y terminan por encontrar eventualmente un lugar en el ámbito de los negocios o entre profesionales, integrándose en una población más antigua que ha dejado de identificarse con cualquier agrupación racial o lingüística. El hecho es que el cambio de ocupación, el logro personal o el fracaso —en definitiva, cambios de posición social o económica— tienden a traducirse en cambios de localización. A largo plazo, la organización física o ecológica de una comunidad responde y es una réplica de la organización de empleos y de la organización cultural. La selección social y la segregación que crean los grupos naturales, determinan así, al mismo tiempo, las áreas naturales de la ciudad.

La ciudad moderna difiere de la ciudad antigua en un punto importante: la ciudad antigua crecía en torno a una fortaleza; la ciudad moderna se desarrolla, en cambio, en torno al mercado. La ciudad antigua era el centro de una región relativamente autónoma donde la producción de bienes estaba destinada

principalmente al consumo doméstico, y no al comercio exterior de la comunidad local. La ciudad moderna, en cambio, constituye más bien el centro de una región de producción altamente especializada, con su correspondiente área comercial muy extensa. En estas circunstancias, el perfil de la ciudad moderna estará determinado por: (1) la geografía local; (2) las rutas de transporte.

La geografía local, modificada por los trazados ferroviarios y otros grandes medios de transporte, todos conectados invariablemente a las grandes industrias, nos proporciona las líneas fundamentales del plan urbano. Pero este esquema general probablemente está recubierto y modificado por una distribución diferente de la población y de las instituciones donde las áreas comerciales centrales conforman el núcleo. Dentro del mismo centro, ciertos tipos de establecimientos, tiendas, hoteles, teatros, comercios al por mayor, edificios de oficinas, bancos, etc. tienden a disponerse siguiendo modelos definidos y característicos, como si la posición de cada uno de esos negocios y de inmuebles en el sector estuviera fijado y determinado por su relación con los demás.

Además, en la periferia de la ciudad, los suburbios industriales y residenciales, las ciudades dormitorio y las ciudades satélite parecen encontrar, de manera casi natural e inevitable, su emplazamiento predeterminado. Dentro de la zona delimitada, de un lado, por el distrito central de negocios y, de otro, por los suburbios, la ciudad tiende a adoptar la configuración de una serie de círculos concéntricos. Estos distintos sectores, situados a diferentes distancias del centro, se caracterizan por grados desiguales de movilidad de la población.

El área de mayor movilidad, es decir, de movimiento y cambio de la población, es naturalmente el propio centro de negocios. Allí se encuentran los hoteles, las residencias para la población transeúnte. Salvo por el pequeño grupo de población que reside de forma permanente en esos hoteles, el centro comercial y de negocios, la ciudad *par excellence**, se vacía cada noche para llenarse cada mañana. Fuera del centro urbano, en sentido estricto, encontraremos los tugurios que dan morada a los trabajadores temporales. En el límite de estos barrios bajos probablemente hay sectores en proceso de degradación, caracterizados por sus áreas de residencias y pensiones para la bohemia, para toda clase de aventureros de paso y para una juventud inestable de ambos sexos. Más allá están los bloques de apartamentos, las áreas de pequeñas familias y de tiendas de ultramarinos; más allá, en fin, los sectores de pisos duplex y las casas individuales donde la gente aún es propietaria de su vivienda y donde educan a sus hijos, como también lo hacen, en verdad, en los barrios bajos.

En la actualidad, la comunidad urbana típica es mucho más compleja que lo que indica esta descripción, y existen variaciones características entre ciudades de diferente tamaño y tipo. Sin embargo, el punto esencial es que la comunidad tiende por doquier a conformarse de acuerdo con un modelo y ese modelo se presenta invariablemente como una constelación de áreas urbanas típicas, cada una de ellas geográficamente localizada y espacialmente definida.

* En francés en el original

Las áreas naturales constituyen el hábitat de los grupos naturales. Cada área urbana típica contiene posiblemente una selección característica del conjunto de la comunidad. En las grandes ciudades hay a menudo una divergencia sorprendente entre las maneras de ser, los modos de vida y las perspectivas generales de cada una de las áreas urbanas. La distribución por sexo y edad, quizá el indicador más significativo de la vida social, varía de forma llamativa de un área natural a otra. Hay sectores urbanos en los que apenas se encuentran niños, por ejemplo, en aquellos que están ocupados por hoteles residenciales. Hay regiones de la ciudad donde el número de niños es relativamente elevado —en los barrios bajos, en los suburbios residenciales de clase media donde se instalan jóvenes parejas tras su primer piso de recién casados en la ciudad. Otras áreas están ocupadas por solteros jóvenes de ambos sexos. Hay sectores en los que casi nadie vota, salvo en las elecciones nacionales; otros donde las tasas de divorcios son más elevadas que en cualquier otro estado de la Unión; otros, en cambio, donde no hay casi divorcios. Existen áreas invadidas por bandas juveniles y por asociaciones deportivas o políticas en las que a menudo se infiltran miembros de esas pandillas o la pandilla entera. Hay sectores donde la proporción de suicidios es excesiva, áreas donde las estadísticas ponen de manifiesto una abundante delincuencia juvenil y otras donde ésta es casi nula.

Todo esto subraya la importancia de la localización, de la posición y de la movilidad como criterios de evaluación, de descripción y, finalmente, de explicación de los fenómenos sociales. Bergson definía la movilidad como *«la idea que nos hacemos del movimiento cuando lo pensamos por sí mismo, cuando abstraemos, por así decirlo, la movilidad del movimiento»*. La movilidad mide el cambio y la desorganización sociales porque un cambio social entraña siempre un cambio de posición en el espacio y porque todo cambio social, incluso el que describimos como progreso, implica una cierta desorganización social. En el trabajo al que ya hicimos alusión, el profesor Burgess muestra que diversas formas de desorganización social parecen estar de algún modo ligadas a modificaciones de la vida urbana, ellas mismas mensurables en términos de movilidad. Todo eso nos anima a ir más lejos en nuestras especulaciones. Desde hace tiempo los estudiosos de la sociedad se muestran interesados en fenómenos que parecen estar íntimamente ligados a la posición, a la distribución y a los desplazamientos en el espacio, de modo que no es imposible que todo lo que de ordinario concebimos como social pueda ser eventualmente interpretado y descrito en términos de espacio y de cambios de posición de los individuos dentro de los límites de un área natural —es decir, dentro de los límites de un área de cooperación competitiva. En estas condiciones privilegiadas, todos los fenómenos sociales podrían ser objeto de evaluación, y la sociología se convertiría definitivamente en lo que algunas personas han deseado: en una rama de la estadística.

Tal esquema de descripción y explicación de los fenómenos sociales, si logra evitar una simplificación abusiva de los hechos, brinda sin duda una solución afortunada a algunos problemas lógicos y epistemológicos fundamentales de la sociología. Una vez reducida cualquier relación social a una relación espacial sería

posible aplicar a las relaciones humanas la lógica fundamental de las ciencias físicas. Los fenómenos sociales serían reducidos a movimientos elementales de los individuos, de la misma manera que los fenómenos físicos, las reacciones químicas y las cualidades de la materia, como el calor, el sonido y la electricidad, son reducidos a los movimientos elementales de las moléculas y de los átomos.

La dificultad reside en que en las teorías cinéticas de la materia se presume que los elementos permanecen inalterables. Eso es, por supuesto, lo que entendemos por 'elemento' y por 'elemental'. Puesto que los únicos cambios considerados por la ciencia física son los cambios en el espacio, todas las diferencias cualitativas se reducen a diferencias cuantitativas y eso las hace descriptibles, pues, en términos matemáticos. Ahora bien, en el caso de las relaciones humanas y sociales, las unidades elementales —es decir, los individuos, hombres y mujeres, que entran en esas diversas combinaciones— están notoriamente sometidas al cambio. Están tan lejos de representar unidades homogéneas que parece imposible aplicarles un tratamiento matemático serio.

Como ha observado John Dewey, la sociedad sólo existe en y por la comunicación, y la comunicación no implica una transferencia de energía como la que parece tener lugar entre las unidades sociales individuales, por ejemplo, en la imitación y la sugestión, dos términos que han servido más de una vez a los sociólogos para reducir todos los fenómenos sociales; la comunicación implica más bien una transformación de los individuos que se comunican. Ésta transformación continúa sin cesar a través de la acumulación de experiencias individuales en la mente de los individuos.

Ahora bien, si el comportamiento humano pudiera reducirse a algunos instintos elementales, tal como han pretendido algunos psicólogos, la aplicación de las teorías cinéticas de las ciencias físicas a la explicación de la vida social sería menos dificultosa. Pero esos instintos, suponiendo que existan, están en continuo proceso de transformación a través de la acumulación de recuerdos y costumbres. Y esos cambios son demasiado importantes y continuos como para no considerar una abstracción excesiva el hecho de tratar a los individuos, hombres y mujeres, como unidades sociales constantes y homogéneas. Por esta razón nos inclinamos finalmente hacia la psicología en la explicación de los comportamientos humanos y de la sociedad. A fin de hacer comprensible las transformaciones que tienen lugar en una sociedad, es necesario considerar los cambios que se producen en los individuos que la componen. Como consecuencia, la unidad elemental de lo social no es el individuo sino la actitud, la tendencia individual a actuar. No son los individuos sino las actitudes las que, por su interacción, mantienen las organizaciones sociales y determinan los cambios sociales.

Esta concepción supone que las barreras geográficas y las distancias físicas resultan significativas para la sociología sólo cuando y donde definen las condiciones bajo las cuales la comunicación y la vida social son realmente conservadas. Pero la geografía humana ha sido profundamente modificada por las invenciones. El telégrafo, el teléfono, la prensa y la radio transforman el mundo en una gigantesca cámara de resonancia, anulando las distancias y quebrando el

aislamiento que antes separaba a razas y pueblos. Nuevos medios de comunicación están permanentemente multiplicando y complicando las relaciones sociales. La historia de la comunicación es, en un sentido propio, la historia de la civilización. La lengua, la escritura, la imprenta, el telégrafo, el teléfono y la radio marcan diferentes épocas en la historia de la humanidad. Pero, hay que decirlo, los medios de comunicación no tendrían la significación que han adquirido hoy en día si su desarrollo no hubiera estado acompañado de un incremento de la división del trabajo.

He dicho que la sociedad no existe más que en y por la comunicación. A través de los medios de comunicación los individuos comparten una experiencia común y mantienen una vida colectiva. Precisamente porque la comunicación desempeña un papel fundamental en la existencia de una sociedad puede decirse que la geografía y todos los demás factores que limitan o facilitan la comunicación forman parte de su estructura y de su organización. Bajo estas circunstancias, los conceptos de posición, distancia y movilidad adquieren una nueva significación. Como concepto sociológico, la movilidad sólo es significativa en la medida en que asegura nuevos contactos sociales, y la distancia física sólo tiene valor para las relaciones sociales en tanto en cuanto es posible interpretarla en términos de distancia social.

El organismo social —y esto constituye uno de los aspectos más fundamentales y desconcertantes del mismo— está compuesto de unidades capaces de locomoción. El hecho de que cada individuo sea capaz de desplazarse en el espacio le asegura una experiencia particular que le es propia, y esta experiencia —adquirida en el curso de sus aventuras en el espacio— le otorga, en la medida en que es única, un punto de vista independiente para la acción individual. El hecho de poseer una experiencia única de la que se es consciente y la disposición para pensar y actuar en función de esa experiencia es lo que constituye finalmente al individuo como persona. El niño, cuyas acciones están principalmente determinadas por sus reflejos, carece en principio de esa independencia e individualidad; en realidad, no es una persona.

La diversidad de experiencias individuales hace necesaria la comunicación y posibilita el consenso. Si siempre respondiéramos de igual forma a la misma estimulación no habría ninguna necesidad de comunicación, ni sería posible ningún pensamiento abstracto y reflexivo. El afán de saber surge de la necesidad misma de contrastar y consolidar esas experiencias individuales divergentes, y de reducirlas a términos inteligibles para todos nosotros. Un espíritu racional es simplemente aquel que es capaz de convertir sus impulsos íntimos en públicos y comprensibles. El propósito de la ciencia es reducir las expresiones inarticuladas de nuestros sentimientos personales en un universo común de discurso y crear a partir de nuestras experiencias privadas un mundo objetivo e inteligible.

No sólo poseemos nuestras experiencias propias sino que además, cada uno de nosotros, somos profundamente conscientes de ellas y sentimos la preocupación de protegerlas de toda invasión y de todo malentendido. Nuestra autoconciencia no es sino la conciencia de estas diferencias individuales de experiencia junto al sentimiento de su incomunicabilidad básica. Este es el fundamento de todas

nuestras reservas personales y raciales; la base, también, de nuestras opiniones, actitudes y prejuicios. Si estamos totalmente persuadidos de que todo el mundo es capaz de evaluarnos y todo lo consideramos como propio, de acuerdo a nuestro criterio; en otros términos, si somos tan ingenuos como los niños o somos tan sugestionables y carecemos de reserva como ciertos histéricos, no habría sin duda personas ni habría sociedad. Tanto una sólida existencia personal como una sociedad sana exigen, en efecto, un cierto aislamiento y alguna resistencia a las influencias e insinuaciones sociales. Resulta tan inconcebible que existan personas sin intimidad como inimaginable es una sociedad sin personas.

Es evidente, pues, que el espacio no es el único obstáculo para la comunicación y que la distancia social no es siempre adecuadamente mensurable en términos puramente físicos. El obstáculo último a la comunicación es la conciencia de sí.

¿Cuál es el sentido de esta autoconciencia, de esta reserva, de esta timidez que tan frecuentemente experimentamos en presencia de extraños? Ciertamente no es siempre el miedo de la violencia física. Se trata más bien del temor de no causar una buena impresión, el miedo de no parecer mejor, de no ser capaz de merecer la estima que desearíamos nos acordaran los demás. Experimentamos esta timidez en presencia de nuestros propios hijos. Sólo ante nuestros amigos más íntimos somos capaces de sentirnos cómodos verdaderamente y relajar por completo los modales. Si acaso, sólo en tales circunstancias la comunicación es completa y las distancias que separan a los individuos se desvanecen por entero.

Este mundo de comunicación y de «distancias», en el que intentamos preservar una cierta forma de intimidad, de dignidad personal y de aplomo, es un mundo dinámico que posee su propio orden y su particular carácter. En este orden moral y social, la idea que nos formamos de nosotros mismos tiene por límites la concepción que cada individuo, en el mismo mundo circunscrito de la comunicación, tiene de sí mismo y de los otros. De ahí deriva —y esto es verdad para toda sociedad— que cada individuo se encuentra en lucha por su posición social, en lucha por mantener su prestigio personal, su punto de vista y su propia estima. Sin embargo, esto sólo puede mantenerse en la medida en que el individuo logre el reconocimiento de todos aquellos que considera importantes; es decir, la estima de todos aquellos que pertenecen a su medio o a su círculo. Ninguna filosofía de la vida ha descubierto hasta ahora un refugio de esta lucha por la posición social. El individuo que no se preocupa de su posición social en una comunidad cualquiera es un ermitaño, incluso si su aislamiento tiene lugar entre la muchedumbre urbana. El individuo que se concibe al margen de lo que otros piensan de él es con toda probabilidad un loco.

En definitiva, la sociedad en que vivimos se antoja invariablemente un orden moral donde la posición de un individuo así como la idea que construye de sí mismo —lo que constituye el núcleo de su personalidad— vienen determinadas por las actitudes de los otros y por los modelos en que se apoya el grupo. En semejante sociedad el individuo deviene persona. Una persona no es sino un individuo que tiene una posición social en una sociedad cualquiera; pero, en último término, el *status* resulta una cuestión de distancia —de distancia social.

La geografía, la ocupación y todos los demás factores que determinan la distribución de la población condicionan también inevitablemente el lugar, el grupo y los compañeros con los que cada uno de nosotros hemos de vivir; por eso las relaciones espaciales llegan a adquirir, para el estudio de la sociedad y de la naturaleza humana, la importancia que efectivamente tienen.

El hecho de que las relaciones sociales estén frecuente e inevitablemente ligadas a las relaciones espaciales y que las distancias físicas sean tan a menudo, o parezcan ser, indicadores de las distancias sociales, explica que las estadísticas resulten significativas para la sociología. Y esto es verdad, en definitiva, porque sólo en la medida en que seamos capaces de reducir los hechos sociales y físicos a fenómenos espaciales, o al menos relacionarlos, podremos medirlos.

4. La organización de la comunidad y el temperamento romántico*

¶. La definición del problema

Recientes estudios locales llevados a cabo en Chicago parecen mostrar que el número de personas competentes** en la comunidad no es con frecuencia una medida real de la competencia de la comunidad –si a este respecto puede usarse esa expresión. Al parecer, un alto cociente de inteligencia en una comunidad no siempre asegura su eficacia.

La explicación que enseña se sugiere es que las personas competentes son especialistas profundamente preocupados en un ámbito limitado de la experiencia humana en el que han elegido operar, pero por lo demás profundamente indiferentes a los intereses del área geográfica particular en que residen.

Al parecer, las personas incompetentes son las que todavía mantienen eso que en cierto sentido podría ser llamado un vivo interés en las comunidades locales de nuestras ciudades. Las mujeres, particularmente las que carecen de una formación profesional, y los inmigrantes que están localmente segregados y confinados dentro de los muros invisibles de un lenguaje extranjero, están obligados a tener algún tipo de interés en su vecindario. No obstante, en las grandes ciudades, los niños –que necesariamente viven en estrecho contacto con la tierra– son los auténticos vecinos. Las bandas de muchachos constituyen instituciones vecinales mientras los políticos son vecinos profesionales. Cuando las bandas juveniles ingresan en la política local –como a menudo sucede–, el jefe político local asume hacia ellos el papel de patrón y, a su vez, ellos adoptan el rol de clientes.

Por otro lado, las personas competentes, es decir, los profesionales, están la mayor parte del tiempo ausentes, bien física bien moralmente. Estos viven en la ciudad, en sus oficinas o en sus clubes, y sólo van a casa a dormir. La mayor parte de nuestros suburbios residenciales tiende a asumir, en lo que se refiere a las clases profesionales, el carácter de área dormitorio. Es extraño que alguien que sea suficientemente célebre o competente para encontrar sitio en el *Who's Who* disponga de tiempo para algo más que un interés complaciente en su comunidad local.

* Publicado en 1925 en *Social Forces*, 3 (mayo), p. 673-677. Ese mismo año aparece también en *The City*, p. 113-122. Recogido en *Collected Papers of Robert Ezra Park*, vol. II, *Human Communities*, p. 64-72.

** N. del T. Del texto se deduce que Park utiliza el término para designar no tanto la rivalidad como la actividad y/o la productividad.

Por otra parte, los individuos competentes son particularmente sensibles a los intereses de su profesión, y si pudiéramos organizar nuestra política del modo en que lo han hecho los rusos, sobre la base de la ocupación, esto es, en *soviets*, quizá fuera posible despertar en nuestros intelectuales algo más que un interés superficial y diletante por la política local y los problemas de la comunidad local. Pero la actual situación es diferente.

Nuestro sistema político se basa en la presunción de que la comunidad local es la unidad política local. Si la comunidad local está organizada, conoce sus problemas y posee un espíritu propio, la democracia prospera. Se dice que el cincuenta por ciento de los votantes inscritos en el censo en este país no ejercen el derecho de sufragio. En la medida en que esto resulta un indicador de su indiferencia hacia los intereses de la comunidad local, es al mismo tiempo una medida de la eficacia o ineficacia de la comunidad misma.

La National Community Center Association representa uno de tantos esfuerzos llevados a cabo durante los últimos años para modificar esa situación de la que la abstención es quizá una evidencia. La organización de la comunidad apunta en cierto sentido a descubrir, organizar y poner a disposición de la comunidad local sus propios recursos, en particular los recursos humanos. El grado con que pueda conseguirlo constituye la medida de su eficacia. Cómo estimar esos recursos, cómo usarlos: ahí reside el problema.

II. La definición de la comunidad

¿Pero qué es una comunidad y en qué consiste su organización? Antes de evaluar la eficacia comunitaria uno debería ser capaz al menos de describir la comunidad. La definición más simple de una comunidad es la siguiente: un conjunto de individuos que ocupan un área más o menos claramente definida. No obstante, una comunidad es algo más que eso; no es únicamente un conjunto de personas, sino también un conjunto de instituciones. Éstas, más que aquéllas, son las que al final distinguen con precisión la comunidad de otros conjuntos sociales.

Entre las instituciones comunitarias siempre encontraremos el hogar y algunas más como la iglesia, la escuela, las zonas de recreo, el ayuntamiento, quizá un teatro local y, por supuesto, empresas comerciales e industriales de todo tipo. Las comunidades podrían ser perfectamente clasificadas en virtud del número y de la variedad de sus instituciones —culturales, políticas y profesionales. Esto podría indicar el grado de su autonomía o, a la inversa, el grado en que sus funciones comunitarias están mediatizadas, por así decirlo, e incorporadas en la comunidad más amplia.

Siempre hay una comunidad más amplia. Cada comunidad es siempre parte de otra algo mayor y más comprensiva. No existen comunidades completamente aisladas e independientes; desde el punto de vista económico y político todas son interdependientes. La última comunidad es el mundo.

La organización ecológica

Dentro de los límites de cualquier comunidad, las instituciones comunitarias (económicas, políticas y culturales) tenderán a asumir más o menos con claridad una distribución determinada y característica. Por ejemplo, la comunidad siempre tendrá un centro y una circunferencia que definen la posición de cada comunidad particular respecto de las demás. Dentro del área así definida la población y las instituciones locales tenderán a reagruparse siguiendo modelos característicos, que dependen de la geografía, de las líneas de comunicación y de los valores del suelo. Esta distribución de la población y de las instituciones puede ser denominada como la organización ecológica de la comunidad.

La planificación urbana constituye un intento de dirigir y controlar la organización ecológica. Probablemente esta planificación no es tan simple como parece. Las ciudades, incluso aquellas que como Washington D.C. han sido planificadas de un modo más elaborado, terminan siempre escapando de algún modo de nuestras manos. El plano real de una ciudad no es sólo un mero artefacto; en la misma medida es un producto de la naturaleza y de la voluntad. No obstante, un plan de ordenación constituye uno de los factores de la eficacia comunitaria.

La organización económica

Dentro de los límites de la organización ecológica, en la medida en que existe el libre cambio de bienes y servicios, surge de modo inevitable otro tipo de organización comunitaria que se basa en la división del trabajo. Esta es la que podemos llamar la organización profesional de la comunidad.

La organización profesional, al igual que la organización ecológica, es un producto de la competencia. Como resultado de la rivalidad con los demás, tarde o temprano cada miembro de la comunidad se ve forzado a realizar eso que puede hacer antes que aquello que desearía. Raramente nuestras ambiciones secretas se realizan en nuestras ocupaciones reales. La lucha por la existencia determina al final no sólo dónde viviremos dentro de la comunidad sino además lo que haremos.

El número y la variedad de profesiones y oficios ejercidos dentro de los límites comunitarios podrían ser una medida de su competencia, puesto que en la amplia división del trabajo y en la mayor especialización en tareas e intereses diversos, así como en la vasta cooperación inconsciente de la vida urbana, el individuo no sólo tiene la oportunidad sino la necesidad de elegir su ocupación y desarrollar sus aptitudes personales.

Sin embargo, en esa lucha por encontrar un lugar propio en un mundo que cambia hay enormes costes. La formación profesional es un primer intento de hacer frente a la situación; la proyectada organización nacional del empleo es otro. Pero hasta que se alcance de algún modo una mayor organización racional de la industria podemos esperar o imaginar un escaso progreso.

La organización política y cultural

En la sociedad humana la competencia no es nunca ilimitada. Siempre existen costumbres y leyes que establecen límites e imponen restricciones a los impulsos salvajes y obstinados del individuo. La organización política y cultural de la comunidad depende de la organización profesional, como esta última, a su vez, se desarrolla a partir de la organización ecológica de la que depende.

De esta división o segmentación última de la organización comunitaria se ocupan principalmente las asociaciones de los centros comunitarios. La política, la religión y las actividades recreativas de la comunidad como el golf, el bridge y otras formas de ocio, son actividades de tiempo libre, y es este tiempo libre de la comunidad lo que tratan de organizar.

Aristóteles, que describió al hombre como un animal político, vivió hace mucho tiempo, y su descripción era más certera para el hombre de entonces que para el contemporáneo. Aristóteles conoció un mundo donde el arte, la religión y la política constituían los principales intereses de la vida, y en el que la vida pública no era sino la ocupación natural de todo ciudadano.

En las modernas condiciones de vida, donde la división del trabajo se ha desarrollado hasta el punto que —por citar un ejemplo famoso— se requieren 150 operaciones diferentes para confeccionar un traje, la situación es totalmente distinta. En la actualidad, muchos de nosotros, durante la mayor parte de nuestras horas de vigilia, estamos tan ocupados en cualquier pequeño detalle de nuestras tareas comunes que con frecuencia perdemos de vista la comunidad en la que vivimos.

Por otro lado, ahora nuestro tiempo libre es esencialmente una búsqueda incesante de emociones. El impulso romántico, el deseo de evadirse de la aburrida rutina de la vida en el hogar y de la comunidad local nos conduce afuera en busca de aventuras. Esta búsqueda romántica, que encuentra su más extravagante expresión en las salas de baile y en los garitos de jazz, es característica de casi todas las otras expresiones de la vida moderna. La revolución política y la reforma social son a menudo simples expresiones de este mismo impulso romántico. El milenarismo religioso, las misiones, en particular aquellas que se concentran en «tierras lejanas» son manifestaciones de este mismo deseo de evadirse de la realidad.

Andamos por todas partes persiguiendo un sueño*, vamos a su caza en automóviles o con máquinas voladoras. Los nuevos medios de locomoción han permitido a millones de personas realizar, en la vida real, vuelos que antes sólo

* N. del T. En el original, Park alude al «*bluebird of romance*», esto es, literalmente al «pájaro azul de la novela». Muy posiblemente pretende referirse con ello a la obra del belga Maurice Maeterlinck, *L'oiseau bleu* (1908), de amplísima difusión entre el mundo anglosajón. En la deliciosa obra del maestro del simbolismo teatral, el Pájaro Azul representa la búsqueda de la Felicidad, que en sí misma se antoja un sueño imposible pero que en realidad puede estar presente en las cosas cercanas de nuestra vida. En nuestra traducción hemos optado por reemplazar esa referencia y poner en su lugar el asunto que pretende transmitir: un sueño difícil de lograr, si no imposible. Lo mismo hace la edición italiana de 1967 que lo traduce como «*araba fenice*».

habían soñado. Pero esta movilidad física no es sino el reflejo de una correspondiente inestabilidad mental.

Esta agitación y esta sed de aventuras son para la mayoría estériles e ilusorias, pues no son creativas. Estamos tratando de evadirnos de un mundo monótono en vez de regresar a él para transformarlo.

El arte, la religión y la política son todavía medios a través de los cuales participamos en una vida común, pero han dejado de ser los asuntos principales de nuestro interés. Como actividades de tiempo libre deben ahora competir en atención con formas de recreo más atractivas. Sospecho que los mayores derroches de la vida americana derivan del uso poco previsor de nuestro tiempo libre.

III. La estimación de la eficacia comunitaria

Esta es, pues, nuestra comunidad. ¿Cómo mediremos su eficacia? Debo confesar que en esto tenemos mucho que aprender todavía. El modo más simple y elemental de evaluar la competencia y la eficacia de una comunidad, como algo distinto de la competencia y eficacia de los individuos (hombre y mujeres) que la componen, consiste en llevar a cabo un estudio comparativo de las estadísticas sociales de la comunidad en cuestión. La pobreza, la enfermedad y la delincuencia han sido frecuentemente consideradas patologías sociales. Puede decirse que miden el grado en que la comunidad ha sido capaz de proveer un ambiente en el que sus miembros pueden vivir o, por expresarlo en sentido contrario, el grado en que los individuos que integran la comunidad han sido capaces de adaptarse al ambiente que ésta les proporciona.

La comunidad inmigrante existe evidentemente para permitir a los inmigrantes vivir. El término «vida», no obstante, posee para nosotros un sentido que va más allá de la mera existencia física. El hombre es una criatura que vive por completo en sociedad, en sus esperanzas, en sus sueños y en la conciencia de los otros. De un modo o de otro, el hombre debe realizar todos sus deseos fundamentales y estos deseos, según W.I. Thomas, son cuatro:

«El hombre debe tener:

- (1) seguridad, esto es, un hogar; algún lugar desde el que salir y al que regresar;*
- (2) nuevas experiencias, divertimentos, aventuras y nuevas sensaciones;*
- (3) reconocimiento, es decir, debe ser miembro de una sociedad en la que posee una posición social, pertenecer a un grupo en cuyo seno es alguien; de un modo o de otro, en resumen, debe ser una persona antes que una simple pieza de la maquinaria social o económica.*

(4) por último, debe tener afecto y establecer íntimas relaciones con algo o alguien, aunque se trate de un perro o de un gato, hacia el que siente afecto y es correspondido.

Todos los deseos humanos particulares se reducen al final a estas cuatro categorías y probablemente ninguna criatura humana pueda ser feliz o saludable a menos que, de alguna manera, estos cuatro deseos sean más o menos adecuadamente realizados»⁵⁴.

Hace algunos meses, mientras estaba en la costa del Pacífico estudiando lo que hemos llamado «relaciones raciales»*, me impresionaron las marcadas diferencias entre los grupos de inmigrantes en lo relativo a su capacidad para adaptarse al entorno americano y, dentro de los límites impuestos sobre ellos por nuestras costumbres y nuestras leyes, mantener todos los intereses de la vida.

La comunidad de inmigrantes puede incluir dentro de su círculo de intereses y de su organización todos los intereses de la vida. Toda comunidad inmigrante tendrá una organización religiosa –una sinagoga, un templo o una iglesia– con sus correspondientes organizaciones, a menudo dependientes, para la ayuda mutua y para el bienestar. También poseerá sus propias empresas comerciales, sus círculos, casas, cafeterías, restaurantes, lugares de reunión, y un periódico. Probablemente cada comunidad de inmigrantes posee en América su periódico incluso si no tenía uno en su país de origen. Una colonia de inmigrantes es a menudo una aldea que ha sido transplantada y en la actualidad puede decirse que América está siendo colonizada no por razas o por nacionalidades, sino por aldeas.

El trabajo de Raymond Pearl, «The Racial Origin of Almshouse in the United States», publicado en *Science* (octubre de 1924), arroja algo de luz sobre la competencia de esas comunidades de inmigrantes para proporcionar a sus miembros un ambiente donde poder vivir.

Un párrafo de este ensayo indica la situación entre los nacidos en América y los nacidos fuera de ella. Dice así:

«Mientras el 1 de enero de 1923, sobre cien mil personas blancas nacidas en América 59,8 individuos eran recogidos en centros de beneficencia, la cifra correspondiente para los foráneos era de 173,6. Algunos consideran que esto es muy preocupante, y quizá sea así. En mi opinión eso no es probablemente sino una interesante manifestación de las dificultades que el organismo humano encuentra para adaptarse a un nuevo entorno».

Si estas cifras pueden ser consideradas –tal como sugiere el Dr. Pearl– un indicador de la dificultad del organismo humano para adaptarse a un nuevo ambiente, los estudios más detallados sobre varios grupos étnicos muestran unos resultados sorprendentes.

En primer lugar, estos estudios muestran profundas divergencias en la capacidad de los diferentes grupos de inmigrantes para adaptarse a la vida

54. Robert E. Park, «The Significance of Social Research in Social Service», *Journal of Applied Sociology* (mayo-junio, 1924), p. 264-265.

* N. del T. En Park, las cuestiones relativas a las relaciones raciales y los procesos que conlleva su interacción (contacto, competencia, acomodación y asimilación), siempre desde una visión neoevolucionista, están desarrolladas con mayor amplitud en el volumen *Race and Culture* (Glencoe, III, 1950). En cualquier caso, una breve traducción al español de «El ciclo de las relaciones raciales» –que precisamente trata sobre las relaciones entre esos grupos étnicos presentes en las costas del Pacífico a los que aquí menciona– puede encontrarse en la obra de Amati y Eva Etzioni, *Los cambios sociales*, México, F.C.E., 1968, p. 337-338.

americana; en segundo lugar, ponen de manifiesto que las razas y las nacionalidades que viven en América desde hace mucho tiempo poseen una menor capacidad para satisfacer las demandas del nuevo entorno. En este sentido Raymond Pearl indica:

«Con pocas excepciones, prescindibles en cualquier caso, todos los países a los que la actual ley anima a la inmigración contribuyeron en 1923 al número de individuos recogidos en centros de beneficencia en exceso respecto a su peso en el conjunto de la población de 1920. Por otro lado, y de nuevo con escasas excepciones, aquellos países para los cuales la presente ley sobre inmigración fue expresamente disuasoria aparecen en la parte inferior del diagrama, pues en 1923 contribuyen al número de personas recogidas en los hospicios en menor medida respecto a su representación en el conjunto de la población de 1920».

Dos cuestiones me resultan significativas a este respecto: (1) los recientes inmigrantes contribuyen menos al volumen de población acogida en hospicios; (2) entre estos inmigrantes recientes, aquellos que por una razón o por otra, están menos dispuestos a participar en la vida americana, o muestran una menor capacidad para hacerlo, contribuyen en menor medida a la población de los asilos.

¿A qué responde esto? Mi conclusión es que los factores decisivos no son de índole biológica, sino sociológica. En otros términos, la explicación de las estadísticas de los hospicios es menos una cuestión de carácter étnico que de tradición social. Los inmigrantes que han conservado en este país las simples formas de religión de su aldea y sus organizaciones de ayuda mutua han mostrado una mayor capacidad para resistir el impacto del nuevo entorno.

Todo el tema requiere una investigación posterior. ¿Qué podría mostrar un estudio comparativo de los diferentes grupos raciales y lingüísticos en referencia a la enfermedad, la delincuencia y la desorganización familiar? ¿Qué revelaría una comparación entre japoneses, chinos y mexicanos respecto al delito? Menciono estos tres grupos por la sencilla razón de que viven y trabajan juntos en la costa del Pacífico.

El censo de 1910 mostraba que los mexicanos tenían un índice de criminalidad mayor que el de cualquier otro grupo inmigrante en los Estados Unidos. Estoy convencido de que cuando dispongamos de los datos encontraremos que los japoneses presentan el menor índice de criminalidad, al menos el más bajo entre los grupos de inmigrantes de la costa. La explicación descansa en que los japoneses –y lo mismo es cierto para la población china– han constituido lo que podríamos llamar «organizaciones de control» con el fin de resolver enseguida las disputas que surgen entre ellos y con la comunidad exterior.

La Japanese Association, al igual que la Chinese Six Companies, está organizada para mantener a sus compatriotas lejos de los tribunales de justicia. Pero la primera es algo más que una corte de arbitrio y conciliación; su función no consiste sólo en resolver disputas sino también en mantener la moral de la comunidad local japonesa, así como fomentar de modo concreto, fundamentalmente a través de la

educación, los esfuerzos de sus miembros para abrirse camino en la comunidad donde viven. De entre todos los grupos inmigrantes –a excepción quizás de los judíos–, los japoneses son los que mejor informados están acerca de las condiciones en que se encuentra su propia gente en América.

Una de las cosas que han elevado sensiblemente la moral de los japoneses –como ha sido también para los judíos– es la lucha para salvaguardar su *status* racial en los Estados Unidos. Tal como ha observado Sumner, nada facilita tanto la solidaridad dentro del grupo como un ataque desde el exterior. Nada contribuye tanto a la disciplina de la minoría racial o nacional como la oposición de la mayoría racial o nacional*.

Creo que los judíos, los negros y los japoneses son los pueblos que están obteniendo actualmente, o lo han hecho en los últimos años, un mayor progreso en América. Por supuesto no puede establecerse una comparación entre judíos, negros y japoneses en lo que se refiere a su competencia racial. De todos los pueblos que han inmigrado a los Estados Unidos, el judío es el más capacitado y el más avanzado; los negros, por otro lado, apenas están emergiendo y son algo temerosos aún de las consecuencias de su recién adquirida conciencia de raza.

Lo que tienen en común el caso judío, el negro y el japonés es que su conflicto con América ha sido suficientemente serio como para crear en cada uno de ellos un nuevo sentido de identidad racial y producir un tipo de solidaridad que brota de una causa común. La existencia de ese sentido de causa común en una población determina en definitiva la eficacia del grupo.

En cierto sentido estas comunidades en las que nuestros inmigrantes llevan una existencia más limitada pueden ser consideradas modelos para la nuestra. Mediante nuestras organizaciones comunitarias locales estamos procurando hacer algo que llame la atención y el interés sobre el pequeño mundo de la localidad. Tratamos de animar un nuevo espíritu parroquiano, procuramos iniciar un movimiento que se oponga al romanticismo actual, con sus ojos siempre fijos en el horizonte; un movimiento que reconozca sus propios límites y trabaje dentro de ellos.

Nuestro problema es fomentar en los hombres la búsqueda de Dios en su propio lugar y mirar el problema social en sus propios vecindarios. Estas comunidades de inmigrantes merecen un posterior estudio.

* N. del T. Los problemas de asimilación entre asiáticos y norteamericanos dieron lugar a fuertes tensiones raciales; los prejuicios contra los «nisei» y el llamado «peligro amarillo» escondían, a duras penas, intereses económicos y profesionales. El congreso norteamericano aprobó en mayo de 1924 la *Japanese Exclusion Act* a las presiones populares. Park desarrolla estas cuestiones en «Human Migrations and the Marginal Man», *American Journal of Sociology*, 33 (mayo, 1928) p. 881-893.

5. El hábitat del gang*

El título de esta obra no la describe por completo. Naturalmente es un estudio sobre la banda [*gang*], pero al mismo tiempo constituye un estudio sobre su territorio; es decir, se trata de un examen de la banda en su hábitat –y en este caso el hábitat es un barrio bajo de la ciudad.

La existencia de pandillas no se limita a la ciudad, ni son exclusivas de los tugurios de las ciudades. Cada pueblo tiene al menos su pandilla de jóvenes, y en cada aldea, como en la ciudad, se compone de vagabundos, rateros y jóvenes buscavidas que se forman y mantienen imitando las maneras de los machos indómitos de cualquier lugar. Las bandas florecen en la frontera, y esas bandas de delincuentes que infestan los márgenes de la civilización exhiben en conjunto los mismos rasgos característicos que muestran los grupos estudiados en este volumen. Las pandillas investigadas en Chicago son típicas y pueden hallarse en cualquier otro lugar: dondequiera que se encuentren, no dejan de ser bandas. Representan un tipo específico o una variedad de la sociedad, y lo que resulta particularmente interesante de ellas es el hecho de que son tan elementales en lo que respecta a su organización como espontáneas en lo que se refiere a su origen.

La sociedad formal siempre es más o menos consciente del fin para el que existe, y la organización a través de la cual este fin se alcanza es siempre más o menos un producto intencionado. Pero las pandillas se extienden como la mala hierba, sin conciencia de sus aspiraciones y sin una organización formal para alcanzarlos. En efecto, son tan espontáneas en su origen y tan escasamente conscientes de los propósitos para los cuales existen que uno siente la tentación de considerarlas como agrupaciones predeterminadas, inevitables e «instintivas», y además bastante independientes del entorno en que de ordinario se encuentran.

Efectivamente, la vida social es tan necesaria y fundamental para la existencia de la naturaleza humana que a menudo la sociedad ha sido concebida como un rasgo innato del hombre individual. Hasta ahora es cierto que los seres humanos se han mostrado capaces al menos de crear una sociedad con materiales poco prometedores. Muchachos abandonados a sus propios recursos encuentran compañía en muñecos; entablan amistad con perros y gatos; y si es necesario, crean personajes imaginarios con los que viven en términos excelentes. Las personas solitarias, por otro lado, establecen relaciones íntimas y personales con su entorno físico y a menudo encuentran en la naturaleza sabiduría y modelos**.

* Prefacio de Robert Ezra Park al libro de Frederick M. Thrasher, *The Gang: A Study of 1313 Gangs in Chicago* (Chicago, University of Chicago Press, 1927), p. IX-XII. Incorporado como capítulo 7 en el libro *Collected Papers of Robert Park*, vol. II, *Human Communities*, p. 96-98.

** N. del T. En el original «*sermons in stones, books in running brooks*».

De modo que, hasta cierto punto, es verdad que la sociedad en que vivimos es innata y predeterminada. Urdimos nuestras relaciones sociales de forma parecida a como la araña teje su red, fuera de nuestros propios cuerpos.

Por otro lado, el carácter específico de nuestra sociedad, el tipo, está siempre más o menos determinado por la clase de mundo físico y social donde tenemos que vivir.

Así que las bandas, como otras formas de asociación humana, requieren ser estudiadas en su hábitat particular. Surgen de repente, de forma espontánea, pero sólo bajo condiciones favorables y en un medio definido. Los instintos y las tendencias que encuentran expresión en cualquier forma específica de asociación son sin duda esencialmente humanos, pero sólo bajo condiciones específicas asumen las formas y exhiben los rasgos característicos de cualquier tipo existente. Y esto es cierto en el caso de las bandas; esto es lo que las hace dignas de estudio, lo que nos asegura que no son incorregibles y que pueden ser controladas.

No es sólo cierto que el hábitat hace las pandillas, sino que el hábitat determina si sus actividades asumirán formas perversas por las cuales se convierten en una amenaza para la comunidad –lo que tiene una importancia concreta mayor. Las pandillas de muchachos en los pueblos, en la medida que están menos presionadas por una estructura física y por las inhibiciones sociales del medio urbano, normalmente no llegan a constituir un problema social, al menos no un problema de las dimensiones y de la significación de esos que constituyen de forma tan obvia y obstinada un rasgo de la vida urbana.

Las pandillas estudiadas aquí no son meramente un producto de la ciudad, sino que al mismo tiempo son el producto de un sector perfectamente definido y conocido de la ciudad, en particular de la moderna ciudad americana. Se trata del barrio bajo –la jungla urbana, como ha sido llamada– que proporciona a la pandilla urbana su medio natural. El barrio bajo es una región extensa que incluye varias otras áreas características, cada una de ellas habitadas por tipos específicos propios. El tugurio no es simplemente el hábitat de las bandas sino que es el lugar de encuentro del *hobo*, y la hoboemia, ya descrita por Nels Anderson en un anterior volumen de esta serie, es una división menor de ese sector urbano.

El barrio bajo incluye también áreas de primer asentamiento inmigrante, donde su población malvive antes de encontrar su lugar en el entorno urbano mayor. Los guetos étnicos, que ahora dan refugio y distinguen del resto de la comunidad a negros y a chinos, del mismo modo que un día segregaron y diferenciaron a los judíos, están invariablemente localizados en el barrio bajo. El gueto judío todavía existe, pero el tugurio, por lo que se respecta al judío, en la actualidad es sólo un área de primer asentamiento. Los negros y la población china, en cambio, aún encuentran dificultades para vivir más allá de la empalizada.

Por eso el estudio de la banda constituye simultáneamente el examen de un área de la ciudad y el análisis de un tipo de vida urbana, lo que naturalmente cae dentro de esta serie de «Estudios de sociología urbana».

6. El gueto*

El gueto parece haber sido originariamente un lugar de Venecia, un barrio de la ciudad donde estaba localizado el primer asentamiento judío. En el transcurso de los años el gueto se convirtió en una institución reconocida en las costumbres y definida en derecho. Se convirtió, en suma, no sólo en un lugar en el que residían los judíos sino en un lugar donde estaban obligados a hacerlo. Hace mucho tiempo que los muros del gueto se han desmoronado, sin embargo persiste aún el fantasma de la antigua institución. Todavía es un lugar de refugio para las masas del pueblo judío y aún les impone, para bien o para mal, algo del antiguo aislamiento.

Mientras tanto, otros extranjeros han venido entre nosotros buscando, o siéndoles impuesto, ese mismo tipo de aislamiento. Nuestras grandes ciudades resultan al examen un mosaico de pueblos segregados —diferentes en raza, cultura o sencillamente en el culto— cada uno de los cuales trata de preservar sus peculiares formas culturales así como mantener sus individuales y características concepciones de la vida. Cada uno de estos grupos segregados trata de imponer inevitablemente a sus miembros algún tipo de aislamiento moral con el fin de mantener la integridad vital del grupo. En la medida que la segregación se convierte para ellos en un medio para un fin, puede afirmarse que cada pueblo y cada grupo cultural crean y mantienen su propio gueto. En este sentido, el gueto deviene símbolo físico para cierto tipo de aislamiento moral que los llamados «asimilacionistas» están intentando vencer.

En este sentido se utiliza la palabra en este volumen. Gueto, tal como aquí se concibe, no es un término cuya aplicación se limite al pueblo judío. Ha venido a usarse en tiempos recientes como un nombre común, un término que se aplica a cualquier grupo segregado por motivos culturales o raciales. Tal como se concibe en esta obra, el gueto debe su existencia no a un decreto sino al hecho de que satisface una necesidad y desempeña una función social. En pocas palabras, el gueto constituye una de las llamadas «áreas naturales» de la ciudad.

El observador despreocupado, echando un vistazo sobre este amplio complejo, la moderna ciudad metropolitana, probablemente la mira como una simple acumulación de estructuras materiales, instituciones e individuos contiguos en el espacio, vinculados estrechamente en una especie de forma mecánica, pero no en el sentido de un conjunto compuesto de partes orgánicamente relacionadas. Esta impresión encuentra una expresión indirecta en el dicho familiar: «Dios hace el país pero el hombre la ciudad». En ninguna otra parte, de hecho, el orden existente

* Prefacio al libro de Louis Wirth, *The Ghetto* (1928), pp. ix-xi. Incorporado como capítulo 8 al libro *Human Communities*, (*Collected Papers of Robert Ezra Park*, vol. II), p. 90-101.

es de forma tan manifiesta impuesto por la inteligencia y la voluntad del hombre; en ninguna otra parte el hombre se ha mostrado de forma tan completa como señor del mundo en el que vive.

Por otro lado, nada es más cierto, como han mostrado recientes estudios de la comunidad urbana, que el hecho de que tal como la ciudad existe es en buena medida el resultado de tendencias que hasta el momento apenas conocemos y controlamos. Bajo la influencia de estas fuerzas, y dentro de los límites que la geografía y los accidentes históricos imponen, la ciudad asume sin cesar una forma que no es meramente convencional sino también típica. En resumen, la ciudad no es tan sólo un artefacto sino además un organismo. Su crecimiento es, en lo esencial y como conjunto, natural; es decir, descontrolado y sin plan. Las formas que tiende a asumir son aquellas que representan y corresponden a las funciones para las que está llamada a desempeñar.

Lo que han sido llamadas «áreas naturales de la ciudad» son simplemente sectores cuya localización, carácter y funciones han sido determinados por las mismas fuerzas que han conformado el carácter y las funciones de la ciudad como conjunto. El gueto es una de esas áreas naturales. El gueto histórico, al que este estudio se refiere principalmente, es sólo uno de los más llamativos ejemplos de un tipo. En la historia de los judíos, en la diáspora, tenemos acceso a un cuerpo de hechos que exhiben en detalles convincentes las consecuencias culturales y morales de ese aislamiento impuesto por el gueto; consecuencias que afectan por igual a los que viven a uno y otro lado del muro. La historia del gueto es en gran medida la historia del pueblo judío desde la diáspora.

El gueto ha sido el centro de todo lo que puede describirse como sectario y provinciano de la vida judía. Ha dejado su impronta no sólo en las maneras del judío, sino también en su carácter. La interacción de esta cultura del gueto y la de la comunidad gentil del exterior, comprendiendo la más o menos completa participación de los judíos en ambos mundos, constituye, hoy como ayer, la fuente de lo que es problemático y enigmático en la situación del judío. Y esto ha provocado que este intento de investigar en sus aspectos más fundamentales y permanentes una de las áreas locales típicas de la comunidad urbana de Chicago haya conducido a la exploración de uno de los problemas más fundamentales de la sociología, arrojando así una nueva luz sobre una de las situaciones históricas más desconcertantes y trágicas.

7. Comunidades locales en las metrópolis*

Uno de los placeres del viaje, dice Von Ogden Vogt, consiste en «descubrir comunidades que son descriptibles más que en descubrir comunidades no-descriptibles». Él menciona Oberammegau, Bangkok, Oxford y añade «cualquier lugar donde ha habido continuos intentos de describir todas las cosas y exponer el parecer común en materia de leyes, costumbres y en todas las artes de la vida, desde la construcción de viviendas hasta el culto». Una comunidad descriptible es un «lugar de unidad y encanto». Una comunidad no-descriptible es aquella que carece de tales atributos; puede ser interesante, por supuesto, pero no será apacible, ni siquiera resultará satisfactoria como objeto de contemplación.

La comunidad a la que se refiere este volumen es de este último tipo; es un lugar de interés poco habitual pues ni tiene armonía ni posee el encanto de un sitio donde la perspectiva general se expresa en «las leyes, las costumbres y todas las artes de la vida». Hay pocas costumbres que sean a la vez comunes a la Costa Dorada (Gold Coast) y a la Pequeña Sicilia (Little Sicily), y ciertamente no hay un parecer común al que pueda adherirse la cosmopolita población de esta región, uniéndola así en un propósito común. Es más, las leyes que prevalecen no son un producto de la comunidad, y no hay una opinión pública organizada que apoye y contribuya a su aplicación. De hecho, es dudoso que en un sentido propio de la palabra el Lower North Side pueda ser llamado en absoluto una comunidad. Es un sector urbano; una de las regiones características de la metrópoli, excepcional por el número y el tipo de individuos que se amontonan en una proximidad física sin la ocasión y aparentemente sin el deseo de llegar a una intimidad, a un acuerdo mutuo y a una comprensión, que es lo que de ordinario asegura una perspectiva común y hace posible la acción colectiva. Sin embargo, es precisamente esta situación «no descriptible», tan carente de armonía y encanto, lo que confiere a esta región su peculiar interés. Resulta «no descriptible» porque se encuentra en proceso de evolución; constituye un área típica de transición: el carácter de su población así como los problemas que presenta son a la vez reflejo y consecuencia de las condiciones que este período de transición impone.

Lo que es cierto de la región resulta también característico de la mayor parte de las diferentes clases y tipos de individuos que allí habitan. Desde la Costa Dorada, en el lago, hasta la Pequeña Sicilia, en el río, todo está en fase de transición. Por todas partes el antiguo orden pasa sin que aún se presente el nuevo. Todo resulta impreciso, flexible y libre, pero también todo es problemático.

* «Introducción» al libro de Harvey W. Zorbaugh, *The Gold Coast and the Slum* (1929), p. VII-X. Recogido en *Human Communities* (capítulo 5), p. 88-90.

Esto es particularmente cierto en las denominadas áreas de pensiones que ocupan el centro de la región. Dentro de estas áreas, todos los individuos jóvenes y aventureros que llegan a la ciudad en pos de su fortuna tienden a la deriva. Al cabo de un tiempo encontrarán su lugar en alguna parte de la amplia gama de ocupaciones que la gran ciudad ofrece; de este modo quedarán incorporados a la economía estable y al orden social de la ciudad. Mientras tanto se encuentran sin ataduras y en transición. En las áreas de pensiones hay al parecer un mayor número de mujeres jóvenes que de jóvenes varones. El Lower North Side representa, en particular para las mujeres jóvenes, una especie de Barrio Latino donde estudiantes de arte y de música se localizan para vivir en estrecha cercanía a sus estudios. Esta es la región que contiene más pequeños teatros, librerías y círculos bohemios y radicales. Aquí está Bohemia, que en sí misma es un lugar de transición, un lugar en el que la vida es con toda seguridad una aventura, pero a menudo muy solitaria.

Cada gran ciudad posee sus Bohemias y sus Hobohemias; su Costa Dorada y su Pequeña Sicilia; sus tugurios y sus áreas de pensiones. En Chicago, y en el Lower North Side, existen en íntima proximidad física. Esto brinda una interesante ilustración de esa situación en la que las distancias físicas y las distancias sociales no coinciden; una situación en la que los individuos que viven juntos, incluso con la mejor voluntad, no pueden llegar a ser vecinos —y esto por la divergencia de sus intereses y de sus pertenencias sociales.

Esta situación constituye el problema específico y el tema central que aborda este estudio. Nuestro sistema político está fundado sobre la convicción de que la gente que vive en la misma localidad comparte intereses comunes y, por consiguiente, esto puede impregnar su acción conjunta con vistas al bienestar común. Este supuesto, tal como se presenta, no es válido para las grandes ciudades. La dificultad para mantener contactos íntimos en la gran ciudad —lo que en la pequeña ciudad asegura la existencia de un objetivo común y hace posible la acción concertada— es en verdad muy grande. Particularmente esto resulta cierto en todas aquellas partes de la ciudad donde los individuos viven en hoteles o en casas de huéspedes, donde pocas personas son propietarias de sus casas y la mayoría es población transeúnte. En tales circunstancias, las formas tradicionales de gobierno local fracasan o se descomponen bastante. El hecho de que en el Lower North Side exista un concejo comunal que reconoce este problema y que trata de resolverlo, constituye una evidencia de las condiciones que intenta remediar. Por cierto, este consejo comunal y este problema eran lo que proporcionaba el motivo principal para el presente estudio.

Quizá debería añadir que este volumen no constituye una solución; es meramente una descripción del problema. De todos modos, la exposición que ofrece sienta las bases para un posterior estudio empírico. Es más, ejemplifica un tipo de investigaciones de la vida urbana que al menos resulta comparable con los estudios antropológicos realizados sobre las culturas de los pueblos primitivos. Estoy convencido de que sobre investigaciones de este carácter general debemos basar nuestros programas para la reorganización de nuestra vida política y colectiva.

8. La ciudad como laboratorio social*

I. La naturaleza humana y la ciudad

La ciudad ha sido descrita como el hábitat natural del hombre civilizado. En la ciudad, el hombre ha desarrollado la filosofía y la ciencia, y se ha convertido no sólo en un animal racional sino también en un animal sofisticado. Eso quiere decir, en primer lugar, que es en el medio urbano –en un mundo construido por el hombre– donde éste alcanza por vez primera una vida intelectual y adquiere aquellas características que le distinguen de los animales inferiores y del hombre primitivo. La ciudad y el entorno urbano representan para el hombre la tentativa más coherente y, en general, la más satisfactoria de recrear el mundo en que vive de acuerdo a su propio deseo. Pero si la ciudad es el mundo que el hombre ha creado, también constituye el mundo donde está condenado a vivir en lo sucesivo. Así pues, indirectamente y sin tener plena conciencia de la naturaleza de su obra, al crear la ciudad, el hombre se recrea a sí mismo.

En este sentido y en este aspecto podemos concebir la ciudad como un laboratorio social.

En realidad, la civilización y el progreso social han tenido en nuestras modernas ciudades algo de experimento controlado.¹ El progreso tiende a asumir ese carácter, por ejemplo, dondequiera que el examen de los hechos precede a la legislación y donde las reformas son realizadas por expertos más que por aficionados. Los estudios sociales y las agencias de investigación local ponen de manifiesto una forma de política que viene a ser más empírica que doctrinal.

El problema social es fundamentalmente un problema urbano. No se trata sino de lograr, en la libertad de la ciudad, un orden social y un control social equivalentes a eso que crece de forma natural en la familia, en el clan y en la tribu.

El hombre civilizado es, por así decirlo, un recién llegado. Visto desde la amplia perspectiva de la historia, la aparición de la ciudad y de la vida urbana son acontecimientos recientes. El hombre se ha formado y ha adquirido la mayor parte de sus caracteres innatos y hereditarios en un medio en el que su vida es muy similar a la de los animales de especies inferiores, en directa dependencia del mundo natural. En el torbellino de los cambios sobrevenidos con la evolución de la ciudad y de la vida urbana, no ha sido capaz de adaptarse fundamental y biológicamente a su nuevo entorno.

Mientras el hombre vivía en el seno de la tribu, la costumbre y la tradición cubrían todas las exigencias ordinarias de la vida, y la autoridad de los líderes

* Publicado en 1929 en *Chicago: An Experiment in Social Science Research*, de T.V. Smith y Leonard D. White (eds.), p. 1-29; recogido en *Human Communities*, p. 73-87.

naturales era suficiente para afrontar las recurrentes crisis de una existencia relativamente estable. Pero las posibilidades de la vida humana se ampliaron con el nacimiento de la comunidad urbana. Con la nueva libertad y el desarrollo de la división del trabajo se introduce un nuevo orden social; la ciudad se convierte en centro y foco de cambios sociales cuya extensión y complejidad crecientes han terminado por hacer de la metrópoli urbana, en la actualidad, el centro local de una economía mundial y de una civilización donde las culturas locales y tribales, actualmente en proceso de fusión, pronto desaparecerán casi por completo.

En una ciudad donde la costumbre ha sido reemplazada por la opinión pública y la ley positiva, el hombre ha sido forzado a apoyarse en su ingenio para vivir, no en su instinto o sobre la tradición. De ahí se deriva la emergencia del individuo como unidad de pensamiento y acción.

El campesino que viene a la ciudad para trabajar y vivir se emancipa, con toda seguridad, del control social de la costumbre ancestral, pero al mismo tiempo no encuentra el sostén de la sabiduría colectiva que le ofrecía la comunidad campesina: queda a merced de sí mismo. El caso del campesino es típico. En la ciudad, cada uno es más o menos su propio dueño. En consecuencia, transplantado en la ciudad, el hombre se convierte para él mismo y para la sociedad en un problema cuya naturaleza y magnitud no tienen precedentes.

El antiguo orden, fundado como estaba en la costumbre y la tradición, era absoluto y sagrado. Tenía, además, algo del carácter de la naturaleza misma: había alcanzado la madurez, y los hombres lo tomaban tal como lo encontraban, como el clima y el tiempo, como parte del orden natural de las cosas. El nuevo orden social, en cambio, es más o menos una creación artificial, un artefacto. No es ni absoluto ni sagrado, sino pragmático y experimental. Bajo la influencia de un punto de vista pragmático, la educación ha dejado de ser puramente una forma de ritual social; la política se ha convertido en algo empírico. Más que una tradición que se transmite, la religión constituye en la actualidad una búsqueda.

La ciencia de la naturaleza ha surgido en un esfuerzo del hombre para obtener el control sobre el universo físico y externo. La ciencia social busca ahora, a través de métodos similares de observación e investigación, el modo de proporcionar al hombre el control sobre sí mismo. Como en la ciudad es donde ha surgido el problema político, esto es, el problema del control social, también es ahí donde debe ser estudiado.

II. Los primeros estudios locales

Los detallados estudios locales del hombre en su hábitat y en las condiciones de vida reales son los que más han contribuido a dar a las ciencias sociales ese carácter realista y objetivo que han asumido en los últimos años.

Como podría esperarse, los primeros estudios locales fueron más prácticos que teóricos. Se trataba de estudios sobre la salud y la vivienda, sobre la pobreza y el crimen, y sirvieron de base a toda una serie de reformas: viviendas modelo,

parques de juego, estadísticas demográficas. Estos trabajos dieron lugar a un nuevo y romántico interés por los barrios bajos; una nueva literatura crecía y nos relataba como vivía la otra mitad de la ciudad, mientras nos proporcionaba una sensibilidad nueva hacia el hecho de que pobres e inmigrantes eran, como nosotros, humanos.

Algunas instituciones sociales fundadas en las postrimerías del siglo XIX en Inglaterra y en América, se convirtieron en avanzadas para la observación y el estudio en profundidad de las condiciones sociales en sectores de la ciudad que hasta entonces eran considerados *terra incognita*, salvo por los pioneros de la sociología urbana —políticos y policía. *Hull House Maps and Papers* (1895), publicado en Chicago por Jane Adams y sus colaboradores, así como *The City Wilderness and American in Process*, publicados algunos años después por Robert Wood, de South End House (Boston), respondían a un objetivo de exploración y reconocimiento, preparando el terreno para posteriores estudios más sistemáticos y más detallados. De entre estos trabajos podemos señalar la serie de investigaciones sobre las condiciones de vivienda, llevadas a cabo en Chicago bajo la dirección de Sophonista P. Breckinridge y Edith Abbott, comenzadas en 1908 a petición del Inspector General de Higiene de Chicago y bajo los auspicios del Departamento de Investigaciones Locales (Fundación Rusell Sage, Chicago School of Civics and Philanthropy). Los primeros trabajos versaron sobre el alojamiento colectivo de los solteros; las familias residentes en pisos amueblados; el barrio bajo del distrito 29; el West Side; el sur chicaguense próximo a las acerías; la cuestión del Negro; los dos barrios italianos; el medio eslovaco del distrito 20; los lituanos del distrito 4; y sobre los griegos e italianos en el barrio de Hull House⁵⁵.

Entretanto, Charles Booth había comenzado hacia 1888 su memorable estudio sobre la vida y el trabajo en Londres⁵⁶, seguido en 1901 del más minucioso estudio de Rountree sobre la pobreza en Nueva York⁵⁷. Eran estudios de caso a gran escala, caracterizados por un esfuerzo decidido, y al parecer algo pedante, para reducir los enunciados impresionistas y descriptivos de los investigadores y de los observadores a las formulaciones más precisas y generales de un enunciado estadístico. Booth decía así⁵⁸:

«Nadie puede repasar, como yo he hecho, la descripción de los habitantes de cada calle de este inmenso barrio (East London), tomado casa por casa, familia por familia —con todos sus detalles pintorescos recogidos por boca misma de los visitantes ayudados de sus notas— y dudar de la autenticidad y veracidad de su información. No tengo ninguna duda sobre la riqueza de mi material. Estoy de hecho abrumado por su caudal y por mi resolución de no utilizar ningún hecho al que no pueda conferir un valor cuantitativo. Los materiales para los relatos sensacionales abundan en

55. Serie de artículos sobre las condiciones de alojamiento aparecida en *American Journal of Sociology*, xvi (1910-1911), 145-170, 289-308, 433-468; xvii, (1911-1912), 1-34, 145-176; xviii (1912-1913), 241, 257, 509-542; xx (1914-1915), 145-169, 289-312; xxi (1915-1916), 285-316.

56. Charles Booth, *Life and Labor of the People of London*, 9 vol., Londres (1892), p. 97.

57. B. Seeböhm Rountree, *Poverty: a Study of Town Life*, Londres (1901).

58. C. Booth, *op. cit.*, I, p. 5-6

nuestros cuadernos de notas; pero incluso si yo tuviera la destreza para hacer tal uso de mis materiales —ese don de la imaginación bautizado como ‘realismo’—, no desearía emplearla aquí. Pobres con dificultades, miseria, hambre, alcohólicos, brutalidad y criminales: todo eso existe y nadie lo pone en duda. Mi objetivo ha consistido en mostrar la relación numérica que la pobreza, la miseria y la depravación mantienen con los ingresos regulares y el desahogo relativo, y en describir las condiciones generales vida de cada clase».

Sin embargo, no eran las estadísticas de Booth, sino sus descripciones realistas sobre la vida de las clases trabajadoras —sus condiciones de vida y de trabajo, sus pasiones, sus distracciones, sus tragedias domésticas y las filosofías de la vida sobre las que cada clase se apoyaba para afrontar las crisis particulares— lo que hicieron de estos estudios una contribución memorable y definitiva a nuestro conocimiento de la naturaleza humana y de la sociedad. Así pues, lo que tenemos finalmente en estos volúmenes es un relato detallado y minucioso del período de la civilización moderna correspondiente al final del siglo XIX, tal como se manifiesta en la vida del trabajador londinense. Estos volúmenes constituyeron entonces un estudio sociológico; ahora se han convertido en un documento histórico.

Lo que dio un gran ímpetu a las investigaciones locales en los Estados Unidos, fue la creación de la Fundación Sage en 1906, y la publicación entre 1909 y 1914 de los resultados del *Estudio de Pittsburgh*. Paul U. Kellogg y sus colaboradores decidieron investigar esta ciudad, Pittsburgh, porque apreciaban en ella una ilustración particularmente sorprendente de la acción de fuerzas y tendencias originadas por la rápida expansión de la vida industrial en América. Resultaba evidente que Pittsburgh era una ciudad exclusivamente industrial. El país estaba inmerso en un proceso de transformación industrial y Pittsburgh se presenta como un material clínico para el estudio de la civilización americana. Parecía posible mostrar, a partir de una única ciudad, de qué modo la organización industrial de la época afectaba a la vida personal y cultural de un pueblo. Con este propósito se emprendió la investigación.

El *Estudio de Pittsburgh* fue oportuno. Se realizó en un momento en el que, por todos los Estados Unidos, gente seria trataba de esclarecer los problemas que las técnicas tradicionales, ligadas a formas y hábitos de la política de los partidos, no habían podido resolver. Era una época en que los reformadores procuraban realizar las mejoras al margen de la política, es decir, al margen de los partidos políticos. El *Estudio de Pittsburgh* proporcionó un nuevo método de educación política y de acción colectiva en los asuntos locales, un método que no hacía intervenir cuestiones de partido y que no implicaba nada tan revolucionario como un cambio en el control del gobierno local.

Las encuestas sociales se pusieron de moda y todo tipo de estudios locales se emprendieron en cada rincón del país. El amplio abanico de temas que han pretendido abordar viene indicado por la materia de algunas de las más importantes. El *Informe sobre Springfield*, que pretendía cubrir todo el campo de la política social: salud pública, educación, servicios sociales, en todos sus

aspectos⁵⁹; *el Informe sobre la Justicia Criminal en Cleveland*, publicado en 1922 y el estudio de las relaciones interraciales en Chicago tras los disturbios raciales, publicado el mismo año bajo el título de *El negro en Chicago*, son otros tantos ejemplos.

Como cualquier estudio regional, estas investigaciones tienen invariablemente las características de la historia local y contemporánea. Enfatizan lo que es singular y único de las situaciones exploradas pero al mismo tiempo constituyen estudios de caso. Las condiciones propias de una ciudad son descritas en términos que las hacen comparables a las encontradas en otras ciudades. No formulan generalizaciones de alcance universal pero han proporcionado un conjunto de materiales que suscitan el debate y sugieren hipótesis susceptibles de un análisis estadístico y de un enunciado en términos cuantitativos.

III. La comunidad urbana

En todas o en la mayoría de estas investigaciones está implícita la idea de que la comunidad urbana, en su crecimiento y en su organización, representa un complejo de tendencias y sucesos que pueden ser conceptualizados y objeto de un estudio independiente. Todos estos estudios comportan la idea implícita de que la ciudad constituye una entidad dotada de una organización característica y de una historia típica, y que las distintas ciudades son lo bastante parecidas como para que, dentro de ciertos límites, lo que se sabe de una pueda suponerse como cierto de otras.

Esta idea ha sido el tema central de una serie de estudios particulares de la comunidad urbana de Chicago, algunos de los cuales han sido ya publicados y otros están aún en curso⁶⁰. Tres de ellos, *The Hobo*, de Nels Anderson, *The Ghetto*, de Louis Wirth, y *The Goald Coast and the Slum*, de Harvey W. Zorbaugh, tratan sobre ciertas «áreas naturales» de la ciudad. *The Hobo: A Study of Homeless Man* es único en la medida que estudia al trabajador ocasional en su hábitat, es decir, en el sector de la ciudad donde sus intereses y sus costumbres han sido por así decirlo institucionalizados. *The Ghetto*, por su parte, es un estudio del barrio judío, pero al mismo tiempo aborda la historia natural de una institución de la vida judía, institución que nace y se desarrolla en la Edad Media y persiste de una cierta forma hasta nuestros días. No obstante, si persiste es porque el *ghetto* desempeña una función social al hacer posible una vida común para las dos poblaciones diferentes, participando de una única economía pero preservando al mismo tiempo la integridad racial y cultural de cada una de ellas. *The Goald Coast and the Slum*, por último, es un estudio sobre el Lower North Side, que no es tanto un área natural como un conglomerado de áreas naturales que contiene la Pequeña Sicilia (Little Sicily), la Costa Dorada (Gold Coast) y, entremedio, un extenso sector residencial⁶¹.

59. *The Springfield Survey: A Study of Social Conditions in an American City*, dirigida por Shelby M. Harrison, 3 vol., (Nueva York, Rusell Sage Foundation, 1918-1920).

60. R.E. Park, E.W. Burgess *et al.*, *The City*, Chicago, 1925.

61. Cf. *The Goald Coast and the Slum*, p. 126 y p. 133, para los esquemas que muestran las comunidades locales de Chicago.

Un sector de la ciudad es denominado «área natural» porque surge sin plan previo y desempeña una función, aunque esa función, como sucede en el caso de los barrios bajos, pueda no responder al deseo de todos. Es un área natural porque posee una historia natural. La existencia de estas áreas naturales, cada una con su función característica, proporciona ciertos indicios sobre lo que el análisis de la ciudad arroja: que, como hemos sugerido antes, la ciudad no es sólo un artefacto sino en un cierto sentido y hasta cierto punto, un organismo.

La ciudad es, de hecho, una constelación de áreas naturales, cada una de las cuales posee su medio característico y ejerce una función específica en la economía global de la ciudad. Lo que simboliza la relación entre las diferentes áreas naturales de la ciudad es la relación de la ciudad con sus suburbios. La periferia es, aparentemente, una mera extensión de la comunidad urbana. Cada suburbio, en su avance hacia el campo, tiende a asumir un carácter distintivo de todos los demás. La metrópoli es, en cierto modo, un enorme mecanismo de selección y de filtro que, de acuerdo a formas aún no completamente comprendidas, selecciona infaliblemente entre el conjunto de la población los individuos más convenientes para vivir en cada sector y medio urbano particulares. Cuanto mayor sea la ciudad, más numerosos y específicos serán los suburbios. La ciudad crece por expansión, pero mantiene el carácter selectivo y segregativo de su población, de tal modo que cada uno encuentra al final el lugar en que puede vivir o donde debe hacerlo⁶².

Recientes estudios sobre Chicago han mostrado el extraordinario grado alcanzado por esta segregación. Hay sectores de Chicago donde apenas hay niños; sectores donde la mitad de los muchachos en edad penal tutelar son registrados, al menos una vez al año, como delincuentes⁶³; en otros sectores no hay divorcios; en cambio, existen otros donde el porcentaje de divorcios y de abandonos es mayor, con alguna excepción, que el de cualquier otra circunscripción de los EE.UU.⁶⁴

La distribución de los grupos por edad y género muestra extraordinarias variaciones en las distintas partes de la ciudad, y estas variaciones son indicadores fiables de otras culturas y caracteres diferentes en el seno de la población.

De lo anterior no puede seguirse que las poblaciones de las diferentes áreas naturales de la ciudad puedan ser descritas como homogéneas. Las personas viven juntas no tanto porque sean parecidas sino porque se necesitan mutuamente. Esto es particularmente cierto en las grandes ciudades, donde las distancias sociales se mantienen a pesar de la proximidad geográfica y donde cualquier comunidad está compuesta casi con seguridad de individuos que conviven en relaciones que bien podríamos considerar simbióticas más que sociales.

Por otro lado, toda comunidad es hasta cierto punto una unidad cultural independiente que posee sus propios modelos, su propia concepción de lo que es conveniente, decente y respetable. Cuando los individuos ascienden o descienden

62. Cf. E.W. Burgess «The Growth of the City», en R.E. Park *et al.* *The City*, p. 47-62.

63. Cf. Clifford R. Shaw, *Delinquency and Crime Areas in Chicago*, Chicago, 1929.

64. Ernest R. Mowrer, *Family Disorganization*, p. 116-123.

de posición social dentro de una comunidad urbana invariablemente se desplazan de un sector a otro; alcanzan Goald Coast, van a parar al barrio bajo o tal vez ocupen una posición aceptable en algún lugar intermedio. En cualquier caso, aprenden a adaptarse más o menos completamente a las condiciones y al código del área en el que se instalan. Los informes de las instituciones y de los servicios sociales permiten seguir las migraciones de familias e individuos y saber lo que les ha sucedido. A menudo es posible llevar más lejos estas investigaciones y obtener más información, así como una visión de conjunto acerca de sus experiencias subjetivas, sus actitudes, su estado anímico, sus perspectivas y, sobre todo, de la evolución de las ideas que de sí mismos se forman como resultado de su paso de un medio a otro. Las numerosas historias de vida de inmigrantes, publicadas durante los últimos años, proporcionan materiales de este tipo.

Cuanto mejor comprendemos las actitudes y la historia personal de los individuos, mayor es nuestra capacidad para conocer la comunidad en que viven. Por otro lado, cuanto más sabemos acerca del medio donde viven, o en el que han vivido, más inteligible se nos hace su comportamiento. Esto es así en la medida que, mientras el temperamento es heredado, el carácter y las costumbres se forman bajo la influencia del entorno.

En realidad, la mayor parte de nuestros habituales problemas de comportamiento son efectivamente resueltos, por escasas que sean las soluciones, trasladando al individuo desde un medio en que obra negativamente a otro donde se conduce bien. Además, en este punto, la ciencia social ha logrado algo cercano al experimento clínico. Para realizar esos experimentos, la ciudad, con sus áreas naturales, constituye un «marco de referencia», es decir, un dispositivo de control de nuestras observaciones sobre las condiciones sociales en su relación con el comportamiento humano.

IV. El individuo

Debido a la naturaleza intrínseca de la sociedad y de las relaciones sociales, nuestros problemas sociales se encuentran de ordinario encarnados en personas y en comportamientos individuales. Como los problemas sociales desembocan con mucha frecuencia en problemas de comportamiento individual, y las relaciones sociales son finalmente, y en lo fundamental, relaciones personales, la actitud y el comportamiento de los individuos son los principales recursos de nuestro conocimiento acerca de la sociedad.

La ciudad ha sido siempre una fuente abundante de materiales clínicos para el estudio de la naturaleza humana, pues siempre ha sido el centro y el origen del cambio social. En una sociedad perfectamente estable en la que el hombre ha alcanzado un completo equilibrio biológico y social, es probable que no se presenten problemas sociales, y las inquietudes, los conflictos internos y las ambiciones que estimulan la energía del hombre civilizado al mismo tiempo que lo convierten en un problema para sí mismo y para la sociedad, están ausentes.

Los estudios sobre la personalidad tienen su origen, al parecer, en eso que Simmel llama «*los enemigos interiores*» –el pobre, el criminal, el loco. Por tanto, es en una época relativamente reciente cuando la pobreza y la delincuencia han sido consideradas, junto con la locura, como problemas de personalidad y de comportamiento. En la actualidad, el trabajo social ha terminado por ser reconocido como una rama de la medicina y el denominado «trabajador social en psiquiatría» ha venido a reemplazar, o al menos a complementar, el trabajo del visitador amistoso. El responsable de la libertad condicional, el educador a domicilio y el director de los parques públicos de entretenimiento han adquirido una nueva posición profesional desde que fue admitida la idea según la cual los problemas sociales son fundamentalmente problemas de comportamiento.

Los estudios sobre los problemas de personalidad recibieron un nuevo impulso cuando en el año 1899 se instituyó en Chicago el primer tribunal correccional de menores de los Estados Unidos. Los tribunales de menores se convirtieron inmediatamente, en la medida que esto era viable en las circunstancias en que nacieron, en clínicas del comportamiento. Someter al delincuente a un período de prueba era invitarle a participar en una experiencia, bajo la dirección de un responsable de libertad provisional, cuyo propósito era su reinserción.

Tras el establecimiento del Instituto de Psicopatología Infantil⁶⁵, en relación con el Tribunal de menores de Chicago, Healy comienza los estudios sistemáticos que han servido de base a un libro notable, *The Individual Delinquent*, publicado en 1915. A éste le siguieron trabajos similares auspiciados por la Fundación Judge Baker, en Boston, y la creación de otros institutos de estudios sobre la infancia así como «clínicas del comportamiento» a lo largo y ancho del país, principalmente: el Centro de Estudios sobre la Protección Infantil de la Universidad de Iowa (Child Welfare Research Station), el Instituto para la Protección Infantil de la Universidad de Minnesota (Institute of Child Welfare), el Instituto de Investigaciones sobre la Protección de la infancia del Teachers College de Nueva York (Child Welfare Research), el Instituto de Orientación Infantil (Institute for Child Guidance) y otros establecimientos locales de orientación infantil nacidos a partir del programa público de financiación para la prevención de la delincuencia en Saint Louis, Dallas, Los Angeles, Minneapolis, Saint Paul, Cleveland y Philadelphia⁶⁶.

El estudio de la delincuencia juvenil y de los problemas de comportamiento en general ha sido establecido sobre una sólida base en Chicago a partir de la organización en mayo de 1926, por el Dr. Herman M. Adler, del Fondo de Investigación sobre el Comportamiento. El Dr. Adler ha reunido un notable grupo de investigadores y de expertos, y ha puesto en pie un aparato administrativo de recogida de observaciones científicas precisas, tanto psiquiátricas como sociales. Su acumulación ha constituido un volumen de datos y de informaciones que en

65. Hoy, Instituto de Investigación sobre la Juventud

66. Para la revisión y el análisis del movimiento de estudios sobre la infancia véase. W.I. Thomas y Dorothy S. Thomas, *The Child in America* (Nueva York, 1928).

la actualidad están siendo sometidos a elaborados análisis estadísticos cuyos resultados son sorprendentes y de gran importancia.

Las investigaciones del Institute of Juvenil Research y del Behavior Research Fund son en cierto sentido muy particulares. Constituyen al mismo tiempo estudios psiquiátricos y sociales, es decir, su propósito no es sólo el individuo y su comportamiento sino también el entorno y la situación a los que responde la conducta. Esto aplica, bajo la forma de un programa preciso, una idea que ha sido objeto de varios encuentros científicos entre psiquiatras y representantes de otras ciencias sociales para intentar definir las relaciones entre los estudios psiquiátricos y los estudios sociales, y para determinar el papel que la psiquiatría podría desempeñar en colaboración con esas ciencias para la exploración y la resolución de problemas sociales.

Hoy no se cuestiona —si alguna vez esto se ha puesto en duda— que la idea que el individuo posee de sí mismo, el papel que juega en la sociedad y el carácter que con el tiempo adquiere, están ampliamente determinados por las relaciones que él crea y, en general, por el mundo en que vive. La ciudad es un complejo formado de mundos de este tipo —mundos que se tocan pero que jamás llegan a penetrarse completamente.

Sin duda alguna, las áreas urbanas se diferencian tanto por el tipo y las características de la vida social que contiene como por los modos de vida o el precio del suelo en el que se sitúan. Una de las más importantes series de estudios locales emprendidas por la universidad de Chicago es la que comprende la delimitación y caracterización de todas las áreas importantes de la ciudad. Este estudio está basado en el supuesto de que un conocimiento más completo de los lugares y de las gentes de la ciudad arrojará una nueva luz sobre la extraordinaria variación —según las diferentes áreas urbanas— de la cantidad y la extensión de los abandonos, de los divorcios, de la delincuencia, del crimen y de otras manifestaciones de desorganización social. De este modo, el estudio será útil a toda institución social que trate de ocuparse directa o indirectamente de esos problemas. No obstante, al determinar con mayor precisión las condiciones en que las experimentaciones sociales son efectivamente realizadas, hará de la ciudad un laboratorio social, en un sentido más real que hasta ahora.

V. Las instituciones

La ciudad ha sido objeto de estudio desde varias perspectivas diferentes. Ya hay una literatura considerable sobre geografía de la ciudad y un amplio conjunto de investigaciones relativas a la ciudad como objeto físico, además de estudios sobre vivienda, planificación urbana e ingeniería civil. N.S.B. Gras, en su *Introduction to Economic History*, ha hecho de la ciudad el tema central de la historia de una economía que ha pasado por las etapas de aldea, pequeña ciudad y gran ciudad, hasta llegar a la economía metropolitana característica de los tiempos actuales. De hecho, la historia económica toma un nuevo rumbo cuando se escribe desde el

punto de vista ecológico y regional, y cuando la ciudad, con su mercado, es concebida como el punto focal de un territorio de límites cada vez más amplios sobre el cual la ciudad extiende y consolida constantemente su dominio y su control.

Los problemas políticos y administrativos de las ciudades han venido a ocupar en la ciencia política un lugar cada vez más importante conforme las ciudades crecen en población, influencia y complejidad.

Por último, porque ayer como hoy la ciudad es crisol de razas y de culturas, la comunidad urbana constituye el lugar donde surgen nuevas instituciones, mientras las anteriores declinan, se transforman y desaparecen.

La familia, por lo menos en su origen, no es probablemente una institución; más bien se trata de la forma primaria, la más primitiva, de la sociedad –una forma que ha sido preservada aunque continuamente modificada en virtud de circunstancias cambiantes en el agitado curso de la humanidad. Aparentemente la familia ha constituido el modelo básico de todos los tipos de civilización excepto la nuestra. La civilización occidental está fundada sobre la ciudad, sobre la *polis* – como la llamaban los griegos– y en su origen es política antes que familiar. En las ciudades-estado griegas y romanas es donde la sociedad, organizada sobre la base del parentesco, de la costumbre y de la familia, fue reemplazada por una sociedad fundada en los derechos cívicos y en una organización política.

La familia está actualmente en proceso de transformación y de desintegración en todo el mundo civilizado, incluso en las regiones donde se ha mantenido durante mucho tiempo bajo su forma original: Japón y China. Sin embargo, los cambios de la familia tienen lugar más rápidamente en la ciudad que en cualquier otra parte. Todo lo que es característico de la vida urbana –una población móvil, una amplia división del trabajo y la multiplicación de instituciones municipales y de conveniencias sociales de todo tipo– ha contribuido a producir esos cambios. Las escuelas, los hospitales, todas las organizaciones de asistencia y de servicio al individuo, una a una, han tomado el relevo de funciones antaño desempeñadas por el hogar y la familia, y han contribuido indirectamente a socavar la antigua institución familiar y a reducir su importancia social.

Del mismo modo que en el ámbito urbano las antiguas formas familiares han declinado, también en la ciudad han tenido lugar la mayoría de las experiencias de las nuevas formas de vida familiar. Por ese motivo, la institución familiar se puede estudiar mejor en la ciudad que en otras partes.

La ciudad y las condiciones de vida que impone han contribuido fuertemente a la secularización de todos los aspectos de la vida social, lo que ha tenido efectos profundos sobre la organización de la Iglesia. Abundantes estudios locales de iglesias urbanas y rurales han sido realizados durante los últimos años, pero ninguno hasta ahora ha sido emprendido con el objeto de mostrar la extensión de los cambios en la estructura y función de la Iglesia en tanto que institución social.

Por tanto, no hay duda de que las transformaciones están produciéndose; tampoco hay duda de que cuando la atención y los métodos de las ciencias sociales se dirijan al estudio del hombre civilizado –como lo han hecho hacia el hombre

primitivo— los cambios que están teniendo lugar en las instituciones religiosas contemporáneas asumirán la importancia que no se les reconoce en la actualidad.

Recientemente, en particular en Chicago, bajo la inspiración y la iniciativa del profesor Charles E. Merriam⁶⁷, se ha comenzado a atender de un modo más concreto el estudio del funcionamiento real del proceso político tal como tiene lugar bajo las condiciones de la vida urbana moderna.

El proceso político, en sentido amplio, va mucho más lejos que la formulación de leyes por asambleas legislativas y su interpretación por los tribunales. Comprende todo un ciclo de sucesos que comienza con una especie de malestar general, de donde surgen los asuntos políticos, y concluye con la adopción general, en las costumbres y hábitos de la comunidad, de un nueva regla de conducta y — por utilizar una expresión que W.I. Thomas ha hecho familiar— una nueva «definición de la situación»*.

El proceso político comprende la discusión pública y una definición de los problemas; la formación y expresión de la opinión pública; la elección de legisladores; la elaboración y la promulgación de la legislación; la interpretación y la aplicación de la ley y, en definitiva, la conformidad y el asentimiento de toda la comunidad en su aplicación. En ese sentido, la ley termina por adoptarse en la costumbre y por fijarse en los hábitos de la comunidad. El proceso político comprende todas las actividades de gobierno y, puesto que la sociedad es esencialmente una organización de control social, cubre en definitiva todos los aspectos de la vida social.

La organización en Nueva York, Chicago y en otras partes, de agencias de investigación municipal y los estudios más recientes en Cleveland y en San Luis de la administración de justicia criminal, indican la dirección y el progreso de la investigación en este campo.

Los estudios del grupo de ciencia política de la universidad de Chicago ilustran no sólo la dirección hacia una perspectiva más realista del proceso político, sino que también intentan introducir métodos científicos en la descripción y previsión del comportamiento político; así se observa en los proyectos de investigación ya publicados: *Non Voting*, de Charles E. Merriam y Harold F. Gosnell; *Getting out the Vote*, de H.F. Gosnell; *The Chicago Primary of 1926: a Study in Election Methods*, de Carroll H. Woody; *Carter H. Harrison: A Study in Political Leadership*, de C.O. Johnson; *The City Manager*, de Leonard D. White.

Sumner dice que hay dos tipos de instituciones: (1) las que se desarrollan, y (2) las que son promulgadas. Pero las instituciones no son meramente el resultado de un decreto —más bien, son descubiertas o inventadas. La realidad parece ser

67. Cf. Charles E. Merriam, *New Aspects of Politics* (Chicago, 1925); *Four American Party Leaders* (Nueva York, 1926); *Chicago: a More Intimate View of Urban Politics* (Nueva York, 1929).

* N. del T. Se refiere al teorema de Thomas: «Si los individuos definen como reales las situaciones, son reales en sus consecuencias». Véase *The majusted girl*, Little Brown & Co., 1923. Robert K. Merton desarrolló el teorema en *Teoría y estructuras sociales* (1949).

que las instituciones se desarrollan siempre, pero que su crecimiento se hace ordinariamente por adición y superposición de invenciones particulares⁶⁸.

Una de las cosas que hacen de la ciudad un lugar particularmente favorable para el estudio de las instituciones y de la vida social en general es el hecho de que, bajo las condiciones de vida urbana, las instituciones se desarrollan rápidamente. Crecen ante nuestros ojos: los procesos de su desarrollo son accesibles a la observación y, eventualmente, a la experimentación.

Otro motivo de que la ciudad sea un lugar favorable para el estudio de la vida social y que le confiere el carácter de laboratorio social es que, en la ciudad, cualquier característica de la naturaleza humana no sólo es visible sino más acusada.

En la libertad de la ciudad, todo individuo, cualquiera que sea su excentricidad, encuentra en alguna parte un medio donde abrirse y expresar de un cierto modo la singularidad de su naturaleza. Una comunidad más reducida tolera algunas veces la excentricidad pero la ciudad a menudo la estimula. Ciertamente uno de los atractivos de la ciudad es que cada tipo de individuo –el criminal, el mendigo, incluso el hombre genial– puede encontrar en algún sitio la compañía de afines, de tal suerte que el vicio o el talento, que eran sofocados en el círculo más íntimo de la familia o en los estrechos límites de una pequeña comunidad, encuentran aquí un clima moral en el que florecer.

El resultado es que en la ciudad todas las ambiciones secretas y todos los deseos reprimidos encuentran en alguna parte una expresión. La ciudad amplifica, despliega y exhibe las más variadas manifestaciones de la naturaleza humana. Eso es lo que hace interesante a la ciudad e incluso fascinante; eso es lo que la convierte en el lugar privilegiado donde explorar los secretos del corazón del hombre y estudiar la naturaleza humana y la sociedad.

68. W.G. Sumner, *Folkways*, p. 48-50.

9. Ecología humana*

I. La trama de la vida

Los naturalistas del siglo pasado estaban intrigados por la observación de las interrelaciones y coordinaciones entre las numerosas, diferentes y ampliamente dispersas especies en el reino de la naturaleza animada. Sus sucesores, los actuales botánicos y zoólogos, han orientado su atención hacia investigaciones más específicas y el «reino de la naturaleza», como concepto de evolución, ha venido a ser para ellos una noción tan remota como especulativa.

La «trama de la vida» en la que todos los organismos vivos, plantas y animales, se encuentran ligados en un vasto sistema de vidas intervinculadas e interdependientes, es no obstante, como J. Arthur Thomson ha observado, «uno de los conceptos biológicos fundamentales, tan característicamente darwiniano como el de la lucha por la existencia»⁶⁹.

El famoso ejemplo de Darwin sobre los gatos y el trébol es una ilustración clásica de esta interdependencia. Según lo explica, Darwin encontró que los abejorros eran casi indispensables para la fertilización de las trinitarias, pues otros tipos de abeja no visitan esta flor. Lo mismo sucede con algunos otros tipos de trébol. Sólo los abejorros acuden al trébol rojo ya que otras abejas no pueden extraer su néctar. La conclusión es que si el abejorro empezara a extinguirse o a escasear en Inglaterra, el pensamiento y el trébol rojo empezarían a ser muy raros o incluso llegarían a desaparecer por completo. Ahora bien, el número de abejorros en un área depende en gran medida del número de lirones, que destruyen sus panales y nidos. Se estima que más de dos tercios de ellos son destruidos así en Inglaterra. Cerca de las aldeas y de las pequeñas ciudades los nidos de abejorros son más abundantes que en otros sitios y esto se atribuye al número de gatos que acaban con los lirones⁷⁰. Así pues, la cosecha anual de trébol rojo en ciertas partes de Inglaterra depende del número de abejorros del área; el número de abejorros depende del número de lirones y éste a su vez del número y del arrojido de los gatos; por último, el número de gatos depende —como alguien ha añadido— del número de respetables ancianas y de otras personas que cuidan gatos en las aldeas vecinas.

Esta larga «cadena alimenticia», como se ha denominado, donde cada eslabón devora al siguiente, tiene como prototipo lógico la familiar tonada infantil, *The House that Jack Built* (*La casa que construyó Jack*):

* «Human Ecology». Publicado originalmente en *American Journal of Sociology*, 42 (1936), p. 1-15. Recopilado en *Collected Papers of R. E. Park* (vol. II), *Human Communities*, p. 145-158.

69. *The System of Animate Nature* (Gifford Lectures, 1915-16), II (Nueva York, 1920), 58.

70. J. Arthur Thomson, *Darwinism and Human Life*, Nueva York, 1911, p. 52-53.

*The cow with the crumpled horn,
That tossed the dog,
That worried the cat,
That killed the rat,
That ate the malt,
That lay in the house that Jack built.*

(La vaca de cuernos torcidos / que sacudió al perro / que mordió al gato / que mató la rata / que comía la malta / que había en la casa que Jack construyó).

Darwin y los naturalistas de su tiempo estaban particularmente interesados en la observación y en la recopilación de estos curiosos ejemplos de adaptación mutua y de correlación entre plantas y animales, pues parecían esclarecer el origen de las especies. Dentro de un hábitat común, tanto estas especies como su interdependencia mutua parecían ser el producto de la misma lucha por la existencia darwiniana.

Es interesante observar que fue la aplicación de un principio sociológico a la vida orgánica –en concreto, el principio de la cooperación competitiva– lo que proporcionó a Darwin la clave original para la formulación de su teoría de la evolución.

«Darwin proyectó sobre la vida orgánica» –dice Thomson– «una idea sociológica y así reivindicó la relevancia y la utilidad de una idea sociológica dentro del dominio de la biología»⁷¹.

El principio activo en la ordenación y regulación de la vida dentro del reino de la naturaleza animada es, tal como Darwin lo describió, *«la lucha por la existencia»*. El número de organismos vivos está regulado por esta lucha, su distribución es controlada y se mantiene el equilibrio de la naturaleza. Por último, esa forma elemental de competencia explica que las especies existentes, los supervivientes de esta lucha, encuentren su nicho en el medio físico y en la correlación o división del trabajo existente entre las diferentes especies. J. Arthur Thomson ofrece una definición general de este tema en su *System of Animate Nature*. Dice así:

«La multitud de organismos vivos no son... criaturas aisladas, pues cada retazo de vida está entretelado con otros en un complejo entramado... Flores e insectos están mutuamente acomodados como el guante a la mano. Los gatos tienen relación con las plagas en la India así como con la cosecha de trébol en nuestro país... Del mismo modo que existe una correlación de órganos en el cuerpo, hay una correlación de organismos en el mundo de la vida. Cuando conocemos algo sobre el intrincado vínculo de dar y tomar, ofrecer y demandar, sobre la acción y la reacción entre plantas y animales, entre flores e insectos, entre herbívoros y carnívoros y entre otros intereses

71. *Ibid.*, p. 72.

conflictivos pero correlativos, empezamos a vislumbrar una amplia organización autorreguladora».

Estas manifestaciones de un orden viviente, mutable pero persistente entre organismos competidores –organismos que presentan «*intereses conflictivos pero relacionados*»– proporcionan al parecer la base para una concepción del orden social que trasciende la especie particular, y de una sociedad fundada sobre una base biótica más que sobre una base cultural, una concepción desarrollada más tarde por la ecología vegetal y animal.

En años recientes, los geógrafos de las plantas han sido los primeros en recuperar algo de ese antiguo interés de campo de los naturalistas por las interrelaciones de las especies. Haeckel, en 1878, fue el primero en dar a estos estudios un nombre, «ecología», reservándoles un carácter científico distintivo y separado; una ciencia que Thomson describiría como «*la nueva historia natural*»⁷².

Naturalmente la interrelación y la interdependencia entre las especies resultan más obvias y estrechas dentro de un hábitat común que fuera de él. Además, a medida que la correlación se multiplica y la competencia decrece, como resultado de las adaptaciones mutuas entre especies competidoras, el hábitat y los habitantes han tendido a asumir el carácter de un sistema más o menos completamente cerrado.

Dentro de los límites de este sistema las unidades individuales de población están implicadas en un proceso de cooperación competitiva que ha proporcionado a sus interrelaciones el carácter de una economía natural. A este tipo de hábitat y a sus habitantes –sean plantas, animales u hombres– los ecólogos han aplicado el término «comunidad».

Las características esenciales de una comunidad así definida son las siguientes:

1. una población territorialmente organizada,
2. más o menos arraigada completamente al suelo que ocupa,
3. cuyas unidades individuales mantienen relaciones de interdependencia mutua cuya naturaleza es simbiótica antes que social, en el sentido en que ese término se aplica a los seres humanos.

Estas sociedades simbióticas no constituyen sólo un agregado desorganizado de plantas y animales que viven juntas en el mismo hábitat. Por el contrario, están interrelacionados del modo más complejo. Toda comunidad posee ciertos rasgos de unidad orgánica: tiene una estructura más o menos definida así como «*una historia vital en la que puede observarse las fases de juventud, de madurez y de senectud*»⁷³. Si se trata de un organismo, se integra como órgano de otro organismo. Por usar un término de Spencer, se trata de un «superorganismo».

72. «*Ecología* –dice Elton– *corresponde al viejo término Historia Natural y Bionómica, pero sus métodos son ahora más seguros y precisos*», Vid. «*Ecology*», *Encyclopaedia Britannica* (14ª ed.)

73. Edward J. Salisbury, «*Plants*», *Encyclopaedia Britannica* (14ª ed.).

Lo que proporciona a la comunidad simbiótica, más que cualquier otra cosa, características de organismo es el hecho de que posee un mecanismo (la competición) para (1) regular el número de sus miembros, y (2) preservar el equilibrio entre las especies competidoras que la integran. Mediante el mantenimiento de ese equilibrio biótico la comunidad preserva su identidad y su integridad como unidad individual a través de los cambios y vicisitudes a los que se ve sometida en el curso de su evolución, desde la primera hasta la última fase de su existencia.

2. El equilibrio de la naturaleza

El equilibrio de la naturaleza, tal como los ecólogos vegetales y animales lo han concebido, parece ser sobre todo una cuestión de números. Cuando la presión de la población sobre los recursos naturales del hábitat alcanza un cierto grado de intensidad, invariablemente algo sucede. En ciertos casos la población puede dispersarse, emigrar y aliviar así la presión demográfica. En otros casos, cuando el desequilibrio entre población y recursos naturales deriva de algún cambio, súbito o gradual, de las condiciones de vida, la correlación preexistente entre las especies puede quedar totalmente destruida.

El cambio puede producirse como consecuencia de una hambruna, de una epidemia o de una invasión del hábitat por alguna especie extraña. La invasión puede provocar un rápido incremento de la población invasora y un brusco descenso en el número de la población original, si no su destrucción. Algunos tipos de cambios se dan continuamente, si bien su ritmo y tasa varían a veces considerablemente. Charles Elton señala al respecto:

«La impresión de cualquiera que haya estudiado el número de animales sobre el terreno es que el «equilibrio de la naturaleza» apenas existe, excepto en la mente de los científicos. Parece que el número de animales tiende siempre a establecerse de acuerdo a un mecanismo de funcionamiento suave y armonioso, pero siempre sucede algo antes de que este feliz estado se alcance»⁷⁴.

En circunstancias normales, esas fluctuaciones menores en el equilibrio biótico, a medida que ocurren, están mediatizadas y son absorbidas sin alteraciones profundas en el equilibrio existente y en el curso normal de la vida. Cuando, por otro lado, algún cambio repentino y catastrófico tiene lugar –puede ser una guerra, una hambruna, una epidemia de peste– el equilibrio biótico se altera, se rompe «la costra de costumbre» y se liberan las energías que estaban hasta entonces contenidas. Una serie de cambios rápidos e incluso violentos puede sobrevenir alterando profundamente la organización existente de la vida comunitaria, reorientando el curso futuro de los acontecimientos.

74. «Animal Ecology», *ibid.*

La aparición del gorgojo en los campos algodoneiros del sur es un ejemplo modesto pero muy ilustrativo de la forma en que opera este principio. El gorgojo cruzó el río Grande a la altura de Brownsville en el verano de 1892. Hacia 1894 la plaga se había extendido a una docena de condados de Texas, llevando la destrucción a los campos de algodón y ocasionando graves pérdidas en las plantaciones. Desde ese punto continuó avanzando, en cada estación, hasta que en 1928 llegó a cubrir prácticamente todo el área de producción algodoneira de los Estados Unidos. Su desarrollo asumió la forma de una sucesión territorial. Las consecuencias para la agricultura fueron catastróficas. Pero no todo fue negativo, pues eso mismo sirvió para dar un impulso a cambios en la organización de la industria, necesarios desde hacía mucho tiempo, y aceleró también la migración de los aparceros negros hacia el norte.

El caso del gorgojo es típico. En el mundo moderno, un mundo móvil, donde el espacio y el tiempo han sido abolidos prácticamente, no sólo los hombres sino también todos los organismos inferiores (incluidos los microbios) parecen estar, como nunca antes, en continuo movimiento. El comercio, que progresivamente ha destruido el aislamiento que permanecía en el antiguo orden de la naturaleza, ha intensificado la lucha por la existencia sobre un área cada vez más extensa del mundo habitable. De esa lucha está emergiendo un nuevo equilibrio y un nuevo sistema de naturaleza animada, la nueva base biótica de la sociedad-mundo.

Como Elton señala, «*la fluctuación numérica*» y la «*ineficacia*» eventual del «*mecanismo regulador del incremento de la vida animal*» es lo que interrumpe de ordinario la rutina establecida, y al hacerlo así se abre paso un nuevo ciclo de cambio. Respecto a estas fluctuaciones numéricas, Elton dice:

«Estos fallos del mecanismo regulador del incremento animal ¿están causados por (1) cambios internos que actúan como un reloj alarma que repentinamente saltara, o a la manera de las calderas de una máquina en marcha, o están causados por ciertos factores del medio externo —el tiempo, la vegetación o cosas por el estilo?»⁷⁵

Y añade:

«Parece como si fueran debidos a ambos, si bien el último (el factor externo) es el más importante de los dos, y por lo general desempeña el papel principal».

Las condiciones que afectan y controlan los movimientos y el tamaño de la población en las sociedades humanas son más complejas que en las comunidades vegetales y animales, pero muestran similitudes extraordinarias.

El gorgojo, saliendo fuera de su hábitat original en la meseta central mexicana y penetrando en el territorio virgen de las plantaciones sureñas de algodón, multiplicando su población hasta el límite de los territorios y de los recursos, no es muy diferente de los Boers de Cape Colony, en Sudáfrica, viajando penosamente

75. *Ibid.*

hacia la altiplanicie de la meseta central sudafricana y ocupándola a lo largo de un siglo con sus propios descendientes.

La competencia opera en la comunidad humana (al igual que lo hace en la comunidad vegetal y animal) para realizar y restaurar el equilibrio comunitario cuando éste es alterado por la aparición de algún factor extraño procedente del exterior o cuando sencillamente sucede en el curso normal de su ciclo de vida.

Así, cada crisis inicia un periodo de rápido cambio durante el cual la competencia se intensifica, desembocando finalmente en un periodo de equilibrio más o menos estable y en una nueva división del trabajo. De esta forma la competencia crea una condición por la cual es sustituida por la cooperación.

Puede decirse que cuando la competencia declina, y en la medida en que lo hace, el tipo de orden que llamamos sociedad existe. En resumen, la sociedad, desde un punto de vista ecológico, y en la medida en que se trata de una unidad territorial, es precisamente el área donde la competencia biótica declina y la lucha por la existencia asume formas más sublimadas y superiores.

3. Competencia, dominio y sucesión

Existen otras formas menos obvias mediante las cuales la competencia ejerce un control sobre las relaciones de individuos y especies dentro de un hábitat comunitario. Los dos principios ecológicos, dominio y sucesión, que operan para establecer y mantener el orden de la comunidad tal como aquí se ha descrito son funciones de la competencia, de la que dependen.

En cada comunidad hay siempre una o más especies dominantes. Entre la comunidad vegetal esta dominación, por lo común, es el resultado de una lucha por la luz entre especies diferentes. En un clima que permite bosques, las especies dominantes serán invariablemente los árboles; en cambio, en las praderas y en las estepas dominarán las hierbas.

«Siendo la luz la principal necesidad de las plantas, la especie dominante entre su comunidad es el miembro más alto, que puede extender su colector verde de energía por encima de la cabeza de los otros. Toda explotación marginal que pueda hacerse es una explotación de luz amortiguada bajo la copa dominante. Por eso en toda comunidad de vida sobre la tierra, se trate de campiñas o de bosques, hay capas de vegetación adaptadas para existir a una intensidad de luz menor que la de la inmediata superior. Normalmente hay sólo dos o tres de estas capas; en un bosque de robles, por ejemplo, habrá una capa de musgo sobre las hierbas o los matorrales, y nada más hasta la techumbre de hojas; en los trigales la forma dominante es el trigo, con malas hierbas menores entre sus tallos. Sin embargo, en las selvas tropicales, desde las raíces hasta el techo, todo el espacio puede ser zonificado y poblado»⁷⁶.

76. H.G. Wells, J.S. Huxley y G.P. Wells, *The Science of Life*, Nueva York, 1934, p. 968-969.

Pero el principio de dominación opera en la comunidad humana del mismo modo que en las comunidades vegetales y animales. Las denominadas áreas naturales o funcionales de la comunidad metropolitana –por ejemplo el barrio bajo, el área residencial, el sector comercial y el centro financiero– deben su existencia directamente al factor de la dominación, e indirectamente a la competencia.

La lucha de las industrias y de los establecimientos comerciales para obtener una localización estratégica determina a la larga los rasgos principales de la comunidad urbana. La distribución de población así como la localización y los límites de las áreas residenciales que ocupan están determinados por un sistema de fuerzas similar aunque subordinado.

El área de dominación en cualquier comunidad es por lo general el sector donde los valores del suelo son más altos. Normalmente, en cada gran ciudad hay dos posiciones donde el valor del suelo es más elevado –una en el distrito comercial central, la otra en el área central financiera. Desde estos puntos los valores del suelo declinan, al principio rápidamente y después de forma gradual, a medida que se sale hacia la periferia de la comunidad urbana. Los valores del suelo determinan la localización de las instituciones sociales y de las empresas comerciales. Sin embargo, tanto unas como otras están atrapadas en una especie de complejo territorial donde son a un mismo tiempo unidades competidoras e interdependientes.

A medida que la comunidad metropolitana expande a los suburbios la presión de los profesionales, de las empresas comerciales y de instituciones sociales de distintas clases destinadas a servir al conjunto de la región metropolitana, se incrementa la demanda de espacio en el centro urbano. De ahí, pues, no sólo el crecimiento del área suburbana sino también el cambio en el modo de transporte, que hace más accesible el centro comercial de la ciudad, tiende a incrementar la presión sobre el centro. Esta presión se transmite y se difunde desde ahí al resto de la ciudad, como evidencia el perfil de los valores del suelo.

Así el principio de dominación, al operar en los límites que le imponen el terreno y otros aspectos naturales del emplazamiento, tiende a determinar el modelo ecológico general de la ciudad y la relación funcional de cada una de las diferentes áreas de la ciudad con el resto.

La dominación es, además, responsable indirecta del fenómeno de la sucesión, en la medida que tiende a estabilizar tanto la comunidad biótica como la comunidad cultural.

El término «sucesión» es usado entre los ecólogos para describir y designar la secuencia ordenada de cambios por los que atraviesa la comunidad biótica en el curso de su desarrollo, desde una fase primaria y relativamente inestable a otra fase relativamente permanente o clímax. Lo esencial es que no sólo crecen las plantas y los animales en el seno de un hábitat comunitario sino la comunidad misma; esto es, el sistema de relaciones entre especies está del mismo modo envuelto en un proceso ordenado de cambio y de desarrollo.

El hecho de que, en el curso de su desarrollo, la comunidad atraviese una serie más o menos nítida de etapas definidas es lo que proporciona a este desarrollo el carácter seriado que sugiere el término «sucesión».

La explicación del carácter consecutivo de los cambios implicados en la sucesión descansa en el hecho de que en cada fase del proceso se alcanza un equilibrio más o menos estable; una vez logrado, y como resultado de cambios progresivos en las condiciones de vida, posiblemente debidos al crecimiento y a la decadencia, el equilibrio obtenido en un estadio temprano puede eventualmente venirse abajo. En tal caso las energías previamente contenidas en el equilibrio serán liberadas, la competencia se intensificará y el cambio proseguirá a un ritmo relativamente rápido hasta que se logre un nuevo equilibrio.

La fase de clímax del desarrollo comunitario se corresponde con la fase adulta de una vida individual.

«En cualquier organismo simple, cada fase de desarrollo es su propio verdugo, y a su vez genera una nueva fase de existencia, como cuando el renacuajo desarrolla la glándula tiroidea que está destinada a hacer desaparecer la etapa de renacuajo para que surja una rana minúscula. En las comunidades de organismos sucede lo mismo: cada fase altera su propio medio, transforma y enriquece casi invariablemente el suelo que habita; y así, eventualmente, pone fin a sí mismo, haciendo posible que florezcan nuevos tipos de plantas con mayores demandas de sales minerales y de otras riquezas del suelo. Por lo tanto, mayores y más exigentes plantas van gradualmente suplantando a las primeras pioneras, hasta que se alcanza un último equilibrio, la posibilidad definitiva para ese clima»⁷⁷.

La comunidad cultural se desarrolla de un modo comparable a como lo hace la comunidad biótica, aunque el proceso es más complicado. Los inventos, así como repentinos o catastróficos cambios, parecen desempeñar un papel más importante en la generación de cambios sucesivos en la comunidad cultural que en la comunidad biótica. Pero el principio implicado parece ser esencialmente el mismo. En cualquier caso, la mayoría de los procesos fundamentales, si no todos, parecen estar funcionalmente relacionados y subordinados a la competencia.

La competencia, que en nivel biótico funciona para controlar y regular las interrelaciones entre organismos, tiende a asumir en lo social la forma de conflicto. La estrecha relación entre competencia y conflicto viene indicada por el hecho de que a menudo las guerras, si no siempre, tienen o parecen tener su origen en la competencia económica, que en tal caso asume la forma más sublimada de lucha por el poder y el prestigio. La función social de la guerra, por otro lado, consiste al parecer en ampliar el área sobre la que es posible mantener la paz.

77. *Ibid.*, p. 977-978.

4. Economía biológica

Si la presión demográfica, de un lado, coopera con los cambios de las condiciones locales y ambientales para alterar al mismo tiempo el equilibrio biótico y el equilibrio social, tiende a la vez a intensificar la competencia. Actuando así, indirectamente ocasiona una nueva división del trabajo, más minuciosa y, al mismo tiempo, territorialmente más extensa.

Bajo la influencia de una acrecentada competencia, y del aumento de la actividad que implica ésta, toda especie y todo individuo tienden a descubrir en el medio físico vivo el nicho particular en el que pueden sobrevivir y prosperar con la mayor expansibilidad y consistencia posibles, en dependencia necesaria de sus vecinos.

De este modo se establece y se mantiene, dentro del hábitat comunitario, una organización territorial y una división biológica del trabajo. Esto explica, al menos en parte, el hecho de que la comunidad biótica haya sido concebida en ciertas ocasiones como un tipo de superorganismo y otras veces como un tipo de organización económica para la explotación de los recursos naturales de su hábitat.

En su interesante estudio, *The Science of Life*, H.G. Wells y sus colaboradores, Julian Huxley y G.P. Wells, han descrito la ecología como una «economía biológica» y como tal fundamentalmente interesada por «los equilibrios y las presiones mutuas entre especies que comparten el mismo hábitat»⁷⁸.

«La ecología —señalan— es una extensión de la economía al conjunto de la vida». Por otro lado, la ciencia económica tal como ha sido tradicionalmente concebida, pese a ser una ciencia un siglo más vieja, es meramente una rama de la más general ciencia de la ecología que incluye al hombre junto a todas las otras criaturas vivas. Bajo las circunstancias que han sido tradicionalmente descritas como económicas y concibiéndola como ciencia restringida a los asuntos humanos, puede propiamente ser considerada —como Barrows describió la geografía hace ya algunos años— como ecología humana. En este sentido usan el término H.G. Wells y sus colaboradores.

«La ciencia de la economía, que en un principio fue llamada Economía Política, es un siglo más vieja que la ecología. Era y es la ciencia de la subsistencia social, de las necesidades y de sus satisfacciones, del trabajo y de la riqueza. La economía se propone elucidar las relaciones entre productor, intermediario y consumidor en la comunidad humana y mostrar cómo opera el conjunto del sistema. La ecología amplía esta cuestión en un estudio general del intercambio, del esfuerzo y de la acumulación y el consumo en cada ámbito de la vida. Por eso, la economía es sólo ecología humana, es un estudio específico y limitado de la ecología de la comunidad extraordinaria en la que vivimos. Podría haber sido una ciencia mejor y más brillante si hubiera comenzado desde una perspectiva biológica»⁷⁹.

78. *Ibid.*

79. H.H. Barrows, «Geography as Human Ecology», *Annals Association American Geographers*, xiii (1923), 1-14. Vid. H.G. Wells *et al.*, *op. cit.* p. 961-62.

Puesto que la ecología humana no puede ser al mismo tiempo geografía y economía, se puede adoptar como hipótesis de trabajo la noción de que no es ni lo uno ni lo otro, sino algo independiente de ambas. Incluso así, los motivos para identificar, de un lado, la ecología con la geografía y, de otro, con la economía, son bastante obvios.

Desde el punto de vista de la geografía, plantas, animales y hombres, incluyendo sus moradas y otras manifestaciones de la ocupación humana del suelo, son meramente parte del paisaje que el geógrafo trata de describir y encuadrar detalladamente.

Por otro lado, la ecología (economía biológica), incluso cuando implica algún tipo de cooperación inconsciente y una división natural, espontánea e irracional del trabajo, es algo diferente de la economía del intercambio; algo completamente distinto del regateo de la plaza del mercado. El comercio, como Simmel señaló en otra parte, es una de las últimas y más complicadas relaciones sociales que los seres humanos han construido. El hombre es el único animal que comercia y trafica.

La ecología, y la ecología humana, no es idéntica a la economía en un nivel distintivamente cultural y humano; sin embargo, es algo más y diferente a ese orden estático que el geógrafo humano descubre cuando explora el paisaje cultural.

La comunidad del geógrafo no es como la del ecólogo, un sistema cerrado, y la red de comunicación que el hombre ha tejido sobre la tierra es algo diferente de la «trama de la vida» que liga en un nexo vital a las criaturas vivas de todo el mundo.

5. Simbiosis y sociedad

La ecología humana, que ni es economía ni geografía, sino tan sólo ecología, difiere no obstante de la ecología vegetal y animal en aspectos importantes. Las interrelaciones de los seres humanos y las interacciones del hombre y su hábitat son comparables pero no idénticas a las interrelaciones de otras formas de vida que conviven y que sostienen un tipo de «economía biológica» dentro de los límites de un hábitat común.

El hombre no es tan inmediatamente dependiente de su ambiente físico como otros animales. Como resultado de la existencia de una división mundial del trabajo, la relación del hombre con su entorno físico ha sido mediatizada por la intervención de otros hombres. El intercambio de bienes y servicios ha contribuido a emanciparle de la dependencia con respecto a su hábitat local.

Además, por medio de invenciones y de mecanismos técnicos de todo tipo, el hombre ha incrementado enormemente su capacidad para reaccionar y rehacer no únicamente su hábitat local sino su mundo. Por último, el hombre ha erigido sobre la base la comunidad biótica una estructura institucional arraigada en la costumbre y la tradición.

La estructura, allí donde existe, tiende a resistir el cambio, al menos el cambio procedente del exterior; mientras posiblemente facilita la acumulación de cambios

internos⁸⁰. En las comunidades vegetales y animales la estructura está biológicamente determinada, y en la medida en que exista una cierta división del trabajo tendrá una base fisiológica e instintiva. La sociabilidad de los insectos ofrece un ejemplo notable de este hecho, y uno de los intereses del estudio de sus hábitos —como Wheeler ha apuntado— consiste en que muestran el grado en que una organización social puede desarrollarse sobre una base puramente instintiva y fisiológica, como sucede entre los seres humanos donde la familia natural es distinta de la familia institucional⁸¹.

En una sociedad de seres humanos, sin embargo, esta estructura comunitaria se refuerza por la costumbre y asume un carácter institucional. Al contrario que en las sociedades animales, entre los humanos la competencia y la libertad de los individuos están limitadas en los niveles superiores al biótico por la costumbre y el consenso.

La incidencia de este control más o menos arbitrario impuesto por la costumbre y el consenso sobre el orden social natural complica el proceso social pero no lo altera fundamentalmente —o, si lo hace, los efectos de la competencia biótica se manifestarán en el orden social sucesivo y en el consiguiente curso de los acontecimientos.

El hecho parece ser, pues, que la sociedad humana, a diferencia de las sociedades animales y vegetales, se organiza en dos niveles, el biótico y el cultural. Existe una sociedad simbiótica basada en la competencia y una sociedad cultural basada en la comunicación y el consenso. En realidad, las dos sociedades constituyen sólo aspectos diferentes de una única sociedad que, en las vicisitudes y cambios a los que están sometidos, permanecen no obstante en cierta dependencia mutua. La superestructura cultural se apoya sobre la base de la estructura simbiótica, y las energías emergentes que se manifiestan a nivel biótico como movimientos y acciones se revelan bajo formas sublimadas y sutiles en el nivel social superior.

Ahora bien, las interrelaciones de los seres humanos son más variadas y complejas de lo que esta dicotomía, simbiótica y cultural, sugiere. Prueba de ello son los divergentes sistemas de interrelación humana que han sido objeto de ciencias sociales específicas. Así pues, la sociedad humana en su expresión más madura y racional presenta ciertamente no sólo un orden ecológico sino también

80. Aquí encontramos, obviamente, otra manifestación de ese carácter orgánico de las interrelaciones entre organismos en la biosfera al que J. Arthur Thomson y otros se han referido. Es un indicador de la forma en que la competencia mediatiza la influencia a través del ajuste y la readaptación de las relaciones internas de la comunidad. En este caso, «dentro» coincide con la órbita del proceso competitivo, al menos en la medida en que los efectos de ese proceso son sustantivos y evidentes. Véase la definición de Georg Simmel de la sociedad y de los grupos sociales en el tiempo y en el espacio en Park y Burgess, *Introduction to the Science of Sociology* (2ª ed.) p. 348-356.

81. William M. Wheeler, *Social Life among the Insects*, Lowell Institute Lectures, marzo 1922, p. 3-18.

* N. del T. A este respecto véase en esta misma compilación los artículos de Robert Park «La organización comunitaria y el temperamento romántico» y «La ciudad, fenómeno natural».

económico, político y cultural*. Las ciencias sociales incluyen no sólo la geografía y la ecología humana sino también la economía, la politología y la antropología cultural.

Es también interesante que estos órdenes sociales divergentes parecen disponerse en una cierta jerarquía. De hecho, puede decirse que forman una pirámide donde el orden ecológico constituye la base y el orden moral la cúspide. Cuanto más elevados son esos niveles sucesivos y ascendentes –el ecológico, el económico, el político y el moral– el individuo se encuentra incorporado y subordinado de modo más completo al orden social del que forma parte.

La sociedad es siempre y por doquier una organización de control: su función es organizar, integrar y canalizar las energías inherentes a los individuos que la componen. Quizá, podría decirse que la función de la sociedad consiste en restringir la competencia y, haciéndolo, obtener una cooperación más efectiva de las unidades orgánicas de las que está compuesta.

La competencia, a nivel biótico, como observamos en las comunidades vegetales y animales, parece no tener relativamente restricciones. La sociedad, en la medida en que existe, es anárquica y libre. En el nivel cultural esta libertad de los individuos para competir queda limitada por convenciones, acuerdos y por la ley. El individuo es más libre en el nivel económico que en el político y más libre en este último que en el nivel moral.

Cuando la sociedad madura, el control se extiende y se intensifica y el libre comercio de los individuos se restringe, si no por la ley, por eso que Gilbert Murray refiere como «*la expectativa normal de la humanidad*». Las costumbres son sólo lo que los hombres, en determinadas situaciones, han convenido.

La ecología humana, en la medida que se interesa por el orden social basado en la competencia antes que en el consenso, es idéntica, al menos en principio, a la ecología vegetal y animal. Las cuestiones que tradicionalmente han ocupado a la ecología animal y vegetal son fundamentalmente problemas de población. La sociedad, tal como ha sido concebida por la ecología, es una población asentada y limitada en su hábitat. Los lazos que unen a sus unidades individuales son los propios de una economía natural y libre, basada en la división natural del trabajo. Semejante sociedad está organizada territorialmente y los lazos que la mantienen unida son físicos y vitales antes que morales y consuetudinarios.

La ecología humana ha de considerar, sin embargo, el hecho de que en las sociedades humanas la competencia está limitada por la cultura y la costumbre. La superestructura cultural se impone como instrumento de dirección y de control sobre la infraestructura biótica.

Reducida a sus elementos, la comunidad humana, tal como se concibe, puede decirse que consiste en una población y una cultura, incluyendo en el término cultura: (1) un cuerpo de costumbres y de creencias; y (2) un cuerpo correspondiente de artefactos y dispositivos tecnológicos.

A estos tres elementos o factores –(1) población, (2) artefactos (cultura tecnológica), y (3) costumbres y creencias (cultura no material)– en los que el complejo social se resuelve, podría añadirse quizás un cuarto elemento, a saber:

los recursos naturales del hábitat. La interacción de estos cuatro factores mantiene al mismo tiempo el equilibrio biótico y social, cuando y donde existen.

Los cambios que atañen a la ecología consisten en movimientos de población y de artefactos (bienes) y en cambios de localización y de ocupación –cualquier tipo de cambio, en realidad, que afecte a la división del trabajo existente o a la relación de la población con el suelo que ocupa.

La ecología humana es, fundamentalmente, un intento de investigar (1) los procesos por los cuales el equilibrio biótico y el equilibrio social se mantienen una vez alcanzados, y (2) los procesos por los cuales, cuando dichos equilibrios se alteran, la transición se realiza desde un orden relativamente estable a otro.

10. La ciudad, fenómeno natural*

Existen obviamente varias maneras de considerar de modo correcto la ciudad, o de hecho cualquier forma de sociedad organizada sobre el plano territorial, como objeto de investigación. Se la puede concebir (1) como un simple agregado territorial, tal como tiende a hacerse en los censos de población; en ese caso, no se tiene en cuenta los múltiples modos en que las unidades individuales que componen ese agregado se relacionan y dependen mutuamente. Se la puede considerar (2) como una especie de artefacto físico o conceptual en el que la estructura material de la ciudad está totalizada en un armazón de conceptos jurídicos que reglamenta y controla la vida de los individuos en el seno de la comunidad. Por último la ciudad puede ser considerada (3) como una unidad funcional en la cual las relaciones entre los individuos que la integran están determinadas no sólo por las condiciones impuestas por la estructura material de la ciudad ni siquiera por las regulaciones formales de un gobierno local, sino más bien por las interacciones, directas o indirectas, que los individuos mantienen los unos con los otros.

Considerada desde este punto de vista, la comunidad urbana se presenta como algo más simple que un mero conglomerado de poblaciones e instituciones. Al contrario, sus elementos componentes, instituciones y personas, están tan estrechamente ligados que el conjunto tiende a asumir las características de un organismo o, por utilizar el término de Herbert Spencer, de un superorganismo. En este sentido, los límites de la comunidad urbana no deben ser identificados con los de la ciudad como unidad administrativa, sino más bien con los de la región metropolitana, que no son fijados arbitrariamente pues la región metropolitana es coextensiva con el área en el que la ciudad, como fenómeno natural, funciona efectivamente o, quizá, con esa zona donde ejerce una dominación económica y, en menor grado, una influencia cultural.

Las investigaciones en ecología vegetal y animal nos han familiarizado con el hecho de que las plantas y los animales que conviven en un hábitat común tienden invariablemente a desarrollar una economía natural y, como resultado de esta interdependencia económica, a formar una comunidad biótica en la cual las diferentes especies pueden disfrutar de una seguridad y de una prosperidad mayores que si ellas viviesen por separado. Esta es la situación donde especies diferentes que ocupan el mismo hábitat poseen distintas exigencias en cuanto al suelo, o donde su cohabitación tiende, por una razón u otra, a atenuar la competencia y a asegurar así a los habitantes, si se puede aplicar este término para

* Escrito inédito recogido por primera vez en *Human Communities*, p. 118-127. El artículo se escribió como crítica al planteamiento de E.L. Thorndike en *Your City* (1939).

las plantas, un mayor grado de cooperación. La comunidad biótica descrita por la ecología vegetal y animal es un ejemplo de lo que se entiende por superorganismo.

La competencia, que es el principio organizador fundamental en las comunidades vegetales y animales, desempeña un papel apenas menos importante en la comunidad humana. En la comunidad vegetal y animal, la competencia contribuye a producir: (1) una distribución ordenada de la población; y (2) una diferenciación de las especies en su hábitat.

Los mismos principios operan en lo que respecta a la población humana, salvo que, en este último caso, la región económica constituye el hábitat y el equilibrio relativamente estable que instaura y mantiene la competencia no procede tanto de una diferenciación de especies como de la división del trabajo y la diferenciación de funciones y profesiones entre organismos individuales.

La función de la competencia en la comunidad biótica así como en la sociedad humana parecer ser una función de diferenciación y de individuación; en la medida que desempeña ese cometido, la competencia es parte integrante de la constitución misma de la comunidad o de la sociedad en la que opera.

Sin embargo, en la sociedad humana hay otra forma fundamental de interacción o proceso: se trata de la comunicación. La función de la comunicación, o una de sus funciones, es la de generar el acuerdo entre los miembros de una sociedad, que finalmente asume la forma de costumbre, de tradición y de otras modalidades de solidaridad, más íntimas y personales. Estas son las que nos permiten preservar en el centro mismo de la agitación y de la confusión de nuestro mundo moderno, el acuerdo, la cooperación y la relación (*rapport*)⁸² necesarios para la acción colectiva eficaz.

Si la función de la competencia —comprendiendo bajo este término no la simple rivalidad económica, sino más fundamentalmente la lucha por la existencia— ha sido, como he dicho, una función de distribución y redistribución, pero también de individuación de las unidades particulares por diferenciación de sus cometidos, la función de la comunicación, al contrario, ha consistido en integrar, sintetizar y consolidar las funciones de los individuos y de los grupos en el seno de algo parecido a una unidad orgánica o superorganismo.

Déjenme regresar sobre la concepción de la comunidad —y en particular de la comunidad urbana— a la cual me he referido. Eso me permitirá indicar con más precisión la relación entre la estructura física y los dispositivos tecnológicos que mantienen las relaciones entre los organismos individuales que componen el superorganismo.

Desde hace mucho tiempo, la ciudad moderna ha dejado de ser lo que era, o aparentaba ser, la aldea campesina: una aglomeración de casas individuales y de personas. Más bien es como la civilización de la que ella constituye centro y foco: una inmensa estructura material e institucional donde los hombres viven como abejas en un enjambre, en condiciones tales que sus actividades están considera-

82. En francés en el original.

blemente más reguladas, reglamentadas y condicionadas de lo que muestran al espectador o percibe el habitante.

En la ciudad, como en cualquier otra forma de sociedad organizada sobre una base territorial y económica, podemos esperar encontrar tres tipos de asociación: (1) territorial; (2) económica; (3) cultural.

El orden territorial

La geografía y la organización territorial de la sociedad deben su importancia al doble hecho de que las relaciones sociales están ampliamente determinadas por las distancias físicas y la estabilidad social queda asegurada cuando los seres humanos se arraigan sobre un territorio. Por otra parte, las modificaciones más drásticas en sociedad son probablemente aquellas que implican la movilidad y, en particular, las migraciones masivas de la población. Esto es de tal modo cierto que Frederick Teggart —que ha prestado una enorme atención a este tema— piensa que la mayor parte de los grandes avances de la civilización se deben, directa o indirectamente, a las migraciones de población y a los cambios catastróficos que las acompañan.

Desde este punto de vista, parece que todo dispositivo técnico —desde la carretilla al aeroplano— que ha proporcionado un nuevo y más eficaz medio de locomoción ha marcado, o tendría que hacerlo, una época histórica. Se dice que toda civilización porta en sí las semillas de su propia destrucción. Esos gérmenes son con toda probabilidad los dispositivos técnicos que introducen un orden social nuevo y desalojan el orden antiguo.

El orden económico o competitivo

Las criaturas vivas no se limitan a atraerse y rechazarse mutuamente como objetos físicos sino que también interactúan de una manera propia con los organismos vivos; es decir, mantienen relaciones competitivas. Las relaciones económicas y el orden económico, allí donde existen, son productos de la competencia, pero de un tipo que desemboca al final en una especie de cooperación. En el caso de los seres humanos, esta cooperación toma la forma de un intercambio de bienes y servicios. El orden económico es el producto del comercio; el mercado y el área en donde se hacen los intercambios marcan el centro y los límites de una sociedad económica.

Los dispositivos tecnológicos han afectado profundamente las relaciones económicas. Al mejorar los medios de transporte, los límites del mercado mundial y los de la sociedad económica se han extendido progresivamente. Han hecho posible la producción en masa y son directamente responsables de la existencia del sistema capitalista tal como lo conocemos. En la medida en que han reunido a los diferentes pueblos de la tierra en un tejido de relaciones económicas a escala mundial, los medios tecnológicos de transporte y de comunicación han sentado las bases de una sociedad política a escala planetaria y, por último, las bases de un orden moral y cultural que presumiblemente engloba a toda la humanidad.

El orden cultural

Lo que nosotros denominamos ciudad es evidentemente algo más que un simple agregado de población dotado de una configuración territorial; es algo más que una «expresión geográfica» o incluso algo más que una asociación para el intercambio de bienes y servicios. La ciudad, como otras formas de sociedad, no es sólo un orden político, sino también un orden moral. Como tal, la ciudad tiende a imponer al libre juego de las fuerzas económicas y egoístas las coacciones de la tradición, de las convenciones y de la ley. Sin embargo, todas estas formas de control social se revelan finalmente como producto de la comunicación. La comunicación –como Bridgman la ha definido en su reciente estudio, *The Intelligent Individual and Society*– es «un medio por el cual un individuo procura anticipar tanto como le es posible las acciones futuras probables de sus semejantes y así estar en disposición de hacer los preparativos necesarios»⁸³.

Pero la comunicación es algo más que lo que sugiere la descripción de Bridgman. Es un proceso psicosocial que permite a un individuo adoptar, en un cierto sentido y hasta cierto punto, las actitudes y perspectivas del otro; es el proceso por el cual un orden racional y moral entre los hombres sustituye a un orden puramente psicológico e instintivo. La comunicación «teje una red de costumbres y de expectativas mutuas que liga entre sí entidades tan diversas como el grupo familiar, una organización de trabajo o los comerciantes que participan en un mercado de aldea»⁸⁴. La comunicación y la competencia constituyen procesos sociales elementales que aseguran y mantienen la continuidad de la comunidad urbana como unidad orgánica y funcional.

La idea que emerge de este tipo de consideraciones es que la ciudad obedece, por regla general, a los mismos principios que cualquier otra forma de asociación donde los organismos individuales ocupan el mismo hábitat y comparten una vida común. Los tipos de asociación que podemos esperar encontrar en una sociedad humana difieren de los que descubrimos en las comunidades vegetales y animales, principalmente en que las relaciones entre los seres humanos están controladas por la tradición, la cultura y la ley más que por el instinto, como en el caso de los animales inferiores.

No parece inmediatamente evidente que la obra del profesor Thorndike (*Three years of study of the recorded facts of 310 cities in the United States*) tenga una relación bien definida con la concepción de la ciudad esbozada aquí. El autor no está interesado en la historia natural de las ciudades sino en su contribución al bienestar humano, y ha diseñado una escala para medir esto.

En vista de que las ciudades son centros y focos de la mayoría de los problemas y de los procesos que implica la evolución de una existencia civilizada, se podría

83. P.W. Bridgman, *The Intelligent Individual and Society*, New York, Mac Millan Company, 1938.

84. Robert E. Park, «Reflections on Communication and Culture», *American Journal of Sociology*, vol. XLIV, sept. 1938, nº 2.

esperar de un análisis de los hechos disponibles –incluso si estos hechos son recogidos con fines puramente administrativos– que esclareciera la naturaleza de las funciones desempeñadas por las ciudades en la vida económica y cultural de un pueblo. Pero el objeto de esta obra no es describir las ciudades y explicarlas, sino medirlas o estimarlas en su valor.

Sin embargo, los valores son notoriamente subjetivos y personales, e incluso en América, donde todo está tipificado, los individuos y las comunidades poseen sus ideas particulares sobre lo que es esencial para su bienestar.

El problema de articular un modelo comparativo de culturas urbanas se hace tanto más difícil en la medida que el trabajo efectivo de los procesos sociales consiste en multiplicar la diversidad existente en las funciones de las ciudades así como en las ocupaciones de sus habitantes.

Particularmente en un país cosmopolita como el nuestro donde los individuos son diferentes tanto por su origen cultural como por su ocupación, las cosas no tiene el mismo valor relativo para todos y cada uno de los individuos y las comunidades.

El hecho de que las ciudades tengan funciones ampliamente diferentes en la economía nacional y que la solución progresiva de los problemas económicos produzca constantemente la acentuación de esta diferenciación, así como una segregación más minuciosa de su población, sugiere la necesidad de proceder a una cierta clasificación de sus diferentes funciones antes de intentar estimar su contribución al bienestar. El postulado según el cual es posible o deseable medir de acuerdo a la misma escala el bienestar de comunidades tan diferentes como Pasadena y Newport News, Oak Park y el este de Chicago, es ciertamente una cuestión discutible, como el profesor Thorndike ha reconocido.

Éste habría podido aplicar el mismo tipo de medida sobre «la calidad de la vida en general» a diferentes sectores de las metrópolis urbanas; habría sido interesante –al referirse a los treinta y siete rasgos que, como observa el profesor Thorndike, «*serán considerados por cada persona razonable como significativos para el bienestar de la gente sencilla*»– comparar sectores tan distintos como Morningside Heights y Hell's Kitchen en Nueva York, o áreas tan diferentes como las que llamamos Gold Coast y Hobohemia de West Madison Street en Chicago. Quizás incluso habría sido aún más interesante comparar desde el punto de vista de «*la calidad de vida de la gente sencilla*» regiones del país tan diferentes como Sea Islands, a lo largo de las costas de Carolina del Sur y de Georgia, Ozark Mountains, en Missouri, y Berkshire, en el oeste de Massachusetts, o la costa este de Florida.

No intentaré analizar ni criticar el procedimiento por el cual la escala de medida de «*la calidad de vida en general*» ha sido concebida. Se trata de un procedimiento técnico para el cual me confieso poco avezado. La manipulación de datos estadísticos que permite idear y aplicar tales escalas siempre me ha impresionado poderosamente, tanto como la prestidigitación. Con frecuencia uno queda deslumbrado por los resultados pero sobre todo se está interesado en descubrir el juego de manos que ha permitido lograr el truco.

En cualquier caso, estoy preparado para discutir el valor de un modelo de bienestar cuya aplicación conduce a la conclusión de que el bienestar y la gente sencilla tienden siempre a presentarse en los mismos lugares. En primer lugar, no se percibe con claridad en qué medida las «*gentes virtuosas*» son el producto de «*la calidad de vida*» y viceversa. Sea lo que fuere, en vista de que el bienestar de toda comunidad exige que todo individuo pueda encontrar su lugar y su oficio desde los que contribuir más al bienestar común, parece cierto que mucha gente, por completo sencilla, está en auténticos apuros.

Se antoja un asunto delicado articular y aplicar una escala o un modelo tendente a medir la excelencia, la calidad o lo que sea tan subjetivo como un valor. En primer lugar, los indicadores que permiten estimar el valor tienden a ser identificados con las cosas que ellos miden. Así, de la misma forma que en los *tests* de inteligencia, la calidad de vida termina siendo identificada con los indicadores de bienestar, es decir, con bañeras, teléfonos, radios, etc. —evidentemente siempre con esta salvaguarda: siendo todas las cosas iguales. Desde luego, estas cosas no son jamás idénticas, y este es precisamente el caso cuando el índice Thorndike clasifica las ciudades del Sur, como Nashville (Tennessee) o Charleston (Carolina del Sur), en una posición por detrás de Cicero (Illinois) o Wichita (Kansas) porque entre otras cosas aquéllas tienen más negros, más iglesias y menos dentistas.

Pero los negros, al igual que los dentistas, tienen en general tendencia a ir allí donde pueden hacer su vida y donde se les permite vivir; y probablemente es bueno para la sociedad en conjunto que cada uno de nosotros vaya a vivir allí donde puede más bien que donde habría elegido hacerlo. Además, no estoy del todo seguro de que un mayor número de dentistas y menos negros hicieran de Nashville o de Charleston lugares donde se viviera mejor que hoy. Y dudo por una razón, pues no llego a percibir todas las consecuencias que estas mejoras podrían aportar. Podrían hacer que Nashville y Charleston se parecieran más a Cicero o Wichita, no que Cicero sea tan mal sitio como dice su reputación, adquirida desde los tiempos en que era el cuartel general de Al Capone y de su banda; y Wichita, evidentemente, posee más indicadores de bienestar de lo que sugiere su proximidad al Dust Bowl* del oeste de Kansas.

Así pues, resulta complicado diseñar una escala susceptible de ser aplicada en un sentido en el que resalten las diferencias significativas en ciudades cuyas funciones en la totalidad del sistema económico y cultural son tan diferentes como en el caso de las ciudades citadas más arriba; y esto conduce al profesor Thorndike a clasificar en una categoría aparte: (1) los suburbios residenciales; (2) las ciudades del Sur tradicional; y (3) las grandes ciudades. Por último ha de limitar las comparaciones a 200 ciudades en que las condiciones son tales que permiten pensar que dichas comparaciones no serán sólo interesantes, sino también instructivas. Sin embargo, cuando más tarde incluye las primeras, subiendo a 310 el número de ciudades estudiadas, los resultados tienden a confirmar sus conclusiones originales.

* N. del T. Se trata de una región semidesértica, y también hace referencia a las tempestades de polvo.

El profesor Thorndike no ignoraba ninguna de las dificultades o las insuficiencias de un procedimiento tendente a tipificar y medir los rasgos «materiales» y «espirituales» de las ciudades. En mi opinión, la objeción fundamental que puede hacerse a este tipo de procedimiento es que necesita la sustitución de un objeto real viviente, en el que estamos interesados, por una construcción fría y artificial, una especie de artefacto lógico: el hombre económico. Semejantes construcciones artificiales pueden tal vez servir a los propósitos de una agencia administrativa para la cual «la calidad de vida», particularmente la vida colectiva, no esconde misterios. Sin embargo, no puede servir a los fines de la ciencia, a la que no satisface una precisión adquirida meramente por definición, ni un procedimiento que sustituye causas reales por correlaciones y relaciones lógicas.

Eso es lo que tiende a dar a las investigaciones sociales basadas en estadísticas el aspecto de un ejercicio puramente escolástico en el que las respuestas a las cuestiones planteadas están implícitamente contenidas en las ideas y en los postulados de los que parte la exploración. Eso tiende a dar a los estudios sociales el carácter de un juego como el del ajedrez, donde las piezas serían los conceptos, y las reglas, las propias de la lógica matemática o formal.

De ahí se deduce que en el análisis estadístico del profesor Thorndike, los negros, la pobreza, las familias numerosas y las iglesias son indicadores de una comunidad de nivel inferior. En cambio, los dentistas, los estancos, la propiedad de la vivienda y una reducida tasa de natalidad —elijo algunas muestras al azar— son indicadores de una comunidad de grado superior. Yo creo, como al parecer también el profesor Thorndike, que la ligazón entre esos ítems diferentes, o rasgos colectivos, es un poco desconcertante y por tanto merece más investigaciones que la que un estadístico, sin salir de su laboratorio, sabría consagrarle.

A pesar de todo, resulta un hecho interesante, aunque algo desalentador, que en las comunidades de grado superior o donde, por lo demás, todo parece discurrir por el mejor de los mundos posibles, la población no se reproduce a sí misma y eso le obliga a depender de comunidades de nivel inferior para asegurar su supervivencia. Me gustaría saber cuál es el vínculo que subyace entre esto y las otras características de las comunidades de grado superior.

También me intriga la conexión entre las iglesias y los negros. Al parecer ambos constituyen indicadores de comunidades inferiores. Por supuesto, esto no es así porque iglesias y negros sean algo malo en sí: ambos son una especie de fuente de consuelo de la que mucha gente sencilla del sur no quisiera prescindir. En cuanto a los negros, incluso cuando no reconforten, siempre resultan interesantes, hasta el punto que es difícil imaginar exactamente qué podría ser la vida en el Sur sin ellos.

No quisiera dar la impresión de que resto importancia a las estadísticas y correlaciones del profesor Thorndike, en cuya elaboración ha invertido tanto tiempo y paciencia. Simplemente deseo significar que ellas mismas, y bajo la forma en que nos son presentadas, suscitan más cuestiones de las que responden.

A fin de alcanzar una explicación satisfactoria de los hechos sobre la ciudad, una explicación que aseguraría la acción eficaz basada en una política sólida,

necesitamos quizá algo menos preciso y más empírico que las estadísticas y las fórmulas sobre las que descansan las conclusiones de este estudio.

Para aprehender la significación de los hechos urbanos analizados por el profesor Thorndike, necesitaríamos saber cuáles eran las fuerzas que operaban en la distribución de la población, de las instituciones y de las rentas en las diferentes ciudades estudiadas. Por lo que respecta a la gente sencilla que se establece en el retiro y acomodo de algún suburbio residencial, quisiéramos saber no sólo las condiciones de las ciudades donde duermen sino las condiciones de aquellas en que trabajan. Nos gustaría saber no sólo dónde construyen sus familias sino de dónde proceden los ingresos de esas familias. Queremos conocer no únicamente las características de las comunidades donde se consume la riqueza del país, sino también las características de las comunidades que la producen. Si es cierto que los dentistas, los doctores y las maestras determinan con certeza la calidad de la gente virtuosa y de las buenas comunidades, queremos saber por qué están tan desigualmente distribuidas.

Para mí esta obra se lee como la introducción a una investigación muy interesante y prometedora, pero en la lectura de las conclusiones del profesor Thorndike confieso mi pequeña decepción. ¿Qué nos dice al final? ¿Nos dice exactamente cómo hoy, en vista de las condiciones en que se lleva a cabo esta distribución de las poblaciones y de los beneficios de la vida –desigualmente, de forma malsana y, creo, de forma no económica– nos dice cómo podríamos, si acaso podemos, cambiar de situación? No, ni siquiera nos da la seguridad de que si comprendemos mejor esas condiciones de como lo hacemos, ellas no resultarán para las buenas comunidades y para su gente tan malas como en el presente. En la vida de los barrios bajos hay compensaciones que los habitantes de los suburbios residenciales no alcanzan a imaginar: en las áreas de inmigrantes, por ejemplo, la presencia de los niños.

Una idea nos parece que destaca de todas esas estadísticas ingeniosas que el autor ha elaborado con un gran alarde de precisión pero sin coherencia de ningún tipo, lo que ya sabíamos de manera general: la seguridad de que, si tenemos la inteligencia y la voluntad necesarias, podríamos hacerlo mejor. Todas esas estadísticas no son la contribución a la solución de un problema sino, al parecer, el prelude de un sermón.

«¡Mejorad vuestra ciudad –se nos exhorta– toda ciudad puede hacerse mejor! Y desde ahora, como sugiere esta tentativa por normalizar los valores, intentando convertirlos en algo para lo que no están hechos».

A decir verdad, esto es un ejemplo de saber... ¿para hacer qué?